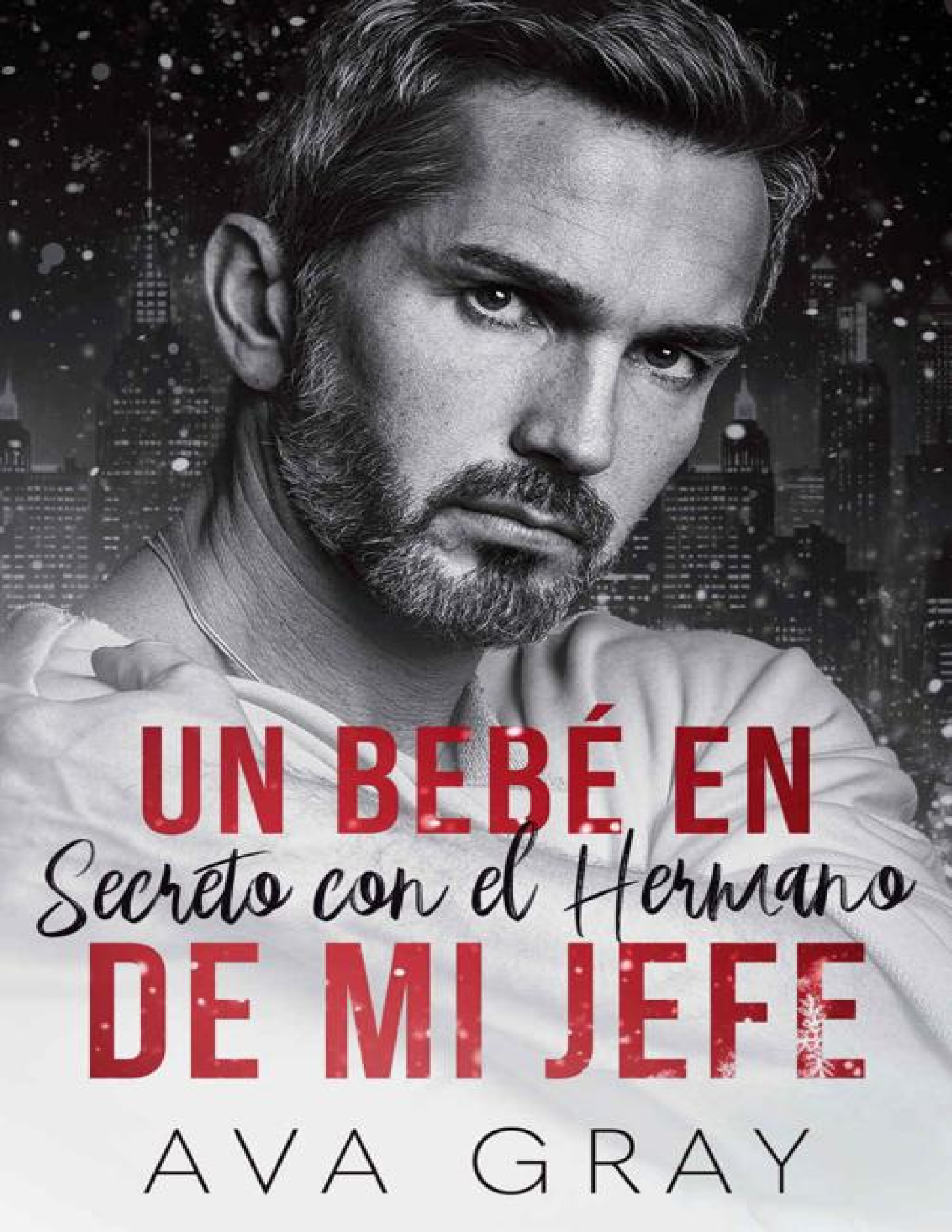




UN BEBÉ EN
Secreto con el Hermano
DE MI JEFE

AVA GRAY

UN BEBÉ EN SECRETO CON EL HERMANO
DE MI JEFE

AVA GRAY

Copyright © 2024 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

✻ Creado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Los Millonarios Machos Alfa Serie

[Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano](#) || [Simplemente Fingiendo](#) || [Amando al hombre que debería odiar](#) || [El Millonario y la Barista](#) || [Regresando a Casa](#) || [Doctor Papi](#) || [Bebé Sorpresa](#) || [Amo Odiarte](#) || [Otra Oportunidad](#) || [Una Falsa Novia para Navidad](#) || [Curiosamente Complicada](#) || [Una Mala Elección](#) || [Una Buena Elección](#) || [Una proposición de San Valentín](#) || [SELLada por un beso](#) || [Una Sorpresa Inesperada para el Jefe](#) || [Gemelos para el Playboy](#) || [Cuando nos volvamos a ver...](#) || [Las Reglas que Violamos](#)

La Mafia Multimillonaria Serie

[Embarazada de un Mafioso](#)

ÍNDICE

Blurb

1. Tonya
2. Kincaid
3. Tonya
4. Kincaid
5. Tonya
6. Kincaid
7. Tonya
8. Kincaid
9. Tonya
10. Kincaid
11. Tonya
12. Kincaid
13. Tonya
14. Kincaid
15. Tonya
16. Kincaid
17. Tonya
18. Kincaid
19. Tonya
20. Kincaid
21. Tonya
22. Kincaid
23. Tonya
24. Kincaid
25. Tonya
26. Kincaid
27. Tonya
28. Kincaid
29. Tonya
30. Kincaid
31. Tonya
32. Kincaid
33. Tonya
34. Kincaid
35. Tonya
36. Kincaid
37. Epílogo

BLURB

3 cosas que no debes hacer cuando eres la niñera de un multimillonario:

1.Acostarte con su hermano

2.Quedarte embarazada

3.Mantenerlo en secreto durante 5 años...

Aprendí que las acciones tienen consecuencias por las malas. Bastó una aventura veraniega con el hermano de mi jefe para acabar embarazada y deshecha tras enterarme de un secreto que lo cambió todo.

Cinco años después, Kincaid reaparece, pretendiendo que no pasó nada.

Y por desgracia para mí, aquel hombre mayor y guapísimo es aún más irresistible que hace años... Tampoco tiene ni idea de que existe una niña llamada Kim esperándome en casa.

Una niña que se parece a él.

Sin embargo, Kincaid nunca me buscó. Nada cambiará eso, ni siquiera que me corteje para recuperar mi afecto. No me engañará dos veces.

Excepto que tal vez me equivoqué...

Tal vez mi terquedad me alejó cuando todo lo que Kincaid quería era que volviera a estar en sus brazos. ¿Es demasiado tarde para salvar la familia que podríamos haber tenido?

***Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe* es un romance único con un multimillonario, con diferencia de edad. Haz clic ahora para obtener tu picante dosis de amor, segunda oportunidades y un bebé en secreto.**

TONYA

«¡Casi hemos llegado!» gritó el señor Thomas desde el asiento del conductor.

Instintivamente estiré la mano hacia el asiento delantero y empecé a balancear los dos asientos de los que tenía enfrente. Su voz atronadora había sobresaltado a Reece. Se asustó y empezó a quejarse. Tyler se durmió a pesar de la molestia.

Teejay Thomas alargó la mano y golpeó a su marido en el brazo. Puso cara de enfado. El Sr. Thomas - nunca el Sr. T, y nunca debía dirigirse a él por su nombre de pila, diablos, en realidad no tenía permiso para hablarle - soltó una carcajada, sonrió, lanzó una risita maníaca y respondió a su actitud mordaz con humor y deleite.

O no tenía ni idea, o no le importaba.

Debería haber prestado más atención a aquella película: en la que esa actriz piensa que convertirse en niñera sería una buena idea después de graduarse en la universidad y realmente no estaba segura de lo que quería hacer a continuación. En lugar de eso, me pasé la mayor parte del tiempo babeando por el guapo vecino que crecía y se convertía en una especie de superhéroe, es decir, el actor. No asimilé el mensaje real de que ser rica no significaba ser feliz, y que ser niñera sería renunciar a mi derecho a elegir cómo me vestía y qué comía.

En cambio, escuché a amigos y familiares que se deshacían en elogios por haber sido "Au Pair" de familias ricas. Una amiga se tomó un año sabático y acabó viajando por Europa. Puede que fuera un viaje de trabajo, pero no solo era gratis, sino que además le pagaban.

Mi tía trabajó como niñera para la misma familia durante años. Le pagaban por llevar a los niños a unas vacaciones llenas de aventuras que los padres estaban "demasiado ocupados" para hacer. También salió de ese trabajo con un coche. Uno muy bueno, que habían comprado expresamente para que llevara a los niños. Cuando se separó de la familia, el coche era "demasiado viejo" para tener valor para ellos, así que le permitieron que se lo quedara.

Soñando con algún tipo de aventuras obscenamente ricas y cercanas, solicité trabajo a una agencia. En lugar de eso, acabé con Teejay y Ryan Thomas y ahora estaba atrapada en la parte trasera de su todoterreno entre bolsas llenas de juguetes de playa y cajas de botellas de agua y zumos.

Había habido un momento en que tenía esperanzas de hacer un viaje a Europa. Había oído a la pareja hablar de un viaje a Suiza. Al parecer, el Sr. T tenía algunas perspectivas de trabajo o

contactos allí. Me alegré mucho de no haber aguantado la respiración.

Un verano en la playa no era precisamente algo que me entusiasmara. Pero significaba mucho tiempo vistiendo ropa que Teejay Thomas no aprobaba en absoluto que yo llevara. Vivía con camisetas de tirantes y estilos body - con y mucha ropa moldeadora. Teejay tenía un cuerpo que podría describirse como deseable a la moda, pero con tetas. Era delgada, con las curvas justas. Y sus pechos eran, al parecer, un regalo por su quinto aniversario de boda. Estaba tonificada y en forma y era muy consciente de que yo no lo estaba.

«Tonya», me llamó desde la parte delantera del coche.

«¿Sí, señora?» Ni siquiera le decía «señora» a mi abuela. Me irritaba que Teejay insistiera en que usara los términos señora y señor.

«Cuando lleguemos, creo que será mejor que prepares a los niños para irse a la cama enseguida».

Los niños, Reece y Tyler, habían estado dormidos casi todo el día. Afortunadamente, los viajes en coche los adormecían. De lo contrario, este viaje, con las horas de atasco para salir de Washington y las obras, habría sido una tortura.

«¿Quieres que primero les dé de cenar? En cuanto se despierten van a estar hechos polvo». Pregunté.

«Lo que te parezca mejor. Apenas vamos a llegar a nuestras reservas. Ryan, ya te dije que teníamos que habernos ido antes. No tendremos tiempo de deshacer las maletas y cambiarnos».

El Sr. T alargó la mano y frotó el hombro de su mujer. «No pasa nada, cariño. Tonya puede terminar de deshacer las maletas del coche cuando acueste a los niños. ¿Verdad?»

Odiaba cuando hacía eso. No era una pregunta, todos sabíamos que no era una petición. Era una forma pasivo-agresiva de fingir que era un buen tipo. Ryan Thomas no era simpático. Era un imbécil. Un capullo rico. Y su mujer se desvivía por hacerle feliz.

«Yo...» Debí de dudar, porque Teejay terminó de responder por mí.

«Claro que puede».

Sherpa. Añadí otro término descriptivo a la lista mental de obligaciones laborales del currículum que estaba construyendo en mi cabeza. Hasta ahora, ser niñera significaba ser la esclava corporal de dos pequeños individuos encantadores que se cagaban en la ropa de diseño; el último conjunto que Reece había ensuciado más allá de la limpieza y probablemente le costó a Teejay más de lo que me pagaban en un mes. También era lavandera, cocinera, profesora políglota y ahora me tocaba sacar sus pertenencias para el verano del coche y llevarlas a la casa de la playa. Cerré los ojos y me repetí el pequeño mantra que había empezado a decirme a mí misma.

Solo necesitaba quedarme en este trabajo un año. Esa había sido la intención, un año, o de dieciocho meses a dos años si realmente me gustaba. Y durante ese tiempo empezaría a averiguar cómo era mi carrera perfecta en el futuro.

Quería saber exactamente adónde quería ir y definir con claridad los pasos necesarios para llegar allí. Este era mi año para dejar que la vida me llevara donde quisiera. Solo necesitaba quedarme otros seis meses más o menos. Llevaría al mundo real las habilidades organizativas y de lenguaje

adicional que aprendí en este trabajo.

Necesitaba aguantar hasta las vacaciones de Navidad y luego daría el salto. Ahora mismo, mientras el Sr. T conducía el coche por una callejuela oscura hacia algún destino de playa prometido, estaba preparada para dar el salto sin la red de seguridad de tener otro trabajo.

La casa estaba a oscuras cuando llegamos. Estaba más que preparada para salir del coche y estirar las piernas. El Sr. T no dijo nada, simplemente salió del coche. Teejay no se movió, pero a mí me estaban dando calambres musculares. Necesitaba estirarme.

«¿Qué haces?» preguntó Teejay mientras me acercaba a las cajas de bebidas para abrir la puerta.

«Iba a salir. Estoy un poco acalambrada aquí detrás». Esperé un segundo antes de añadir: «Señora».

No era mucho mayor que yo, quizá unos diez años, pero se comportaba como si fuera una gran dama. Definitivamente, no estaba hecha para este estilo de vida servil.

«Ryan aún no ha dado la luz. No hay electricidad».

Ya lo veía. No entendía qué tenía que ver la luz con que yo necesitara estirarme.

«Esperaremos a que se encienda la luz».

Tyler empezó a revolverse y a inquietarse. Teejay y yo tuvimos una especie de concurso de miradas. ¿Tenía que salir yo del coche a por él? ¿O se encargaría ella? Al fin y al cabo, era su madre, y no estaba atrapada detrás del equipaje y las provisiones.

Cuando ella no se movió, lo hice yo. Salir me costó un poco de esfuerzo. No ayudó que tuviera que trepar prácticamente por encima de Reece para salir. Por supuesto, también acabé despertándola.

Desaté a Reece y la dejé de pie en el pequeño espacio entre los asientos del coche mientras yo salía de él y caminaba hacia el otro lado para recoger a Tyler. Cuando pasé por la parte trasera del coche, Teejay decidió que podía preocuparse.

Vi cómo abría la puerta trasera y levantaba al bebé de su sillita. Se acurrucó y luego se estiró en toda su longitud. Parecía que había crecido durante esta tarde excesivamente larga en el coche.

Con la confirmación visual de que se estaba ocupando de Tyler, volví al otro lado del coche y ayudé a Reece a bajar.

«¿Tienes que ir al baño?» le pregunté.

Me sorprendió que siguiera estando limpia. Esperaba que estuviera rodeada de ese olor a pis húmedo y caliente que a veces tenía después de una larga siesta. Ahora que estaba técnicamente entrenada para ir al baño, no podía llevar pañales. Bueno, al menos no cuando Teejay podía descubrirlos. No me parecía justo que la niña tuviera que sentirse avergonzada e incómoda cuando había una solución fácil.

Reece asintió. La levanté y me dirigí hacia la puerta principal. Tenía una niña pequeña que necesitaba hacer pis, no tenía tiempo de esperar a que se encendieran las luces.

«¡Tonya!» gritó Teejay tras de mí.

La ignoré y entré. La casa estaba a oscuras, pero entraba suficiente luz del exterior para que pudiera distinguir las paredes y las puertas.

«Sr. T, ¿dónde está el baño?» grité. Estaba infringiendo muchas normas con aquella frase. Estaba gritando dentro, estaba hablando con Ryan Thomas, estaba en la casa sin ninguna luz encendida y, técnicamente, estaba a solas con el marido de Teejay.

Nunca debía encontrarme en una situación en la que pudiera percibirse que estaba sola en casa con él. Jamás. No sé en quién confiaba menos, si en él o en mí. Y, francamente, no entendía por qué estaba dispuesta a soportar ese nivel de paranoia. Sabía que no le preocupaba exactamente que él pudiera sentirse atraído por mí. Me lo había dicho.

«Normalmente no apruebo tu estilo de vida y tus hábitos», se refería al tamaño de mi culo y a que no iba al gimnasio, «pero me parece que distraerás menos a mi marido».

Quería decirle que si tanto le preocupaba que su marido se distrajera con otras mujeres, tenía que convertirlo en su ex marido. Si un hombre no podía apreciar a la mujer que le había dado dos hijos bastante adorables, no la merecía. Sobre todo cuando era tan evidente que Teejay se esforzaba por mantener su aspecto. Tyler ni siquiera tenía un año y Teejay no parecía haber tenido un bebé.

No estaba allí para robarle a su hombre, sino para asegurarme de que su hijo no estropeaba su Dior de bebé, ni se meaba encima.

«¡Primera puerta tras las escaleras!» gritó el Sr. T desde algún lugar.

Corrí hacia la puerta que había bajo las escaleras y encontré un pequeño medio baño. Tenía retrete, y eso era todo lo que necesitábamos.

Cuando Reece consiguió usar el retrete, le aplaudí.

«¡Estoy muy orgullosa de ti!».

«Tonya, ¿qué he dicho de...?».

Me volví para mirar a Teejay. «Reece ha llegado hasta aquí completamente limpia. ¿No es fantástico?» No le di otra oportunidad de criticarme. De todas formas, esto no debería haber sido sobre mí.

Las luces se encendieron con un blase. La cara de Teejay cambió rápidamente de su habitual expresión agria a una gran sonrisa ahora que Reece podía verla.

«Bien hecho, querida, bien hecho».

KINCAID

«O ye, Kincaid».

Abrí los ojos de golpe cuando alguien me dio una patada en el pie.

«El capitán ha dicho que vamos a aterrizar, ponte el cinturón».

«¿En serio?» murmuré.

«Nadie ha dicho que tengas que despertarte, ponte el cinturón».

Para entonces ya estaba lo bastante consciente como para darme cuenta de que era Renaldo quien hablaba. Y si era el momento de abrocharse el cinturón, estábamos aterrizando. Apretando el puño sobre mis ojos medio dormidos, me incorporé y me abroché el cinturón.

El pequeño avión se balanceaba un poco más de lo que a mí personalmente me gustaba, pero no era el único que se ponía nervioso. No era algo que compartiera ni siquiera con amigos íntimos, y Renaldo no reunía las condiciones. Estaba bien para una noche de copas y un viaje internacional gratis de vez en cuando, pero no sé si le llamaría amigo.

El aterrizaje fue tan suave como la seda. Solté un suspiro tranquilo y lo disimulé con un bostezo. Estaba harto de estar encerrado, pero no había ningún sitio adonde ir hasta que nos dejaran salir, así que me senté hasta que el avión dejó de rodar.

El aire de América era diferente. Quizá tuviera más que ver con estar al nivel del mar y la humedad que con el continente. Mientras esperábamos a que la tripulación descargara las maletas, apareció en la pista una larga limusina negra.

Renaldo me dio una palmada en el hombro. «Ha llegado mi transporte, ¿seguro que no puedo llevarte?».

«Estoy bien», me reí. «Voy en dirección contraria».

«Ni siquiera sabes adónde voy».

Cierto, pero no importaba adónde fuera Renaldo, por ahora había acabado con su compañía.

«Ven, encontraremos mujeres y algo de beber».

Uno de los tripulantes de vuelo dejó caer mi bolsa de viaje a mis pies. La miré y volví a mirar a Renaldo. «Una copa me parece una buena idea».

Tiré la bolsa en el maletero abierto mientras rodeaba la limusina y subía a la parte de atrás. De todos modos, mi hermano no me esperaba hasta mañana.

Después de desayunar, salí de la limusina de Renaldo y contemplé la gran casa azul. Comprobé mi teléfono, era la dirección correcta.

«Lláname cuando estés listo para volver», me dijo Renaldo.

Le saludé con la mano mientras me colgaba el equipaje al hombro. «Si sigues a este lado del charco, aceptaré tu oferta». No esperaba que Renaldo se quedara en Estados Unidos mucho más de una semana, y no tenía ni idea de cuánto tiempo sería capaz de aguantar a la pequeña familia de Ryan.

La limusina se alejó y me quedé frente a la puerta principal. Gemí. «Tiempo de familia», murmuré.

La última vez que había estado en Estados Unidos había sido para la boda de mi hermano pequeño. Su mujer, Teresa, Tesla, T-algo, había parecido bastante agradable. Un poco controladora, pero Ryan estaba enamorado y era él quien se casaba con ella.

No había venido después de su primera hija, así que dejé que me convenciera para que volviera después de que naciera su segundo bebé. Si tanto deseaba que conociera a sus hijos, no entendía por qué no me los traía. Hacer de ello unas vacaciones de verdad. Pero no, viajar con bebés no era conveniente. Yo era la única persona a la que podía transportar, él tenía cuatro.

Llamé al timbre y luego toqué la puerta. La casa no era tan grande como para que no hubieran oído el timbre.

La puerta se abrió de golpe. «Sí, ¿puedo ayudarle?».

La mujer de Ryan nunca se había parecido ante mí a esta visión de succulentas curvas. No, a menos que cambiara de opinión y se buscara una mujer con algo de carne en los huesos.

«¿Quién es?», gritó una voz desde el interior.

«¿En qué puedo ayudarle?» volvió a preguntar la encantadora criatura de la puerta. No sabía quién era yo, así que taché la idea de que Ryan tuviera una nueva esposa.

Di un paso adelante, obligándola a retroceder. Empujando más la puerta para poder entrar, grité: «¿Qué clase de bienvenida es ésta?».

Sentí un tirón en la espalda de la camisa. «Oye, no puedes entrar aquí así como así».

Me reí antes de agarrarla por las muñecas. Tiré de ella hacia atrás y la empujé con los brazos por encima de la cabeza contra la puerta. «Intentaste detenerme, lo recordaré».

Tenía los ojos muy abiertos y su aliento olía a fresas. Sus cálidos pechos se apretaron contra mi pecho.

"Kincaid, ¿eres tú? Por fin lo has conseguido!"

Solté a la mujer que había intentado retenerme. Me gustaban sus agallas, como si alguien blando y pequeño como ella hubiera podido detenerme.

La mujer que caminaba hacia mí con un bebé en una cadera y el otro brazo extendido para darme un abrazo era la que recordaba de la boda de Ryan. Me dio un incómodo abrazo de costado antes de levantar al bebé de su cadera y entregárselo a la otra mujer.

«Llévate a Tyler y prepárale para la playa».

«¿Preparo un picnic o volvemos por la tarde?».

La mujer de Ryan soltó una carcajada burlona. "La playa está ahí mismo, Tonya. Estaremos entrando y saliendo todo el día. No hace falta nada de picnic".

«Lo siento, no lo sabía», dijo la otra mujer. «No he tenido ocasión de echar un vistazo».

Bajó la vista al suelo, pero no sin antes notar un destello de irritación. Se dio la vuelta y empezó a alejarse.

"Ah, y Tonya, necesito que lleves la misma lycra y los mismos pantalones cortos que pusiste a los niños. Recuerda que tenemos que modelar el comportamiento que queremos ver en ellos".

Me fijé en que la mujer suave y redonda, que sospeché que era la niñera, llevaba pantalones cortos y una camiseta, mientras que la mujer de Ryan -¿por qué no recordaba su nombre?- seguía con un traje de satén con el que claramente había dormido. El contraste era casi de película.

«¿Está mi hermano por aquí?» pregunté. No me importaba estar en compañía de mujeres hermosas, pero no me gustaba el aspecto infantil, y una de estas mujeres pertenecía a mi hermano.

"Oh, sospecho que está fuera preparando sus juguetes para nuestra estancia. Sígueme". Hizo un gesto con la mano por encima del hombro y se marchó.

La seguí, pero mi cuello giraba y observé el trasero de la niñera mientras subía al niño por las escaleras.

«¡Ryan, mira a quién he encontrado!»

Seguí a su mujer por unas puertas correderas hasta una terraza. Más allá de la terraza había dunas, y más allá de las mismas, por un estrecho sendero, estaba la playa.

Ryan levantó la vista de lo que parecía un juguete infantil y me sonrió. «¡Lo has conseguido!»

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó para darme un abrazo fraternal.

"¿Por qué sigues llevando la mochila? ¿Necesitas beber algo? ¿Qué has hecho Teejay, abrir la puerta y arrastrarlo hasta aquí? Tráele una bebida. ¿Aún no te ha enseñado tu habitación?".

Había olvidado cómo Ryan podía soltar palabras por la boca como si no respirara entre frase y frase.

"Teejay no ha tenido tiempo de enseñarme la habitación ni de ofrecerme una copa. He venido irrumpiendo aquí exigiendo verte". Al menos ahora sabía su nombre.

"Ryan tiene razón, como siempre. ¿Quieres algo, Kincaid?".

«¿Demasiado pronto para una cerveza?»

Teejay abrió la boca para decir algo antes de que Ryan bramara: «Nunca. Yo también tomaré una».

Su mujer apretó los labios, conteniendo claramente una opinión, y volvió a entrar en la casa.

Dejé caer la bolsa y aparqué el culo en una de las tumbonas.

«Bonito lugar te has conseguido», dije, colocando las manos detrás de la cabeza. "Tienes una esposa como Dios manda, una niñera. He visto a uno de los niños. Te lo has montado muy bien, hermanito".

"No está mal. Sabes que podrías volver al lado del Estado y también te las arreglarían así".

«Estoy bien», dije.

Teejay volvió a salir y nos dio una cerveza a cada uno. "Si vais a beber, recordad que la cerveza deshidrata. He traído unas patatas fritas. No es el mejor desayuno que podrías tomar, pero no dejaré que bebas con el estómago vacío".

Abrí la cerveza y bebí un largo trago. Me pareció un desayuno perfectamente decente. Miré hacia la casa y me di cuenta de que este lado no estaba tan completo como el otro.

«¿Es éste uno de tus proyectos?» pregunté mientras señalaba los daños causados por el tiempo.

"Sí. No he salido mucho este año, pero trabajaré en ello este verano. Me gusta tener las manos en la obra. No hago muchas obras con los proyectos de los que me ocupo ahora. Ser el jefe tiene sus ventajas y sus inconvenientes. ¿Y tú?"

"¿Qué? ¿Manos a la obra? Ya lo sabes".

«¿Sigues renovando castillos por ahí?». preguntó Teejay.

"Sí, sobre todo castillos y mansiones. Castillos más pequeños, claro. Pero, en su mayor parte, el tipo de castillo en el que estás pensando requiere un enfoque diferente. Tengo albañiles en mi equipo, pero no del tipo adecuado".

"¿Un castillo más pequeño? ¿No se llama mansión? ¿Cuál es la diferencia?", preguntó.

«Fortificación», dije.

«¿No son torretas y esos agujeritos para que pasen las flechas?».

"Las saeteras y las almenas a lo largo de las almenas de las murallas de un castillo son fortificación, elementos de defensa. Los castillos pueden tener algunos elementos decorativos que imiten eso, pero son para mostrar, no para proteger. Y sí, me ocupo mucho de renovar esas estructuras".

«Se gana más dinero gestionando el trabajo que haciéndolo». dijo Ryan.

Me encogí de hombros. Era demasiado temprano, y aún tenía un poco de resaca de mi noche de copas con Renaldo, para discutir el valor de mis habilidades tan especializadas. Lo que me interesaba era saber lo cerca que estaba mi habitación de la de la niñera, y si necesitaba ayuda para frotarse crema solar en la espalda.

Me levanté de la silla. "¿Por dónde está mi habitación? Creo que esta mañana iré a la playa con los niños".

TONYA

Fuera quien fuera aquel hombre, era atractivo. Muy atractivo.

Teejay le había llamado Kincaid. Como era habitual no nos presentó. Por otra parte, yo era la ayuda, no alguien a quien ella presentaba a los visitantes. No me había dicho que habría otras personas aquí, algo que también era bastante típico en ella. Así que no tenía ni idea de quién era, aparte de su nombre. Llevaba equipaje; parecía que se iba a quedar un tiempo.

Intenté recordar que Teejay tenía sus propias luchas, pero no me gustaba que su falta de autoestima fuera la fuerza motriz de algunas de las cosas que quería que hiciera. No quería taparme y ponerme el mismo bañador que ella imponía a los niños. Y menos con aquel nuevo tío bueno cerca.

Vi que me miraba. Parecía apreciar la figura que Teejay quería que ocultara. No quería ponerme una lycra de manga larga y unos pantalones cortos. Quería ponerme el bikini que me había comprado. Quería exponer mi piel al sol y broncearme.

Era agosto y yo seguía tan pálida y blanquecina como en enero. Quería lucir mis curvas y ver si aquel hombre picaba. Desde luego, no diría que no si lo hacía.

«Reece, ¿has terminado en el orinal?». pregunté mientras subía las escaleras.

Los niños y yo teníamos un extraño conjunto de habitaciones que Teejay y el Sr. T llamaban la guardería. Parecía como si las habitaciones estuvieran basadas en ideas de guardería de película antigua. Era casi como si tuviéramos nuestro propio miniapartamento en el pasillo de arriba.

Era más que un dormitorio grande con baño privado. Había cuatro rincones empotrados en las paredes, espacio suficiente para que hubiera cuatro camas, pero de momento no había más que una, y una cuna. Yo tenía una habitación separada que apenas era más grande que una cama individual y una cómoda. Puede que viviera y trabajara en una guardería, pero no era Mary Poppins.

Unos segundos después, una personita muy desnuda salió del cuarto de baño cubierta de una sustancia viscosa blanca. Había un fuerte olor a menta.

«Me he puesto crema solar», anunció Reece.

«Vale», dije con un fuerte suspiro. Se había untado de pasta de dientes. Merecía que la felicitaran por intentarlo, pero perdió puntos en el gran esquema de las cosas porque ya no nos quedaba

dentífrico. «Creo que tenemos que limpiarte antes de volver a intentarlo».

Puse al bebé en su corralito y luego levanté a Reece y la llevé al cuarto de baño. Olía a menta fresca después de lavarla con la manguera. Con una nueva capa de protector solar, volvimos a la habitación del bebé y le puse el bañador.

Cuando Reece estuvo listo, cambié a Tyler, le unté crema solar y le puse el bañador. Ponerlos a los dos en el corralito me dio tiempo para cambiarme. A su madre no le gustaba que metiera a Reece en el corralito, pero a ella no le importaba. Podía jugar con su hermano y fingir que volvía a ser un bebé. Por lo que a mí respecta, salía ganando, porque los niños estaban a salvo durante los pocos minutos que tardaba en cambiarme.

No iba siempre a propósito en contra de los deseos de Teejay. Simplemente me parecía que algunas de sus normas estaban un poco fuera de la realidad. Como no dejar que Reece llevara pañales, y luego avergonzarla cuando no podía controlar la vejiga tanto como un adulto. Dejar sola a Reece durante más de unos instantes ya había resultado demasiado. Afortunadamente, nadie se había hecho daño.

Me puse el bañador aprobado por la niñera, pero en lugar de los pantalones cortos más largos que sabía que Teejay quería que llevara, me puse un pantalón de baño que dejaba ver mis piernas. Además, a veces se me subían un poco por detrás.

Quería que Kincaid viera bien mis atributos, todos. Era una pena que mi escote tuviera que estar oculto bajo la lycra. Pero con estos shorts, había muchas posibilidades de que viera el tatuaje ligeramente travieso de las huellas de los labios en mi trasero.

Una vez vestida, me puse una malla tapadora. Me pareció prudente estar cubierta en casa, aunque en cuanto saliéramos por la puerta trasera estaríamos en la arena, y luego en la playa. Esa misma mañana, Teejay me había indicado dónde encontrar los juguetes de playa y las toallas para la playa. Después llené una bolsa gigante con juguetes, tentempiés y bebidas. Até sombreros para el sol a los niños y salí por la puerta trasera.

Intenté ignorar a Kincaid, que estaba en la terraza trasera con el Sr. T. De todos modos, no se me permitía interactuar con ellos, así que no tenía por qué mirarlos. Lo único era que mis ojos querían devorar a Kincaid. El hombre era delicioso de una forma que me dejó un poco confusa y me aceleró el corazón.

Era alto y tenía los hombros gruesos y musculosos. Tenía el tipo de mandíbula afilada que la barba oscura no hacía más que realzar. Kincaid era el tipo de hombre que no miraba dos veces a alguien como yo. Así que cuando lo hizo, de repente quise que siguiera mirándome.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no mirar por encima del hombro para ver si me observaba. No es que hubiera podido hacer nada si me hubiera mirado. Podría haber sonreído, o saludado, o hecho algo igual de estúpido.

Mantuve la mirada al frente, observando todo lo que hacía Reece y hacia dónde nos dirigiáramos. Puede que captara una mirada de Kincaid bebiendo una cerveza, pero eso no era asunto mío.

«¡Haya!» Reece vislumbró nuestro destino y soltó un chillido excitado. Empezó a bailar. Corrió unos pasos, los fideos de espuma de piscina que llevaba en las manos hicieron más por frenarla que cualquier forma de contención que se me hubiera ocurrido.

«¡Alto ahí, señorita!» Grité. «¡No corras!».

Afortunadamente, Reece era una niña muy buena. Dejó de correr, pero no podía dejar de contonearse. Tenía muchas ganas de salir. Y yo no. Quería tomarme mi tiempo y pavonearme. Quería menear el trasero con la esperanza de que Kincaid me viera.

«¿Necesitas ayuda?» Su voz grave me sobresaltó.

Jadeé y perdí el agarre de la bolsa llena de juguetes.

«¿Estás bien? ¿Puedo llevarte algo?»

Debí de quedarme mirándole como una idiota enamorada. No podía dejar de mirarle.

«Gracias, gracias», balbuceé. «Yo...»

"Soy Kincaid. No nos han presentado antes".

«Kincaid, ¿qué haces?». La voz de Teejay cortó mi lento procesamiento. "Deja en paz a los niños. Van a jugar a la playa".

Se volvió hacia atrás. Su perfil era como el de una estatua romana.

"Me di cuenta. Creía que habíamos venido todos a la playa". Se volvió hacia mí con una sonrisa y me quitó la bolsa de juguetes de la mano. «Tienes las manos ocupadas, permíteme».

«Reece, ¿por qué no eliges un buen sitio para que nos instalemos?», dijo él.

Ella me hizo una mueca forzada y empezó a palpar. Estaba tan excitada que parecía que iba a estallar. En cierto modo sabía cómo se sentía, pero por motivos completamente distintos.

«No te alejes demasiado», la amonesté cuando empezó a correr alrededor de las dunas que separaban el patio de la playa.

«¿Qué te parece aquí?» preguntó Kincaid.

Reece volvió corriendo hacia nosotros y dejó los fideos de piscina en el suelo. Yo solté la otra bolsa y empecé a buscar en ella la sábana.

«Yo tengo esto», dijo mientras sacaba una toalla enrollada.

«Me vas a meter en un lío», le dije. "Se supone que no debo hablar con ninguno de los amigos del señor T. Mierda, se supone que no debo llamarle Sr. T. *Por favor*, no lo digas".

Se rió. Era un sonido intenso en lo más profundo de su pecho.

«No se lo diré a nadie, pero solo si antes me dices tu nombre».

«Tonya», solté.

"Bueno, Tonya, no soy amigo del Sr. T. porque soy su hermano mayor. El asunto de no hablar conmigo parece una de las manías de su mujer. No estás hablando conmigo. Yo estoy hablando contigo, así que estás perfectamente a salvo".

Sacó la toalla y estaba a punto de dejarla sobre la arena cuando le detuve.

«Tengo mi sábana», le dije.

«¿Para qué sirve una sábana?»

«He visto este truco en Internet. ¿Puedes?» Le tendí a Tyler.

Lo cogió y se quedó mirándolo. «¿Cómo pensabas hacer esto con un solo par de manos?».

Me encogí de hombros. «Tengo que resolverlo todo sobre la marcha».

Envolví los extremos de la sábana bajera sobre los fideos de espuma e intenté juntar las piezas, antes de extender la sábana sobre la arena y crear una pequeña zona cerrada. No iba a mantener a Tyler dentro si decidía salir gateando, pero ayudaba a crear un espacio limpio para sentarse. No sé por qué me había molestado, Reece ya estaba cavando un agujero en la arena. Tenía las piernas cubiertas de ella.

«Kincaid, ¿qué haces? Qué listo». El Sr. T llegó rodeando la duna desde la casa. Señaló mi sábana extendida.

Ryan Thomas no era un hombre poco atractivo, solo que no era el tipo de hombre al que miraría dos veces. También intenté no mirarle, parecía poner nerviosa a Teejay. Y de ese modo, se inventaba reglas extrañas o aumentaba mi carga de trabajo.

«Sí, el primer día de vacaciones en la playa parece un desperdicio no estar aquí fuera», dijo el Sr. T.

«Exacto. Tonya, lo tienes todo bajo control, ¿verdad?». preguntó Kincaid.

Asentí con la cabeza. Aunque no tuviera nada bajo control, no iba a admitirlo delante de mi jefe.

«Estupendo, voy a cambiarme y vuelvo enseguida».

«Hoy no puedo ir a la playa, aún tengo que terminar la estantería del garaje», se quejó el Sr. T.
«Se lo prometí a Teejay».

«No he venido hasta aquí para poner estanterías en tu proyecto de casa. He venido a conocer a mis sobrinos».

Kincaid empezó a arremangarse el dobladillo de los vaqueros, dejando al descubierto unas pantorrillas musculosas. «Venga, vamos a hacer castillos de arena, con fortificaciones».

KINCAID

Volví a sentarme en la silla, dando vueltas a lo que quedaba de vino en la copa. La cena había sido excepcional, como cada noche de la última semana. O Teejay era una cocinera fabulosa con el talento oculto de no parecer que realmente hacía nada en la cocina, o era realmente buena haciendo que pareciera que las comidas del catering eran caseras.

Fuera como fuese, no pude evitar darme cuenta de que, gracias a su planta abierta, la cocina estaba siempre perfecta. Ninguna parte de su casa parecía usada. Todo estaba a punto para las revistas. Todo y siempre. Vivíamos en la casa, pero no parecía que nadie la habitara. Era demasiado perfecta, ni una sola almohada fuera de su sitio. Incluso la forma en que Ryan estaba radiante y la miraba con adoración parecía escenificada. Irradiaba lo enamorado que estaba de su mujer. Era casi tierno si pensaba que era genuino. Si no los viera de vez en cuando, ni siquiera me daría cuenta de que había niños pequeños cerca. Era casi espeluznante.

No parecía una familia, sino un reality show. Había vivido en lugares más grandes y austeros que me parecían más un hogar que este sitio.

La única gracia salvadora de mi visita hasta el momento había sido Tonya. Quedarme a solas con ella era lo primero que tenía en mente. Era un reto que empezaba a parecerse más a un problema por resolver. Teejay trabajaba con ella las veinticuatro horas del día.

Entonces la misma me dirigió una larga mirada frígida. El rabillo del ojo casi se le crispó. Tenía los labios fruncidos y parecía que quería llorar.

"Mira lo que has hecho. Joder, Kincaid, ¿no puedes mantener una lengua civilizada?". Ryan se apartó de la mesa, y su silla emitió un chirrido. Después habría un arañazo en el suelo.

"Lo único que hice fue preguntar si Teejay leía a sus hijos. ¿Cómo puede no ser una pregunta civilizada?". Forcé los ojos, simulando inocencia.

Por lo que yo sabía, Teejay tenía muy poco que hacer con sus hijos, aparte de decirle a Tonya lo que tenía que hacer, y escabullirse de ella y de los niños cada vez que conseguía encontrarme con ellos.

"No". Había un claro temblor en la voz de Teejay. "No les leo con suficiente frecuencia. Pero tienes razón. Quizá debería". Resopló, se limpió las comisuras de los labios y dejó la servilleta. "No tengo tiempo para hacerlo todo. Dar de comer y entretener a todo el mundo lleva mucho tiempo. Si subiera a leerles esta noche, ¿quién limpiaría la cocina?".

No necesité echar un vistazo a la cocina para saber que estaba impecable. Inclinéme hacia delante, dejé mi vaso en el suelo.

"Teejay, ve a leer a tus bebés y yo limpiaré después de cenar. Puedes pedir ayuda. Y tienes que darle tiempo libre a tu niñera".

"¿Qué se supone que significa eso? Está de vacaciones en la playa", dijo Ryan.

Me levanté y empecé a recoger los platos. "No, hermano. Tú estás de vacaciones en la playa, ella está aquí trabajando. Vigilando a esos niños tuyos. Por cierto, son monísimos, no sé si te has dado cuenta. ¿Cuándo fue la última vez que les leíste?".

"Kincaid", empezó a decir Ryan, luego me miró y volvió a sentarse.

No iba a aguantar su mierda en este viaje. "Me invitaste aquí para presumir de tu lujosa casa, tu hermosa esposa y tus adorables hijos. Ni una sola vez me he sentido como en casa de mi hermano, ni en un hogar alguno. Esto ha sido un arte escénico. No necesitas practicar tu perfeccionismo conmigo. No soy uno de tus grandes clientes de Washington a los que impresiona el espectáculo".

Teejay golpeó la mesa con los puños, se levantó de la silla y subió corriendo las escaleras.

Ryan me lanzó una fulminante mirada de decepción antes de salir corriendo tras su mujer. Empecé a recoger la mesa y a llevar los platos a la cocina. Abrí el grifo del agua caliente y empecé a buscar jabón para el lavavajillas. Pero no había.

Tenía el lavavajillas abierto y parecía un modelo de exposición, perfecto y sin usar. Sabía que Ryan estaba reformando esta casa como un proyecto personal, algo que podía utilizar para presumir de lo que era capaz, pero esto era demasiado. No había remodelado una casa, esto era una sala de exposiciones. Todo era falso.

"Um, Kincaid, lo siento. Sé que no debo hablar contigo, pero estoy muy confusa".

Me giré y una sonrisa se apoderó de mi rostro al mirar a Tonya. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado. Llevaba pantalones cortos y una sudadera. Tenía las puntas de los dedos de los pies rosadas, al igual que la parte superior de las rodillas. Demasiado sol y poco protector solar.

No llevaba sujetador. Ya sabía que su figura estaba hecha para mí, pero no necesitaba mirar donde no me invitaban. Me obligué a mirarla a los ojos. Maldita sea, las pecas que bailaban sobre su nariz eran adorablemente sexis.

"¿Qué pasa?" Pregunté. Me limpié las manos en el único paño de cocina que encontré y me apoyé en la encimera.

"Teejay está de pie en medio del cuarto de los niños con un osito de peluche en la mano y llorando porque no puede leerles un cuento. Ya están dormidos. El señor T ha entrado y me ha dicho que me tome el resto de la noche libre. ¿Qué se supone que debo hacer con eso?".

"Podrías salir a tomar algo".

"No hay nada a poca distancia. Estamos en medio de nada más que casas de playa". Hizo un

gesto para enfatizar su argumento.

"¿Qué te parece esto? Me dices dónde esconde Teejay el puto jabón de fregar para que pueda poner en marcha el lavavajillas, y luego tú y yo podemos dar un paseo bajo la luna por la playa".

La forma en que sus mejillas se tiñeron de rosa y se mordió el labio me hizo pensar en todo tipo de cosas. Ninguno de ellos tenía nada que ver con la limpieza después de la cena.

"No hay nada. Hay una caja en el garaje donde pone los platos sucios. Los del catering la recogen por la tarde cuando entregan la cena".

"¡Ha! Lo sabía. Todo esto es tan jodidamente falso". Tiré la toalla al fregadero. "Pero tú eres de verdad, ¿no? ¿Eres realmente una niñera y esos niños no son realmente actores contratados?"

"Todo es real, Kincaid. Entonces, ¿vamos a dar un paseo a la luz de la luna o vamos a quedarnos comparando historias de terror de Teejay y Ryan?"

Me acerqué a ella y le tendí la mano para indicarle que debíamos movernos. La seguí por una puerta trasera lateral.

"No le has llamado Sr. T. ¿Qué pasa?". pregunté mientras la seguía. Disfruté de la vista, observando cómo su culo se balanceaba de un lado a otro. El primer día que estuve aquí, había visto sus amplias caderas caminando hacia la playa. Era una vista que merecía la pena contemplar.

Se encogió de hombros. "No lo sé. Parecía perdido cuando me dijo que me fuera. El Sr. T implica algún tipo de autoridad. Le faltaba esa sensación".

Se detuvo cuando pasamos las dunas y llegamos a la playa.

La luna estaba casi llena. Había estrellas, y la pálida luz se reflejaba en las olas cuando golpeaban suavemente la orilla.

Me acerqué y le rodeé los hombros con un brazo.

"Puede que haya provocado la situación". Confesé.

"¿Por qué lo has hecho? ¿Es cosa de hermanos?"

"Llevo toda la semana queriendo tenerte a solas. Te tienen bajo sus pulgares, diciéndote constantemente lo que tienes que hacer. Y nunca me dejan estar a solas contigo".

Se acomodó en mi abrazo. Era cálida y suave, y estaba muy cómoda. Pertenecía al lugar donde estaba. Era lo más parecido a un encanto familiar que había tenido en toda la semana.

Tonya me sonrió. "Me he dado cuenta".

Sabía exactamente por qué quería estar a solas con ella. Bajé a su altura y capturé aquellos labios carnosos con los míos. Eran tan carnosos y tiernos como me habían parecido cada vez que me los quedaba mirando. Y aprovechaba cualquier oportunidad para mirarla.

Tonya emitió un suave maullido. Era necesitado y lascivo, y me volvió loco. Metí los dedos en su pelo, ya desordenado, y la estreché contra mí.

Su boca se abrió para mí. Nuestras lenguas se deslizaron y bailaron juntas como yo quería que lo hicieran nuestros cuerpos. Se apretó contra mí y balanceó las caderas contra mi pierna. Joder, estaba tan buena como había imaginado.

"Voy a cogerte aquí mismo, en esta playa, bajo la luna, si sigues así". conseguí gruñir. Había perdido el control ahora que la había probado. Quería más. Todo.

"Pero, ¿en la arena?"

Me arranqué la camisa por encima de la cabeza y la extendí.

Tonya me miró con los ojos muy abiertos durante un segundo antes de cruzarse de brazos, levantarse la sudadera por encima de la cabeza y entregármela.

Dios mío, sabía que no llevaba sujetador. Soltó una risita demasiado tentadora bajo la ropa, y fuera de ella. La sangre abandonó mi cerebro, dirigiéndose directamente a mi polla.

La atraje contra mí. Necesitaba tocarla. Su piel contra la mía era de seda y suave como las nubes. Su pecho era pesado y perfecto en la palma de mi mano. El pezón se tensó y me hizo cosquillas, una tentadora invitación que no pude rechazar.

Ella gimió y jadeó mientras yo succionaba el nódulo de su pecho. Era un cuerpo en el que podía perderme. Podía encontrarme explorándolo a propósito durante horas porque, en aquel momento, no creía que hubiera tiempo suficiente en el mundo para hacerle el amor como yo quería. La quería debajo de mí y sobre mí. Quería meterme hasta el fondo en su coño y que sus pechos taparan el sol y el aire mientras jadeaba por más de ella.

Mi polla presionaba con fuerza la parte delantera de mis calzoncillos, exigiendo salir, buscando su contacto.

Solté sus pechos y me quité los calzoncillos. Caí de rodillas ante ella. Estaba allí para adorarla.

Se estremeció cuando le desabroché los calzoncillos y los deslicé por sus deliciosos muslos. Miré su cuerpo glorioso. Se tapó la boca con las manos.

"Si no quieres esto, dime que pare ahora". Miré hacia las olas. Si decía que parara, en un santiamén estaría ahogando mi lujuria en el agua fría.

"Lo quiero".

TONYA

Kincaid se arrodilló ante mí, con el cuerpo oculto en las sombras. La luz de la luna resaltaba sus pómulos y los músculos de sus hombros. Era sincero en su deseo. Su erección no podía confundirse con otra cosa.

Se tumbó sobre mi sudadera y me guió para que me sentara a horcajadas sobre él.

Oh, vaya, ¿esperaba que hiciera una especie de pole dance sobre su polla? Lo deseaba, de verdad, pero estaba muy nerviosa. En unos instantes se daría cuenta de que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

¿Se habría enfadado?

Me lamí los labios y negué con la cabeza. Tenía que superarlo rápidamente. Kincaid, en todo su esplendor, quería hacerme el amor. Me agaché y él tiró de mí hacia sí para que me pusiera encima de él.

Me apartó el pelo de la cara y apretó sus labios contra los míos. Me hundí contra él. Era todo ángulos duros y músculos firmes. Sus dedos me agarraban las caderas y hacía cosas mágicas en mi boca con la lengua.

Su piel contra la mía parecía de terciopelo, pero al mismo tiempo era dura como el granito. Su tacto y la forma en que se movía contra mí hacían arder cada una de mis terminaciones nerviosas. No había palabras en mi vocabulario para definir lo que sentía, excepto "increíble".

"Ah, Kincaid", gemí cuando alargó la mano y se llevó un pezón a la boca.

Levantó las caderas y su polla presionó mi trasero.

Subió y bajó contra mí hasta que encontró mi entrada, y luego la apuntó frente a mi núcleo caliente, dura y lista para atacar. Todo lo que necesitaba era bajar y darle la bienvenida dentro de mí.

Me costaba respirar. Todo estaba cargado de tensión y deseo.

Los dedos de Kincaid circularon entre mis pliegues húmedos y luego encontraron mi clítoris. Mientras lo frotaba en pequeños círculos, sentí que mi cuerpo se contraía. Esto era lo que deseaba. Ansiaba que me penetrara.

En ese momento, empujé mis caderas hacia abajo y él me llenó por completo.

No podía moverme. Tenía a Kincaid dentro de mí y no quería soltarlo. Estaba demasiado absorta como para tener tiempo de pensar en cómo debía moverme.

Mientras tanto, él seguía frotándome el clítoris y chupándome el pezón.

Pensé que perdería mi virginidad en otra postura, pero todo era demasiado fantástico.

"Joder, qué apretada estás. Siéntate encima de mí. Quiero verte la cara mientras te follo".

Apoyé la mano en su hombro y me acomodé contra sus caderas. Su polla se deslizó más profundamente. Podía sentir sus pelotas golpeándome.

Me pasó las manos por los muslos y las caderas. Me subió por el vientre hasta agarrarme los pechos. Sus pulgares hicieron círculos en mis pezones.

"Sigue. Quiero ver tu cara cuando te corras".

Tuve que concentrarme en mover las piernas a un ritmo constante, levantándolas para que bajaran y giraran antes de repetir el mismo movimiento una y otra vez. No sabía si sería capaz de mantener el ritmo que me exigía el cuerpo. La presión de mi núcleo caliente me empujaba a moverme más rápido y con más fuerza.

"Venga, cabalga sobre mi polla, nena. Eres como una sirena del océano rodeada de olas".

Seguía murmurando hermosas palabras de aliento. ¿Cómo era capaz de hablar cuando lo único que yo hacía era jadear y gemir?

Sentía que me estaba empujando hacia algo fuerte, algún tipo de recompensa; algo aún más maravilloso que tener a Kincaid dentro de mí.

No podía soportarlo más. Sentía la necesidad de seguir moviéndome, pero era incapaz de hacerlo. Sentía mi cuerpo como si tuviera un millón de explosiones en su interior. Me encendía como un fuego artificial y quería volar por el cielo.

"Eso es nena, venga... puedes hacerlo".

Y entonces sus manos me agarraron con más fuerza y se introdujo con más vigor dentro de mí. Rugió como un león mientras yo me encendía. Mis vibraciones parecieron duplicarse y volverse más fuertes e intensas. Sentía que mi cuerpo me lo pedía aún más.

Caí hacia delante, incapaz de aguantar más.

Kincaid me besó la frente y me pasó las manos por la espalda. "Esta es la chica que quiero. Nos has hecho correr a los dos".

Estaba agotada y eufórica al mismo tiempo. Me habría gustado dormirme en sus brazos, pero me sentía a la altura de cualquier cosa que se me presentara.

"Creo que me está dando un calambre en el culo", susurré.

Kincaid se echó a reír y me ayudó a levantarme.

"Esto va a sonar estúpido, pero...", empecé. "Sería una pena no aprovechar este momento y perder la oportunidad de bañarnos desnudos".

Sonrió perversamente y me guiñó un ojo.

"Eso es exactamente lo que yo también estaba pensando".

Aunque el agua estaba fría, podría haber gritado de risa mientras nos sumergíamos.

Me encontraba empapada, con el pelo arenoso y el corazón más feliz de lo que hubiera podido imaginar.

Al cabo de unos minutos, nos vestimos y nos fuimos a casa.

El ánimo alegre se vino abajo de inmediato cuando entramos y nos recibió una Teejay fruncida. El Sr. T. estaba de pie detrás de ella, con las manos sobre los hombros. El mensaje era claro: estaba allí para apoyarla. La última vez que la había visto estaba llorando, mientras que ahora estaba cabreada.

No dijo nada, solo me miró fijamente y luego, con un movimiento brusco de la cabeza, señaló hacia arriba.

Entendí perfectamente el mensaje: no se me permitía divertirme. No eran mis vacaciones de verano y encima había infringido las normas hablando con Kincaid.

Me habría odiado aún más si se hubiera enterado de que me había acostado con él en la playa y luego me había tirado al mar completamente desnuda y desvergonzada.

Me volví hacia Kincaid, sin saber qué decir.

Me guiñó un ojo y levantó la cabeza con uno de esos asentimientos de "yo me encargo".

En cuanto llegué al final de la escalera, empezaron los murmullos y los cuchicheos. Me quedé allí, fuera de su vista, y agucé los oídos para intentar escuchar. Las palabras de Teejay se limitaban a siseos y sonidos estridentes y agudos. Si había palabras reales, estaba demasiado lejos para entenderlas.

Oí un profundo estruendo y reconocí los tonos de la voz de Kincaid. "Mira, estábamos simplemente pasando el rato".

El Sr. T debió de decir algo que no pude oír. ¿Por qué no gritaban como la gente normal durante una discusión?

"Me voy a la cama. Hablaremos por la mañana", añadió Kincaid.

Siguieron más palabras vitriólicas ininteligibles de Teejay.

Me apresuré a ir a la habitación de los niños. Una vez dentro, acerqué la oreja a la puerta y esperé a oír más. Quería ver a Kincaid por última vez antes de acostarme, pero por el ruido de sus pies me di cuenta de que Teejay había subido primero.

No quería hablar con ella. No había hecho nada malo. No era asunto suyo que hubiera decidido acostarme en la playa.

Me quité la ropa aún húmeda y me metí en la ducha. El recuerdo de las caricias de Kincaid aún estaba fresco en mi piel. A la mañana siguiente tendría unos cuantos moratones, pero de todos modos siempre llevaba bañadores largos que lo ocultaban todo.

Oí que alguien entraba en la guardería. Era la voz de Teejay que venía de la puerta del baño. Ignorándola, metí la cabeza bajo el agua. Estaba en la ducha y ella podría haber esperado.

Entonces la oí acercarse.

"¡Eh, estoy en la ducha!", solté.

"Tonya, tenemos que hablar", dijo Teejay.

"Estoy en la ducha, cierra la puerta".

"Vale". La oí entrar en el baño.

"Cierra la puerta contigo al otro lado quería decir. Dios mío, sal del baño". Estaba medio sorprendida de que pensara que podía entrar en mi cuarto de baño y hablarme mientras me duchaba, y medio sorprendida de que le plantara cara.

"No te preocupes. Esperaré".

"Teejay, por favor. Puedes hablar conmigo por la mañana. Tu marido me ha dado la noche libre. Por favor, déjamela".

"De acuerdo, pero recuerda que tenemos que hablar".

Salió y cerró la puerta del baño. Me quedé sola.

Dejé escapar un largo suspiro. Tenía que aguantar hasta diciembre.

A la mañana siguiente, Teejay y el Sr. T. me estaban esperando. Parecía una emboscada. Había metido a los niños en el corralito y había puesto los dibujos animados matinales mientras me preparaba para el día.

"Sentimos que te hayas metido en medio de todo este lío", exclamó el Sr. T.

¿En medio de qué?

El coraje que había tenido la noche anterior, y que me había dado el impulso para responder a Teejay, había desaparecido a la luz de la mañana. Me había despertado con la certeza de que me había acostado con un hombre con el que apenas había hablado dos veces. No sabía nada de él, excepto que me hacía sentir bien. En cualquier caso, me había cabreado con aquella mujer, no importaba que estuviera en mi cuarto de baño, seguía siendo brusca.

"El hermano de Ryan no entiende que hay límites que respetar. Espero que no hiciera nada que pudiera haberte sacudido o avergonzado", dijo Teejay.

"No, se comportó más que bien. Estuvo simpático".

Miré a mi alrededor: ¿dónde estaba Kincaid? ¿Seguía durmiendo o había salido a correr por la playa?

"Hemos decidido acortar nuestra estancia. Tienes que hacer las maletas y preparar a los niños. Volveremos a Washington después de comer. Una última mañana en la playa. Además, a partir de ahora nos encargaremos de leer cuentos a los niños antes de dormir. Solo tienes que preparar

los libros adecuados para cada noche".

Se me hundió el estómago. No me importaba en absoluto quién le leería los cuentos a los niños. De todos modos, debería haber sido tarea de los padres. Me di cuenta de que Kincaid no estaba allí porque se había marchado. Y lo había hecho sin siquiera despedirse de mí!

Ni siquiera se había merecido un beso de despedida.

KINCAID

Observé a Tonya subir las escaleras. Debía acompañarla y conducirla a mi habitación. Las cosas que había querido hacer con ella al tener un colchón bajo nosotros y no un lecho de arena me llenaban la cabeza y me habían puesto la polla dura de nuevo.

No solo se había sentido bien envuelta en mi cuerpo, sino que también había disfrutado mucho.

En cambio, yo estaba luchando con mi hermano y su supuesta esposa. Al menos Ryan parecía tener algo de agallas, a diferencia del aquella muerta de sueño.

"¿Me estás echando?", le pregunté.

Teejay prácticamente temblaba de ira reprimida. Sin embargo, nunca mostraba ningún tipo de emoción incontrolada en público. Aquella mujer era un *fenómeno*. ¿Permitía al menos que mi hermano Ryan viera cómo era entre bastidores, o era el tipo de mujer que bebía demasiado vino cuando no había nadie y lloraba en la ducha?

Me lo preguntaba, pero no me importaba demasiado. No me gustaba la gente a la que le preocupaba más lo que los demás pensarán de ella que ser auténtica.

A diferencia de lo que veía en Tonya, ella era auténtica. Cuando hablaba, cuando se ruborizaba e incluso cuando llamaba a Ryan "Sr. T", era genuina. La forma en que mostraba afecto a niños que no eran sus hijos, pero que estaban hambrientos de atención por parte de los adultos, ahí también era una persona auténtica. Y la forma en que movía el trasero.... bueno, no había nada más genuino que contonear así sus caderas.

"¿Qué hacías con Tonya?", me gruñó Teejay en tono acusador.

"No es asunto tuyo".

"Puesto que esa chica está a mi servicio, es asunto mío. No estaba aquí, donde debe estar".

"Por Dios, no eres su ama. Tu marido le dio la noche libre y lo que haga en su tiempo libre es asunto suyo, no tuyo". No tendría que haberle explicado cómo funcionaban las cosas. "Trabaja para ti, pero no es de tu propiedad".

"Es nuestra responsabilidad, Kincaid", recalcó Ryan.

"Es una mujer adulta, no la tratas como es debido. Tenía la noche libre. También sospecho que no le pagas lo suficiente para que aguante toda esta mierda. Por lo menos, tus hijos le caen muy

bien. Tienen que gustarle a alguien".

"¿Qué se supone que significa eso?", espetó Teejay.

La discusión no iba bien. Saqué el móvil y envié un mensaje rápido a Renaldo.

Sácame de aquí.

"¡Kincaid!", gritó Ryan.

"¿Qué pasa?", respondí.

"Ahora tengo que ir a hablar con Tonya", anunció Teejay.

Se volvió para lanzarme una mirada, besó a Ryan en la mejilla y se dirigió escaleras arriba.

Mi teléfono parpadeó.

El coche llegará dentro de media hora.

Renaldo podía ser un auténtico capullo, pero si hacía falta, siempre estaba disponible.

"No tienes que preocuparte por echarme. Me iré, no hay problema", anuncié, dirigiéndome a las escaleras. Tenía treinta minutos para ducharme y hacer la maleta.

"Llevas toda la semana comportándote como un auténtico gilipollas", dijo Ryan detrás de mí.

Me detuve y lo miré.

"No, hermano, siempre he sido amable y respetuoso con todo el mundo. Esta noche me he portado como un gilipollas en la cena. Eso es todo, solo esta noche. Tú y tu mujer me disteis un buen espectáculo de tener una familia feliz. Aunque es una pena, y lo digo por ti, que todo sea falso. Deberíais estar en algún reality show".

Extendí los brazos y me volví hacia la casa que me rodeaba. "Nada de esto se corresponde con la forma en que vive realmente la gente. Esto es una sesión de fotos para una revista. Todo lo que no te conviene se oculta y se mantiene en un segundo plano. Llevas toda la semana intentando que no vea ni a la niñera ni a los niños. He venido aquí para reunirme contigo y conocer a mis sobrinos, pero nunca me has dejado hacer nada con ellos. Ni siquiera se ha utilizado nunca el lavavajillas y Teejay se hace pasar por cocinera todas las noches. Está bien tener una persona que cocine o que haga la limpieza. Lo que no está bien es hacer como si no existieran cuando lo hacen todo.

"Kincaid", empezó Ryan.

"No, no te preocupes, ya es suficiente. Tienes una vida que yo no quiero tener. Necesito volver a lo que mejor se me da. El coche llegará pronto y aún tengo que ducharme antes de coger el avión a casa".

En aquel momento me fui.

Cuando bajé las maletas y salí hacia el coche, la casa estaba silenciosa y oscura. No era una limusina, pero probablemente Renaldo no había encontrado ninguna a esas horas de la noche. No importaba, mientras me alejara de la extraña realidad que era la vida de mi hermano.

Me quedé dormido en el asiento trasero, pero me desperté cuando llegamos al aeropuerto.

"Monsieur Renaldo ha dicho que debemos acomodarle antes de recogerle", dijo un miembro de la tripulación cuando me acerqué al avión.

Subí al pequeño jet privado y me dirigí directamente al sofá de la parte trasera. Ya estaba preparado para convertirse en una cama improvisada con mantas y almohadas. Me quité los zapatos y me estiré.

Una ligera mano en el hombro me despertó de un profundo sueño. Me dijeron algo sobre los cinturones de seguridad.

Soñaba con perseguir a Tonya, toda curvas y completamente desnuda, mientras chapoteaba en el mar, cuando algo me golpeó el pie. Entonces me desperté de repente y la realidad volvió a golpearme.

"Buenos días, bella durmiente", me dijo Renaldo, riendo.

Me pasó una mano por la cara y por el pelo. Cuando intenté incorporarme, me di cuenta de que aún tenía el cinturón abrochado. Me lo desabroché y abrí la cortina para mirar a la ventana más cercana. Estábamos en el aire.

"¿Cuándo has llegado?"

"Has hablado en sueños. Realmente parece que soñaste con una chica maravillosa, pero no me interesa saber el resto de tu sueño".

"¿Me he perdido algo?"

"Levántate, no quiero comer a solas contigo roncando y teniendo sexo en sueños".

Renaldo parecía perfectamente renovado y despierto. Yo, en cambio, me sentía como si me hubieran dado una patada en la cabeza.

La noche anterior había sido dura. Y lo peor era que no me había despedido de Tonya.

Debería haber enviado un mensaje a Ryan para decirle que lo sentía, pero dudaba que lo hiciera.

Me senté en el borde del pequeño sofá y seguí gimiendo, como si hacerlo me ayudara a despertarme más deprisa.

Un miembro de la tripulación me tendió una taza de café, dedicándome una dulce sonrisa.

"Gracias". Me levanté y di unos pasos hacia la mesita donde me esperaba Renaldo.

"¿Qué tal la semana?", le pregunté.

Se rio de mí. "Creo que has tenido una mucho más interesante que la mía. No esperaba tu llamada de socorro".

"Ese era el plan. Espero no haber estropeado nada pidiéndote que enviaras a alguien un poco antes".

"En absoluto. Todas esas fiestas, todas esas mujeres y demasiado champán, se estaba volviendo

aburrido".

"Mentiroso".

"Visité a viejos amigos, y por viejos me refiero a la edad de mis padres. Las fiestas eran puramente literarias, con caviar y champán y mucha buena comida. Visité galerías y museos y ni siquiera fui a un club nocturno".

"¿Y la chica con la que se suponía que salías?" Pregunté mientras me servían un desayuno de tortillas y patatas asadas.

Renaldo cogió un tenedor y empezó a comer antes de responderme.

"Se trata de una mujer un poco mayor que yo. Tenemos un acuerdo para vernos cuando ambos estemos en la ciudad".

Me eché a reír. Renaldo había elegido tener una mujer mayor mientras que su reputación era la de salir con chicas mucho más jóvenes que él.

Me atraganté con el café al darme cuenta de que ese era yo. Tonya no podía tener más de veintidós o tres años. Creo que Teejay había dicho que tenía suerte de haber encontrado una niñera recién graduada.

"¿Necesitas avisarla de que estás en la ciudad?"

"A veces me apetece salir de fiesta e ir de discotecas. Ella no es de las que van a clubes, pero tiene las cualidades y la flexibilidad de alguien mucho más joven". Hizo una pausa y se perdió en sus pensamientos durante un breve instante. "He hablado demasiado. Ahora dime, ¿cómo es la familia de tu hermano?"

"Falsa. Todo era bonito y perfecto, como en una publicidad de una familia feliz. ¿Entiendes lo que quiero decir? En ningún momento pensé que fuera real. Nunca me llevé bien con la mujer de mi hermano. Él parece adorarla, pero ella tiene la personalidad de una muñeca hinchable. La nada de la nada".

"Quizá sea eso lo que le gusta de ella". Renaldo imitó una mamada tosca con la mano y la boca, presionando con la lengua el interior de la mejilla. "Los hombres son tan estúpidos cuando se trata de sexo".

"Y que lo digas. Y de todas formas esa mujer para mí ni siquiera sabe hacerlas. Aunque tienen una niñera. Una tía impresionante".

"Oh, cuéntame".

"Era todo caderas, muslos y curvas moviéndose de un lado a otro. Además, era una chica muy auténtica. No intentaba ocultar quién o qué era. Era real, muy real. Creo de verdad que voy a echarla de menos".

TONYA

S eis semanas después...

La pequeña Reece no cooperaba como mi agotado trasero quería. Deseé que se fuera a ver la televisión hasta que yo estuviera lista para levantarme.

"¡Tana, levántate!" No era capaz de decir mi nombre, así que para ella no era Tonya, sino Tana. De hecho, casi todo lo que decía requería paciencia y concentración para poder entender lo que decía. Al menos era más comunicativa que su hermano. Él seguía refunfuñando y quejándose mientras pronunciaba unas pocas sílabas que tenían algún significado para él. En aquel momento, sin embargo, se estaba quejando.

La mañana era fría y tenía ganas de hibernar, o al menos de quedarse en la cama hasta que subiera la temperatura. El principio de octubre se caracterizó por mañanas y noches frescas y tardes cálidas. Quizá por eso el niño lloraba.

"Me levanto, vale, me levanto", murmuré.

Estaba tan cansada que todo me parecía una locura. Incluso levantarme de la cama me parecía un error. En cuanto me incorporé, me di cuenta de que había un problema. Se me revolvió el estómago y sentí que me palpitaba la garganta. Cogí a Reece y corrí al baño. Me las arreglé a tiempo para no vomitar ni en el suelo ni sobre el bebé, cosa que realmente temía que ocurriera.

"Tyler está llorando". Me advirtió la niña.

Era muy consciente de que su hermano estaba llorando. Excepto que estaba a punto de vomitar otra vez.

"Reece, cariño. Tienes que ir a llamar a tu madre. Dile que estoy enferma". La aparté y esperé que Teejay viniera pronto.

Realmente esperaba que Teejay se diera prisa. Necesitaba volver a la cama, de lo contrario habría vomitado sin parar.

Antes de que llegara la mujer, me pareció una eternidad.

"¿Qué pasa, Tonya? ¿Por qué dejas que Tyler llore así?".

La oí entrar, pero enseguida se abalanzó sobre su hijo. Un bebé llorando necesitaba atención; yo no. De algún modo, me las arreglaba sola, sentada en el suelo del baño con la cabeza apoyada en

la fría porcelana del retrete.

"¡Tonya, no me has oído! ¿Por qué me has mandado a Reece?", jadeó al verme. Observé cómo daba un paso hacia atrás en lugar de hacia delante, confundida. Pensó que podía ser contagiosa, así que retrocedió. "¿Qué te pasa?", preguntó.

"Estoy un poco mareada. He vomitado, pero no tengo fiebre. Creo que tengo que volver a la cama".

"¿Necesitas ayuda para levantarte?". Su tono era más severo que preocupado. No es que esperara compasión de mi jefe, pero habría estado bien.

"No, puedo arreglármelas, pero no debería estar con los niños".

Luego, lentamente, me puse en pie. Ya no me sentía tan mareada. Lo peor había pasado. Me lavé las manos y la cara.

"¿Adónde crees que vas?", preguntó Teejay.

"Me voy a la cama", respondí dando un paso hacia ella.

"Aquí no", dijo ella.

Me detuve. Estaba demasiado enferma para tener energía para una mirada de asalto, pero hice lo que pude. "¿Qué?"

"No puedes quedarte aquí. Estás enferma. ¿Adónde vas a ir? Te llamaré un coche".

"¿Me estás echando de casa?". Seguía sin entender muy bien lo que decía.

Antes de que abriera la boca para dar más explicaciones, comprendí lo que quería decir.

"Mira, Teejay, soy una niñera interna. VIVO EN LA CASA CONTIGO", recalqué, mientras repetía las palabras. "Vivo aquí. No puedo ir a ningún otro sitio. ¿De verdad crees que no puedo pagar el alquiler en Washington con lo que me pagas?".

Abrió la boca como un pez y volvió a cerrarla. Era una mujer demasiado lista para actuar como si no se diera cuenta de que yo vivía allí.

Yo era la que tenía el cerebro nublado y el estómago revuelto, pero por alguna razón tenía las ideas más claras que ella.

"No puedes vivir aquí si no puedes cuidar de los niños".

"Solo estoy un poco enferma. Seguro que es un virus de veinticuatro horas o algo así. Por favor, déjame ir a la cama". Empezaba a lloriquear como hacen los niños cuando están cansados y frustrados y les dominan las emociones.

"Vale", me cortó en seco. "Puedes quedarte, pero tienes que ver a un médico enseguida. Si es algo más grave, haz que te ingresen o busca a alguien que te cuide".

Sabía lo que quería decir. Parecía una visión extrema de las cosas, pero no importaba.

"Vale, llamaré y pediré cita más tarde".

El alivio que sentí cuando por fin se quitó de en medio y me dejó arrastrarme de vuelta a mi cama fue inconmensurable. Quería acurrucarme y volver a dormir, pero en vez de eso, cogí el teléfono y llamé a una clínica. Me dieron cita para la tarde. Era tiempo más que suficiente para dormir un par de horas más.

Envié un mensaje a Teejay, que estaba abajo, con los detalles de la cita y enseguida me desmayé.

Cuando me desperté, ni ella ni los niños aparecían por ninguna parte. Me sentía bien; no tenía mareos, ni ruidos en el estómago, ni esa temida sensación en el fondo de la garganta de tener que vomitar. Incluso tenía un poco de hambre.

Aun así, pensé en coger un taxi para ir a la clínica. Si hubiera estado segura de que ya no estaría enferma, habría podido llegar fácilmente por mi cuenta, a pie o en autobús. Aun así, lo último que quería era encontrarme incómoda en medio de tanta gente, o atascada sin poder moverme bien porque estaba demasiado mareada.

Una vez allí, seguía encontrándome bien.

La doctora comprobó mis constantes vitales y me miró la garganta. Luego empezó con las preguntas.

"¿Eres alérgica a algún alimento que hayas comido recientemente?"

"No".

"¿Existe la posibilidad de que estés embarazada?"

Me eché a reír y enseguida me quedé muy callada.

Kincaid y yo habíamos tenido relaciones sexuales en la playa. No recordaba si había utilizado preservativo o no. Debería haber prestado más atención, pero en aquel momento estaba demasiado absorta y no quería que parara.

Miré fijamente a la doctora. Debió de ver el pánico en mi cara.

"Vale, entonces hagamos una prueba de embarazo".

Me entregó un recipiente de plástico con una etiqueta en el lateral. "Escribe aquí tu nombre, llénalo todo lo que puedas y déjalo en el baño. Pasaremos a recogerlo. Nos reuniremos contigo aquí dentro de unos diez minutos".

"¿Diez minutos?", pregunté.

"Diez minutos desde que recojamos la muestra. Si tiene una vejiga por así decirlo... tímida, podría tardar un poco más".

No tardó nada y mi vejiga estaba muy bien.

El resto del tiempo de espera me pareció eterno. *¿Qué habría hecho si hubiera estado embarazada?*

Probablemente debería haberle pedido al Sr. T el número de teléfono de Kincaid o algo así. Pero entonces él sospecharía y se lo contaría a Teejay. Si eso hubiera ocurrido, me habrían despedido por acostarme con ese hombre.

"Tu análisis ha dado positivo", anunció la doctora al volver.

No era exactamente la noticia que quería oír.

A partir de ese momento todo se volvió más confuso. Solo tenía un puñado de folletos y el nombre de una comadrona recomendada a la que llamar. Decidí volver a casa andando. Eran solo un par de kilómetros y necesitaba tiempo para pensar y aclarar mis ideas.

Teejay se habría sentido aliviada al saber que lo que tenía no era contagioso, pero por supuesto no pensaba decirle que estaba embarazada. Imaginaba que sacaría conclusiones precipitadas sobre quién era el padre de inmediato, antes incluso de que yo dijera nada. Supondría que era su marido Ryan y la vida de todos se convertiría en un infierno hasta que pudiera convencerla de lo contrario.

No, ni siquiera pensé que pudiera decírselo.

Volví a entrar en la casa. Sabía exactamente lo que iba a hacer. Lo que había ocurrido no iba a afectar demasiado a mis planes. Aún no había llegado al segundo mes de embarazo, así que no empezaría a mostrar mi vientre hinchado hasta dentro de un tiempo por lo menos. Por lo que yo sabía, las mujeres con curvas, como yo, solían empezar a mostrar los signos del embarazo más tarde.

Podía ceñirme a mi plan de quedarme hasta final de año antes de dejarlo.

Los niños eran bastante buenos, pero no había forma de que pudiera trabajar de niñera más de un año. Al año siguiente tendría el bebé. La familia Thomas no debía saber lo que Kincaid y yo habíamos hecho.

"Tu hermano es un imbécil. No lo quiero cerca de los niños".

Me detuve en el pasillo cuando oí la voz de Teejay.

¿Hermano? ¿Kincaid había vuelto?

El corazón me dio un brinco y empezó a palpitarme en la base de la garganta.

Oh, Señor, si había vuelto, probablemente debería haberle dicho que iba a ser padre.

Me costó oír sus siguientes palabras, pero aun así conseguí oír algo.

"¡Me da igual, no quiero ir a su boda! Si quiere que estemos allí, tiene que celebrarla aquí".

¡¿Boda?! Oh, mierda. ¿Kincaid se iba a casar?

Instintivamente, me llevé la mano al vientre. Probablemente era una de esas grandes bodas fastuosas que había estado preparando la novia durante meses.

Me estremecí y cerré los ojos.

Odiaba aquella sensación, la que me recordaba que me había acostado con un hombre al que no conocía y que sin duda estaba prometido.

Yo solo había sido su aventura durante unas vacaciones.

Estaba prometido y yo le había permitido cambiar mi vida mucho más de lo que podía imaginar en aquel momento.

No podía quedarme allí, ni un segundo más, no si Kincaid iba a aparecer pronto.

"Tonya, has vuelto. ¿Cómo te encuentras?"

Ambos me miraron y la presión que sentí bajo sus miradas fue demasiado. Me entró pánico en la garganta.

"La doctora me dijo que debería irme de aquí inmediatamente. Lo siento. Tengo que dimitir".

KINCAID

Cinco años después...

No esperaba ser bien recibido en casa de Ryan. No después de insultar a su mujer en su propia casa. Así que me sorprendí por completo cuando empezó a agobiarme para convencerme de que trabajara con él en Estados Unidos.

Cinco años no parecían tanto tiempo. Desde luego, preveía que Teejay me guardaría rencor.

Habría sido capaz de manejar a aquella mujer. Simplemente tuve que aceptar su superficialidad y tratar con ella únicamente a su nivel. Nuestra relación como suegros no debía ser más profunda que eso. Además, debería haberme mantenido al margen de la forma en que ella criaba a sus hijos.

No tenía más parientes que Ryan. Desde luego, no tenía hijos, pero si los tuviera, habría estado a su lado todos los días. Supongo que aún no había conocido a la mujer adecuada. ¿O no?

Cinco años era mucho tiempo para seguir pensando en aquella aventura de una noche. Sin embargo, era lo que estaba haciendo. El recuerdo del trasero redondo de Tonya a la luz de la luna estaba tan fresco en mi mente como si acabara de ocurrir.

Probablemente se había enfadado conmigo. Lo comprendía perfectamente. Me había marchado y ni siquiera había intentado ponerme en contacto con ella. Sabía exactamente que vivía con la familia de mi hermano y para quién trabajaba, pero no había hecho nada.

Mientras tanto, había hecho algunas cosas en mi vida.

Había demolido y reconstruido chateaus ruinosos y me había dedicado en cuerpo y alma a mi trabajo. Había rechazado más de una oferta para que siguieran mi trabajo y lo filmaran para un programa de televisión. Una vez había intentado decir que sí, pero había durado dos semanas antes de pedirles que pararan. Los equipos interferían y los productores siempre me decían que no dijera palabrotas.

No eran ellos los que tenían suelos que amenazaban con derrumbarse bajo sus pies, o paredes que solo aguantaban gracias al moho que se desmoronaba en cualquier momento.

Cuando todo iba bien y nadie corría peligro, me expresaba civilizadamente. Y a aquellos productores les gustaba hacerme enfadar, rechazando siempre mis peticiones.

Por tanto, mi experiencia con un equipo de televisión fue muy breve, pero sabía que por eso me

molestaba tanto la actitud de Teejay.

Estar con ella era como estar delante de alguien que te controlaba todo el día, decidiendo a quién podías ver y a quién no. Lo superé a los pocos minutos de firmar el contrato.

Levanté la mano hacia el timbre de Ryan y me pregunté si no sería un error igual de arriesgado.

Oí el ruido de unos pies que corrían. La puerta se abrió de golpe y una niña se abalanzó hacia mí.

"¡Tío Kincaid!"

La atrapé, sorprendido por la exuberante bienvenida.

¿Cómo podía reconocerme aquella niña? Me quedé mirándola, con un vestidito rosa y coletas en los brazos. Debía de tener entre siete y nueve años.

"¿Reece?", le pregunté.

"Sí, tontito". Me echó los brazos al cuello y tiró de mí.

La llevé dentro, sin saber qué hacer. Apenas había tenido ocasión de relacionarme con ella cinco años antes y se comportaba como si yo fuera su persona favorita.

"Tío, ¿eres tú?" Un niño pequeño me golpeó en el costado mientras sostenía a Reece en brazos.

Dejé a la niña en el suelo y me volví hacia el niño.

"Tú debes de ser Tyler". Aparté a la niña, me agaché y cogí al pequeño.

Los niños soltaron una risita.

"¿Dónde está vuestro padre?", pregunté.

Reece señaló el camino y le seguí hasta la parte trasera de la casa.

"Por casualidad no tendrás todavía a esa niñera tan guapa, ¿verdad?". Necesitaba saber si Tonya estaba por allí.

¿Me habría saludado con el mismo entusiasmo?

"Ahí estás", dijo Ryan cuando entré en su cocina.

El olor a ajo y cebolla llenaba el ambiente. Era bueno que cocinaran, hacía que el lugar pareciera un verdadero hogar.

No había echado un vistazo a fondo porque había seguido el ejemplo de Reece, pero la casa, aunque limpia y ordenada, tenía una clara sensación de estar habitada.

"La niñera no trabaja hoy", exclamó Tyler justo antes de soltarse de mi agarre.

Reece me abrazó una vez más, dijo algo y echó a correr tras su hermano.

"Qué grandes se han puesto", comenté mientras cruzaba la cocina para abrazar a mi hermano.

"Estaban tan emocionados por volver a verte".

"Entonces eso significa que, a pesar de todo, les hablaste bien de mí".

Ryan me dio una palmada en la espalda y se volvió para abrir la nevera. "¿Una cerveza?"

"Gracias", contesté mientras me tendía una botella bien fría.

"Estás aquí de verdad", dijo Ryan sonriendo, como si aún no pudiera creérselo.

"Oye, por fin me has dado una buena razón para volver. Estoy harto de construir chateaus y me muero de ganas de trabajar en algo más moderno. Lo viejo me estaba aburriendo".

Se rio de mi broma y golpeó su cerveza contra la mía.

"Va a ser estupendo. Tienes una reputación importante. La gente de aquí cree que eres una especie de estrella en tu campo".

"Y por gente, te refieres a esas pocas personas que vieron ese horrible programa de televisión hace unos años. Mira, Ryan, sabes que no estoy aquí para ser portavoz de nada. Mis habilidades son más adecuadas para hacer el trabajo, analizar las necesidades estructurales, salvar edificios y darles una nueva vida".

"Y ese es exactamente el motivo por el que te necesito. Quiero a alguien en quien tanto yo como el equipo podamos confiar. Estoy demasiado ocupado lidiando con los contratos de los clientes y sus abogados para asegurarme de que el trabajo se hace correctamente. Te necesito, hermano. Gracias por venir a hablar conmigo".

"Deja de ser tan cursi. Basta ya. ¿Dónde está Teejay? ¿Qué piensa de todo esto? ¿Sigo en su lista negra?" Me froté la nuca y me apoyé en el mostrador.

"Le parece bien".

No sabía si confiar en Ryan. No lo sabría hasta que volviera aquella mujer, estuviera donde estuviera.

"Ahora ha llevado a Blake al pediatra. Cuando llegue a casa, prepararé la cena para nosotros y podremos ponernos al día de algunas cosas".

"¿Así que ahora cocinas tú? ¿Qué ha pasado con el catering secreto de hace unos años?"

Ryan me lanzó una mirada de reojo.

"Se esforzó mucho después de que naciera Tyler. No me di cuenta de los problemas en los que se había metido. No dejaba de sonreír, de parecer perfecta y de decirme que me ocupara de mis asuntos. No me daba cuenta de lo que estaba pasando en aquel momento. Poco después de que te marcharas y de que se fuera la niñera, todo se vino abajo".

"Ah, así que la niñera se fue, ¿lo he entendido bien? ¿Adónde se fue?" Intenté no parecer demasiado decepcionado.

¿De verdad esperaba que Tonya se hubiera quedado con Ryan y Teejay después de tantos años?

Algunas niñeras se quedaban mucho tiempo con las familias cuando las cosas iban bien, pero por lo que yo recordaba, la relación entre Tonya y Teejay no había sido la mejor. Aquella mujer la atormentaba día y noche.

"No tengo ni idea de lo que ocurrió realmente. Se puso enferma y se marchó de repente. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que Teejay sufría depresión posparto. Pensaba que tenía que ser perfecta, sin darse cuenta de que ya lo era".

¿Perfecta? Ryan tenía la mirada extraviada. Seguía queriendo a su mujer y eso estaba bien. Sin embargo, no ser capaz de ver los defectos de su mujer con su visión distorsionada del amor era probablemente parte de sus problemas.

"Teejay está mucho mejor ahora. Y después de que naciera Blake, nos aseguramos de que recibiera la ayuda que necesitaba. La niñera debe servir de apoyo, no para criar a los niños, pues ese debe ser nuestro trabajo. La señora de la limpieza también puede venir a la casa a limpiar cuando hay invitados. No debería ser un secreto vergonzoso que pagamos a alguien para que limpie por nosotros.

Asentí como si me importara.

En cierto modo, sin embargo, lo era. Me sentí bien al oír que Teejay había descubierto las razones de su necesidad de fingir ser quien no era, y que ya no lo hacía. Que ya no tenía que ocultar al mundo cómo dirigía la casa.

Lo que más me interesaba era que Tonya había dejado su trabajo porque estaba enferma. ¿Quería decir Ryan que había fingido estar enferma para salir de allí o que realmente había enfermado gravemente y ya no podía trabajar para ellos?

Se me revolió el estómago.

Era demasiado tarde para preocuparme por ella. Debería haberlo hecho cinco años antes, pero me había marchado sin decir una palabra.

Cinco años, y ni una sola vez le había dicho a mi hermano que aquella niñera se me había quedado grabada y que quería su número de teléfono.

Cinco putos años. Bueno, eso había sido culpa mía.

"De todas formas te he preguntado... ¿cocinas tú ahora?"

"Sí. Cocino al menos dos veces por semana. Eso le da un respiro a Teejay. No tiene que preocuparse de dar de comer a todo el mundo. Francamente, la mayoría de las veces suelo pedir comida para llevar, pero es mi elección".

Abrí la tapa de la olla que olía tan bien "¿Así que tienes un talento oculto para la cocina?"

"En realidad no, pero lo bueno es que no se espera de mí que prepare nada del otro mundo. Además, Teejay y yo vamos a clases de cocina una vez al mes. Así que los dos estamos aprendiendo a cocinar".

"Suenan bien. ¿Salsa de espaguetis?"

"Sí, hecha desde cero. Tienes que dejarla cocer a fuego lento. Cuanto más tiempo, mejor". Se limpió las manos en un paño de cocina y lo dejó sobre la encimera.

"Sígueme, te enseñaré la habitación de invitados. Tenemos una suite doble. Es tuya hasta que

encuentres un sitio".

Hizo una pausa y se volvió hacia mí. "Y lo encontrarás, ¿verdad? Porque no quiero tener que explicar a mis hijos por qué el tío Kincaid tiene un desfile de chicas que entran y salen de su puerta por la noche."

"¿Sigues pensando que tengo esa reputación?"

"Fuimos a la misma universidad. Puse un pie en el campus y lo primero que oí fue que eras un vividor con todo el mundo. Las chicas se me acercaban solo porque era tu hermano".

Me eché a reír. "Ha pasado mucho tiempo desde que fuimos a la universidad. Las cosas cambian...."

TONYA

Con un portapapeles en la mano, caminé entre los participantes en el evento. Para algunos era una fiesta, para otros una oportunidad de conocerse. Dejando a un lado el catering y el personal, se trataba de otra de las súper recaudaciones de fondos de Ruth y todo el mundo estaba allí para meter la mano en la cartera.

Cuando ella decidía apoyar a una organización, no se limitaba a extender un cheque, sino que invitaba a sus amigos a hacerlo, y a los amigos de sus amigos, y así sucesivamente.

Y cuando alguien quería llamar la atención de Ruth, se presentaba en sus actos.

Se colocaba entre los ricos, charlando y pasándoselo bien. Estaba en la sombra, asegurándose de que todo iba bien.

Ruth Van Kirk era una mujer de gusto distinguido. Elegantemente alta, con una masa de pelo blanco como la nieve, se movía con gracia y hablaba con aire regio. De algún modo, yo le caía bien a esta mujer con un corazón de oro. Su cuenta bancaria era infinita y me consideraba digna de ser su ayudante.

En tales eventos se repartían millones de dólares. Yo, sin embargo, lo vivía con mucha más ligereza, como si tuviera que decidir si sentaba a gente normal en un restaurante y no si la prima de la reina de España debía sentarse junto a la influencer de las redes sociales o la última estrella del Hip-Hop.

"Señorita Bryant, disculpe".

Me volví hacia un hombre con chaqueta blanca de cocinero que me llamaba por mi nombre.

"Por favor, no me diga que hay algún problema", le dije con una sonrisa simulada.

El evento había salido perfectamente según lo previsto, pues yo era buena en mi trabajo. Sin embargo, la gente era imprevisible y cuando me enfrentaba a una dificultad, la mayoría de las veces se debía a una sola persona. Nadie se iba. El evento terminaría oficialmente en veinte minutos y la fiesta iba viento en popa.

"En realidad no es un problema, es más bien un contratiempo".

Dejé escapar un suspiro. Era otra forma de decir que teníamos un problema, pero nadie quería pronunciar aquella palabra.

"Vale, ¿qué pasa?".

El cocinero se paseó de un lado a otro.

"Nos hemos quedado sin comida. Teníamos previsto servir más canapés hasta hace media hora, pero ahora solo tenemos lo que queda en las bandejas. La gente sigue pidiendo más". Hizo una mueca. "Normalmente siempre nos sobra comida también para el personal del catering", explicó.

"¿El personal ha comido o no?"

Sabía que era el procedimiento habitual con aquel servicio de catering. Era una de las razones por las que nos gustaba contratar a su empresa. Pagaban al personal y también les daban de comer.

Una de nuestras peticiones era entregar comida extra a un refugio cercano. Siempre pedíamos un poco más de comida. A Ruth le gustaba que las circunstancias le permitieran ocuparse de la gente.

"¿Y el vino? ¿Y el champán?", pregunté.

"Todo eso está bien. Pero si la situación se convierte en un after party, tenemos que encontrar otra solución".

"¿Un after party? Me has dado una idea".

Le dejé allí y le dije que no se moviera mientras me abría paso entre la multitud. Se lo estaban pasando realmente bien.

En cuanto vi a Ruth, me dirigí directamente hacia ella, dejando de rodear a los invitados.

"Perdone, ¿tiene un momento?", le pregunté.

Ruth sabía que la interrumpiría únicamente si se trataba de algo importante, y así era.

"¿Sí, Tonya? Todo va muy bien. He recibido muchos cumplidos sobre nuestra fiesta".

"Sin embargo, se nos está acabando la comida. No quiero que tus invitados se conviertan en una manada de lobos rabiosos hambrientos", interrumpí. "La cuestión es si quieres prolongar la fiesta, y yo me pondré a tu disposición para conseguir más comida, o si quieres que se acabe pronto. A la dirección le da igual cuándo nos vayamos, siempre que el local esté perfectamente limpio mañana a las nueve de la mañana".

Ruth me observó atentamente. Su expresión era la de perfección, con una leve sonrisa. Reflexionó en silencio. Su mirada se desvió hacia un lado y luego asintió con un leve movimiento de cabeza.

"Bueno sí, me estoy divirtiendo demasiado. Sigamos la fiesta un poco más".

"Vale".

Me apresuré a volver con el cocinero.

"El evento va a seguir. Consigue algo ya hecho como nachos, patatas fritas, salsas, eso es todo. Envía a alguien al supermercado más cercano y vacía las estanterías. A esta gente le encantará.

Les recordará sus días de universidad. Si puedes, consigue también algunas cervezas".

"Enseguida". Se fue en un santiamén.

Ya nos habíamos puesto en plan after-party antes. Aquella vez nos habían proporcionado una cocina y habíamos alimentado a los juerguistas nocturnos con pizzas congeladas cortadas en cuadrados.

Cogí el teléfono. Era de última hora y los gastos ocasionados serían absurdos, pero si lo conseguía, la gente hablaría de aquella fiesta durante mucho tiempo.

Primero llamé a la niñera, Stacey, para avisarle de que me quedaría fuera más tarde de lo previsto, y luego fui en busca de algunos nombres destacados.

"¿Es DJ X-Boyeez?"

"Sí, soy yo". Sonaba mucha música de fondo.

"¿No estará trabajando hoy, por casualidad?"

"Quién es, no tengo tiempo para chorradas". Parecía cansado.

"Yo tampoco. ¿Has oído hablar de Ruth Van Kirk?"

"Es una mujer de la alta sociedad, da fiestas elegantes. Intenté conseguir una aparición para ella, pero aquella vez no había el público adecuado".

"Parece que esta noche sí que hay el público adecuado. Soy Tonya Bryant, la ayudante de Ruth Van Kirk, y vamos a celebrar una after party extraordinaria. Necesito desesperadamente un DJ y estoy dispuesta a pagar el precio que me pidan", dije.

"Mentira sobre mentira".

"¿Tienes una cuenta bancaria? Puedo enviarte un depósito ahora. ¿Cuándo puedes venir?". Le expliqué dónde era la fiesta, y cuando me dio su cuenta bancaria, le envié inmediatamente mil dólares para demostrar que era de verdad.

"Tienes suerte. Hoy he tocado en una boda y todas mis cosas siguen en la furgoneta. Puedo estar allí en una hora".

"Te daré otros cien dólares si puedes estar aquí dentro de cuarenta y cinco minutos".

"¿Por qué seguimos hablando? Ya voy".

Ante la idea de más dinero se había animado inmediatamente. Todo lo que tenía que hacer como DJ era no apearstar. No tenía que ser genial. En aquel momento, me daba igual que apareciera con un viejo reproductor de MP3 y un amplificador.

Necesitábamos buena música para bailar, comida sencilla y una buena iluminación.

Dos sobre tres no estaba mal.

Miré al techo, esperando otra oleada de inspiración. Fue entonces cuando me di cuenta de que el techo estaba cubierto de miniluces LED. Las probabilidades estaban en mi contra, pero había una

mínima posibilidad de que la unidad de control les permitiera cambiar de color. Con las luces principales atenuadas y las luces parpadeantes lanzando diferentes colores, todo se desarrollaría como si se hubiera programado antes.

Si las luces parpadeantes no hubieran funcionado, habría tenido que conformarme con cumplir dos de las tres prioridades de aquella fiesta posterior no planificada.

Al cabo de una hora, las mesas estaban llenas de patatas fritas, salsas y dados de queso; las luces parpadeantes se arremolinaban en el espectro y DJ X-Boyeez ponía música de baile. Realmente parecía que todos los presentes se lo estaban pasando bien.

"Tonya, has superado todas las expectativas", comentó Ruth cuando volvimos a cruzarnos. "No sé qué hay en esa cabecita tuya, pero está claro que sabías exactamente qué hacer y a quién llamar".

No tuve valor para decirle que todo se había inventado en el momento. Podría habérselo dicho cuando estuviéramos informando sobre el acontecimiento en la comida de planificación de la semana siguiente.

"No tienes que quedarte si no quieres", me dijo.

"Tengo que asegurarme de que todo esté cerrado, desmontado y bajo llave cuando acabe la fiesta", repliqué.

"Tonterías. Sé cómo guardarlo todo después de una fiesta. Vete a casa y dale un beso a tu niña", me ordenó Ruth.

No iba a discutir con ella. Me aseguré de pagar al DJ en efectivo y de dejar generosas propinas a todos los camareros, que sabían que Ruth estaba ahora al mando.

De camino a casa, apenas podía mantener los ojos abiertos.

Entré de puntillas en mi piso, deteniéndome y quitándome los tacones para no hacer ruido en las baldosas.

Se oyó un gruñido procedente del sofá cuando la niñera se incorporó.

"Vuelve a dormirte, Stacey. Ya estoy en casa".

"Hola, Tonya. Kim está en tu cama. Lo siento, pero no conseguí que durmiera en la suya".

"No hay problema. Gracias".

"¿Buena fiesta?"

"Por lo que sé, sigue en pie. Creo que va a ser una fiesta histórica".

Stacey me hizo un gesto con el pulgar mientras volvía a tumbarse. Siempre pasaba la noche en mi casa los días de mis eventos. Era más fácil que predecir cuándo volvería a casa, sobre todo porque el cierre de una fiesta podía llevar horas. A la mañana siguiente íbamos a desayunar todas juntas y luego yo la llevaba a casa. Era un trabajo bastante fácil y ganaba más que si hubiera trabajado en un restaurante de comida rápida.

Caminé por el pasillo y me deslicé hasta el cuarto de baño para cambiarme.

Luego fui a mi habitación. Mi hija pequeña, Kim, estaba acurrucada en medio de la cama. Parecía tan pequeña. Sabía que en cuanto me metiera en la cama con ella extendería las piernas y ocuparía todo el espacio. No me importó en absoluto. Cuando me acurruqué a su alrededor y besé su cabecita, ni siquiera se despertó.

"Buenas noches, pequeña".

KINCAID

"¿No vas a sentarte?", dijo Ryan al entrar en mi despacho.

Lo único que había hecho desde que regresé a Estados Unidos era sentarme. Yo quería estar de pie, hacer un trabajo duro. Lo más difícil que había hecho en aquellos días era poner los zapatos sobre mi escritorio.

Si no hubiera empezado pronto a trabajar en una obra, habría tenido que pensar seriamente en apuntarme a un gimnasio. Me estaba ablandando sin hacer más que reuniones de oficina y nada de trabajo de verdad.

"¿Te parece bien?", le pregunté. No me molesté en darme la vuelta y mirarle a la cara. Si algo había aprendido en las seis semanas que llevaba trabajando en aquella oficina, era que Ryan era exuberante más allá de lo necesario.

Me comprometería con mi trabajo en cuanto me demostrara que valía la pena.

Dejó caer un periódico doblado sobre el escritorio.

"No creía que se siguieran imprimiendo estos periódicos".

Lo hojeé con el dedo. "¿Qué tiene de interesante?"

Ryan me hizo bajar los pies del escritorio, obligándome a acomodarme y sentarme derecha.

"Léelo".

Escudriñé las palabras. Parecían las páginas de la alta sociedad, algo aún menos interesante que un periódico corriente.

"Ruth Van Kirk". Ryan señaló con entusiasmo uno de los artículos. "Ella nos convendría. Tenemos que conocerla".

Cogí el periódico y leí el artículo. Al parecer, la semana anterior, Ruth Van Kirk, filántropa de primer orden, había organizado una fiesta por todo lo alto en un espacio de exposiciones del distrito de arte y cultura de reciente creación, en el Distrito 8.

"La velada empezó como una recaudación de fondos benéficos...". Empecé a leer en voz alta: "Después, la fiesta continuó hasta altas horas de la madrugada y terminó cuando el galerista tuvo que llamar a las autoridades locales para que desalojaran a los participantes. Al final, sin

embargo, nadie presentó cargos, ya que se benefició del hecho de que los asistentes a la fiesta se quedaron hasta tarde y compraron la mayoría de las obras de arte expuestas".

Dicha mujer vendió casi toda la colección de arte y esto ni siquiera estaba en sus planes.

"El DJ era un perdedor que tocaba en bodas", dijo Ryan mientras yo bajaba por la página. "Y ahora, después de aquella fiesta, le ha contratado un empresario y va a agotar las entradas en Ibiza. Esa mujer cambia la vida de la gente. Tenemos que trabajar con ella. Tenemos que hacernos sus amigos".

"Acaba de dar una fiesta y ha ganado dinero, ¿en qué nos ayuda eso?". Dejé caer el papel sobre el escritorio. "No me interesan los asuntos de la élite social, a menos que impliquen la renovación de edificios antiguos".

"Así es, hermano, realmente lo es". Ryan pasó el dedo por el artículo y en el penúltimo párrafo se detuvo. "Lee esto... dice que le entusiasma ampliar su perspectiva para incluir proyectos de viviendas a precios asequibles en Baltimore. Concretamente trabajando con un grupo llamado HomeWorks".

Sacudí la cabeza. Nada de esto significaba nada para mí.

"¡HomeWorks!", Ryan alzó la voz y me dio una palmadita en la mano.

Seguía sin significar nada.

Levantó las manos en el aire y se paseó de un lado a otro. "Son una organización sin fines lucrativos que renueva viejos edificios públicos, almacenes comerciales y oficinas para convertirlos en viviendas asequibles.

Este tipo de organizaciones no pagaban muy bien y yo no iba a ponerme a preparar las finanzas para trabajar para ellos sin cobrar. Así no me gustaba hacer negocios. Desde luego, no era extraño que nunca hubiera oído hablar de ellos, ya que no eran mi clientela objetivo.

"Nunca he oído hablar de ellos. No veo cómo podrían convenirnos. No sé a ti, pero a mí me gustan los clientes que pueden pagar".

"No sabes lo bien que pagas a Ruth. De hecho, siempre paga demasiado". Ryan arrastró la silla junto al escritorio.

"Desde que vi esto en la mesa junto al desayuno de Teejay, las ruedas de mi cabeza no han dejado de girar". Hizo movimientos con la cabeza, casi como si hubiera engranajes girando. "He investigado un poco y esto te va a encantar. Tres enormes escuelas diferentes, construidas originalmente en el siglo XIX, que se habían puesto a la venta, fueron retiradas de repente del mercado."

"¿Y qué? Se nota que alguien compró esos edificios.....".

Ryan negó con la cabeza.

"No así, no así. Los tres edificios el mismo día, al precio que se pedía, y los tres fueron comprados... anónimamente".

Me levanté bruscamente y me apoyé en el escritorio, junto a él. ¿Antiguos edificios escolares, de

al menos cien años de antigüedad? Sonaba como algo que podría interesarme, siempre que pagaran bien por los proyectos.

"Explícate, Ryan".

"Sabía que te interesaría". Se frotó las manos, sonriendo. "Tenemos que preparar una buena presentación y conseguir una reunión con esa Ruth".

"Llama a su despacho", le dije.

Sonaba bastante sencillo.

Identificar una posible propiedad que necesitara una restauración histórica, averiguar quién era su actual propietario y ponernos en contacto con él con el elegante dossier de prensa a cuatro colores que Ryan había impreso para mostrar nuestras habilidades.

Por supuesto, habíamos incluido una carta de presentación hecha a medida.

"Ruth no tiene oficina. Invita a sus socios a trabajar con ella, o se presenta y dice: *Estoy aquí, ¿cuánto dinero necesitas?* Siempre se la ve recaudando dinero en eventos, pero nadie la ha conocido en otros contextos. Nadie sabe de dónde sale el dinero para organizar esos actos, ya que parece que todos los beneficios van a parar a organizaciones benéficas, y ella nunca parece ganar nada".

"Parece que sabes mucho al respecto". Volví a golpear el papel. "Todo lo que me has contado no está en este artículo. ¿Cuánto has investigado?"

"Teejay se ha encontrado con Ruth Van Kirk en el pasado. Me ha contado todo lo que sabe sobre ella".

Me senté respirando hondo. Teejay y su deseo de conectar con la élite no parecían una fuente razonable. Necesitábamos saber más sobre esa Ruth. Poder llegar directamente a su ayudante o a su contable. Diablos, incluso su jardinero habría tenido algo útil para nosotros.

"¿Cómo se consigue una invitación para trabajar con Ruth Van Kirk?"

Ryan se encogió de hombros.

"Si hubiera una respuesta fácil, Teejay ya habría encontrado la forma de entrar en ese negocio".

"Entonces, ¿qué quieres hacer?", le pregunté.

Ryan volvió a dar golpecitos en el papel. "¡La fiesta, Kincaid, la fiesta!".

Por la expresión exasperada de su cara, me di cuenta de que creía que estaba siendo tajante y perfectamente claro, pero yo me perdí en sus palabras.

Aquella señora vieja y rica había organizado una fiesta, alguien había comprado unos edificios antiguos en la zona de Baltimore, y Teejay sabía muy poco al respecto.

Cerré los ojos y ordené todo en mi mente como un rompecabezas. Todo encajaba, simplemente yo no veía lo mismo que Ryan. Conseguí encajar las fiestas épicas y las actividades filantrópicas. Teejay quería unirse a la élite de la alta sociedad y todo encajaba.

Entonces combiné la información sobre aquella HomeWorks.

"Ya veo lo que quieres hacer. Quieres que vayamos a una de esas fiestas porque crees que esa mujer compró esas propiedades para HomeWorks. Me refiero a los tres edificios que has explicado antes. Si pudiéramos restaurarlos nosotros mismos, estaríamos tranquilos para el resto de nuestras vidas".

"Se nota que eres mi hermano. Bingo!" La voz de Ryan se volvió más entusiasta, con una pizca de irritación. "Eso es lo que he intentado explicarte todo el tiempo. Tenemos que ir a ver a Ruth, tenemos que convencerla de que somos los mejores en nuestro campo..."

"Somos los mejores", le interrumpí.

"Tú lo sabes, yo lo sé. Ahora Ruth Van Kirk y sus colaboradores deben saberlo también".

"¿Por qué no nos dirigimos directamente a esa gente de HomeWorks?". Sabía que normalmente no queríamos trabajar con organizaciones benéficas, pero si ese era el camino más corto para llegar a ese proyecto, tenía sentido.

"Porque no queremos hacer obras de caridad a menos que Ruth Van Kirk esté implicada", respondió Ryan como si yo fuera un tonto.

Con todos los giros de su lógica, empezaba a pensar de verdad que el idiota era yo.

"Olvida que he mencionado HomeWorks", dijo. "Céntrate en Ruth y en esos edificios escolares. ¿Te imaginas convertir esas viejas estructuras en pisos de lujo?".

"Si para eso se compraron esos edificios... ¿no dijiste que se iban a utilizar para viviendas asequibles? No creo que se mencionara ninguna reforma de lujo. ¿Estás seguro de que quieres formar parte de ella?".

Ryan me miró fijamente. "Por eso no queremos ir a través de HomeWorks, sino de Ruth. Ella es el tipo de persona que construye pisos de lujo de calidad y luego los cede a un grupo como HomeWorks para que los conviertan en un centro de rehabilitación para antiguos sin techo, o algo así".

Lo comprendí; Ruth significaba dinero, pasara lo que pasara.

"De acuerdo. Entonces, ¿cómo entramos en una de sus fiestas? ¿Cómo sabemos dónde se van a celebrar?".

Ryan esbozó una sonrisa de oreja a oreja, como un tiburón enseñando los dientes. "Preguntémosle a Teejay. Todavía sigue todos los asuntos mundanos. Así seguro que podríamos entrar en una de esas fiestas para recaudar fondos".

"¿Tendré que llevar smoking para eso?".

TONYA

Cuando era más joven, dormía muy poco y me quedaba despierta hasta tarde, como un búho nocturno. En las horas más oscuras podía pensar mejor. Las notas de mis exámenes más brillantes las había escrito al filo de la medianoche.

Sin embargo, después de tener una niña, me había preguntado por qué solo era eficiente por la noche, ya que no me había permitido ninguna otra opción.

Me gustaba despertarme temprano, con el sol apenas brillando en el cielo. En un momento dado, cuando nació Kim, dejé de volver a dormirme después de que se despertara para comer a las cinco.

Con el mundo en silencio a mi alrededor, podía meditar mejor y ocuparme de las diversas tareas que conlleva ser adulto y llevar una casa.

Empezaba el día sin beber café y con los ojos llenos de amargura, pero con una tranquilidad que me permitía afrontar el día lo mejor que podía.

Aquel día no fue muy diferente: me desperté y me preparé para mi práctica matutina de yoga.

Aún no habían puesto el programa de televisión, así que me acomodé con mi esterilla y me puse un traje holgado mientras tanto. Bebí una taza caliente de té de limón para hidratarme y empecé el día con calma y tranquilidad.

Cuando terminé mi entrenamiento, Kim aún dormía. Empecé a preparar el desayuno poniendo un plátano y alguna otra fruta en la licuadora para un batido matutino. No lo empezaría hasta que Kim se despertara para no molestarla. Para una niña pequeña, dormir era importante. De todos modos, se habría despertado temprano, pero no tenía por qué seguir mis locos horarios.

Me duché y me preparé para el día. Había quedado con Ruth para comer.

Ella prefería llevar ropa de cierto nivel de alta costura y sofisticación. Yo, en cambio, no tenía ni el armario ni el presupuesto para el tipo de ropa que ella llevaba. Afortunadamente, ella no esperaba que yo llevara ropa de diseño y zapatos Prada de tacón alto. En algún momento había dejado de pretender ser una persona a la moda. De todos modos, siempre iba arreglada y elegante. Si llevaba ropa de marca, era de segunda mano.

La mitad de mi ropa la había comprado en alguna tienda vintage. Tenía que vestir con estilo mis curvas exageradas, pero con un presupuesto limitado. No pagaba el precio completo de nada.

Aquel día, la aplicación del tiempo de mi teléfono me advirtió de que iba a ser un día frío. Un tiempo anormal, con precipitaciones.

Mientras me vestía, volví al salón y encendí la televisión para ver el canal del tiempo. Esperé unos instantes hasta que cambiaron al tiempo local.

"Esta mañana hace más frío de lo esperado. Hay posibilidad de chubascos dispersos que se convertirán en tormentas por la tarde. No os preocupéis, no permanecerá así mucho tiempo, porque mañana volverán a subir las temperaturas...". Apagué y tiré el mando a distancia al sofá.

El frío significaba vestirse en capas y llevar botas, cosa que no me importaba en absoluto. Podía llevar todos los calcetines grandes y cómodos llenos de dibujos y nadie podría verlos bajo esas mismas.

Saqué del armario un chaleco con cuello de pico y lo dejé a un lado. Me lo pondría por encima de la blusa cuando llegara la hora de salir. Mi piso era bastante cálido, ya que estaba situado entre otros dos pisos que tenían la calefacción encendida todo el tiempo.

Abrí la puerta del dormitorio de Kim y encendí la luz. Durante la noche se había quitado las mantas y estaba tumbada con la almohada boca abajo. Cogí la almohada con la mano y ella hizo un gesto de dolor.

"Shhh, no pasa nada. Es hora de levantarse, dormilona".

Soltó unos gemidos y se frotó los ojos con las manitas.

La levanté y la llevé al baño. Empezamos el día con un éxito mañanero y luego ayudé a Kim a vestirse. Podía decidir entre las opciones que le presentaba. Los días que no teníamos que llegar a tiempo a ningún sitio, la dejaba elegir su propia ropa.

A veces combinaba ropa absurda y parecía un payaso. Nada encajaba y todo era demasiado chillón. A mi niña le encantaban los colores fluorescentes, sobre todo el naranja y el rosa. Siempre se aseguraba de ser muy visible.

Las dos nos vestimos con ropa de invierno, más apropiada para enero o febrero, desayunamos, la llevé a la guardería y después me fui a casa de Ruth.

Entré por la puerta trasera, llegando directamente a la cocina.

"¡Buenos días!", exclamé a Katrina, la cocinera.

Ruth no era una persona madrugadora. Y si lo era, se quedaba horas en la cama antes de empezar el día.

Llevaba un estilo de vida que era el epítome de lo superrico. Desayunaba en la cama, todas las mañanas, luego leía tranquilamente el periódico o terminaba un libro mientras sorbía su café y después comía tostadas y mermelada de naranja, además de un huevo.

Crucé la cocina y me serví una taza de café. No vería a Ruth hasta que llegara la hora de salir de casa para nuestra reunión. Hoy íbamos a almorzar en Jose's Capital. Si iba a hablar con ella antes de llegar al restaurante, sería por mensaje de texto o llamada telefónica.

No importaba que trabajara en su casa, nunca nos habríamos visto precisamente porque teníamos

una reunión para comer.

Ruth era una persona excéntrica y estrafalaria. Pero también era cariñosa, amable y era muy agradable trabajar con ella.

Encendí el ordenador y empecé a hojear el montón de papeles que había dejado sobre mi escritorio. Tenía que dejarlo limpio todas las tardes, de lo contrario las pilas de artículos que Ruth quería que revisara se acumularían y me enterrarían.

Aquella mañana la pila incluía también una carpeta de documentos con escrituras de compra de varias propiedades.

Suspiré. Tenía que averiguar de qué se trataba. ¿A quién pensaba dárselas Ruth? ¿O pensaba subastarlas y donar los beneficios?

Organicé lo que había que leer y lo que requería una acción relacionada y elaboré mi lista de tareas para el día.

Punto número uno: poner la alarma del teléfono a las diez, hora en que llegaría el personal del restaurante, y llamar para confirmar nuestras reservas.

Mientras tanto, investigué a fondo la información sobre la propiedad, poniéndome en contacto con agentes inmobiliarios y abogados. Tenía más preguntas y más cosas que añadir a mi lista de tareas pendientes. La lista de nuevos temas a tratar durante la comida estaba creciendo considerablemente. Ya tenía una larga lista de compromisos, empezando por los detalles de la fiesta de Navidad.

Las celebraciones navideñas iban a ocupar todo mi tiempo, ya que Ruth estaba organizando una tras otra; la primera era para la gran recaudación de fondos. Participarían tres organizaciones benéficas por las que no había hecho nada durante el año. Los cheques y los donativos caerían del cielo durante las Navidades. Y la noche siguiente, la fiesta sería para todos los que trabajaban para ella.

Se invitaría a todos los DJ, al personal de catering y de seguridad. Se traería comida de un restaurante local, para que los encargados del catering con los que trabajábamos durante el año pudieran disfrutar sin pensar en cocinar. Habría regalos para todos e incluso un sorteo con premios.

Siempre parecía una de esas películas navideñas y me encantaba organizarla. Era el tipo de fiesta en la que podía relajarme porque solo había una cosa que hacer: divertirme. Y lo necesitaba después de semanas de preparación para el gran baile benéfico de Navidad.

En cualquier caso, todo iba según lo previsto. El encargado del catering y yo estábamos ultimando el menú. Había tomado nota para encargar más comida y planificar la fiesta posterior. ¿Volvería DJ X-Boyees a EE.UU. después de ir a tocar a Ibiza? No había forma de recrear la magia de la última fiesta posterior, pero podía intentarlo.

Tomé otra nota para conseguir su nuevo contacto: tenía que asegurarme de que también le invitaban. Por supuesto, ahora era una celebridad internacional y quizá no le interesara nuestra pequeña fiesta familiar.

Sonó el despertador de mi teléfono. *¿Eran ya las diez?* La mañana pasaba volando. Aún tenía

muchas cosas que hacer, pero no había más tiempo.

Rápidamente hice una llamada de confirmación al restaurante.

"Hola. Hemos reservado la misma mesa que la semana pasada. Sabe que no tiene que confirmar todas las semanas, señora Bryant. Sois clientes especiales, quizá los mejores de la historia, y nunca os defraudaremos", me dijo por teléfono el gerente del restaurante.

"Lo sé, pero lo hago automáticamente. No me gustaría que hubiera ningún contratiempo ni nada por el estilo".

"Por favor, así al final sí que pasará algo malo".

"Por eso te llamo, para que no ocurra".

"Estamos deseando veros a usted y a la señora Van Kirk".

Me senté y di un sorbo a mi café. Estaba frío. Miré la taza, que aún estaba llena hasta la mitad. Ya no tenía ganas de bebérmelo.

Puse otra alarma en el teléfono, para acordarme de salir a tiempo para la reunión del almuerzo, y volví a mis interminables tareas. Revisé las nuevas carpetas de propiedades y las dejé sobre la mesa. No quería pensar en lo que iba a hacer con aquellas carpetas mientras tenía que encontrar la forma de organizar una gran fiesta de Navidad. Además, quería asegurarme de que la gente recordara el evento como algo épico.

KINCAID

Me ajusté la pajarita del cuello. Odiaba aquella ropa que me hacía parecer un pingüino. Sin embargo, la situación requería que me pusiera una.

Según Teejay, aquella fiesta era superformal, de etiqueta. Esto significaba llevar algo moderno, que no era mi estilo, o permanecer en lo clásico.

No sabía decir si parecía un camarero o alguien a punto de casarse. Me estremecí y dejé de pensar en ello: ninguna de las dos perspectivas era buena.

Me puse el pesado abrigo y crucé la ciudad para ir a casa de Ryan. No sé por qué no pudimos vernos directamente en el evento. Teejay había insistido en que primero fuera a su casa a tomar un cóctel. Luego, un chófer nos recogería en un coche privado en hora y media y nos llevaría al evento.

"¿Por qué no podemos ir todos en mi furgoneta?", le pregunté. Era lo bastante grande para los tres.

"Oh, no, no podemos ir a una de las fiestas de Ruth Van Kirk en furgoneta. La gente cotillearía sobre nosotros", había respondido Teejay.

"Eso sería bueno. Entonces esa Van Kirk sabría quiénes somos. Se llama hacer una entrada espectacular".

"Se llama causar una mala primera impresión. No, no lo permitiré".

Con Ryan respaldando las elecciones de su mujer, me había resignado.

"No me habré equivocado de casa, ¿verdad?", le dije mientras abría la puerta.

Mi hermano tenía una mirada dura. Las ojeras, el pelo despeinado y el chándal no presagiaban nada bueno. Sacudió la cabeza y dio un paso atrás para dejarme entrar.

"Los niños han enfermado. Teejay empezó a vomitar anoche. Estoy agotado".

"Podrías haberme llamado".

"Lo siento, he estado sin parar, solo he conseguido dormir unos minutos aquí y allá. Me olvidé".

"Mierda, ¿necesitas algo, como sopa o algo?". No sabía qué hacer ante una familia enferma.

De niño recordaba que cuando estaba enfermo me sentaba delante de la tele a ver dibujos animados todo el día. Eso no significaba que supiera cómo afrontar la enfermedad de otra persona.

"No, tenemos algo de comer. También tenemos medicinas. Solo necesito dormir". Me miró y yo asentí: "De acuerdo entonces, necesitas tu invitación".

Se alejó y volvió con un sobre en la mano.

"Aquí la tienes. Si no puedes reunirte con Ruth esta vez, al menos ve a echar un vistazo. También hará más cosas después de Año Nuevo".

Con un largo suspiro cogí el sobre de Ryan.

Me di cuenta de que los planes habían cambiado. Sin Teejay insistiendo en una limusina, nada me impedía llegar a aquel evento de alfombra roja en mi Ford F150 Extended Cab. Al menos habría hecho una entrada que podría haber atraído la atención de Ruth Van Kirk.

Cuando llegué, la cantidad de gente era asombrosa. Habría hecho falta algo más grande que aparecer en una camioneta para despertar el interés de la multitud.

"Dios mío... eres un tipo muy fornido. ¿De qué linaje vienes?" Una mujer de mediana edad, espléndida en su confianza, se acercó a mí. Me tendió un flûte de champán mientras sus ojos recorrían el resto de mi cuerpo.

"Me haces parecer una especie de perro de feria", le dije.

Hizo una pausa, enarcando las cejas, aunque no frunció el ceño.

"Pareces más bien un semental de competición, cariño. Detecto un acento extraño, ¿no eres de aquí? Creía que eras de aquí".

Mis años en Europa habían añadido cierto encanto a mi inglés. Yo no lo llamaría acento extraño, pero ya no sonaba como un tipo que se hubiera criado cerca de Baltimore.

"Siento romperte el corazón, pero soy de aquí hasta la médula".

"Entonces tú o tu padre vivisteis en el extranjero".

"Podría decirse así, pero no exactamente".

Apoyó la palma de la mano en mi pecho.

"Entiendo que no quieras hablar de ello. De todas formas, te queda bien el smoking".

Solté una risita y aparté su mano.

"Yo no tengo secretos".

"Eso es lo que dice todo el mundo", ronroneó.

"He estado reformando villas y castillos en Suiza. Eso explica el acento".

"¿Y los músculos?" Pasó el brazo por entre los míos y me agarró el bíceps.

Estaba decidida a tocarme.

Como estaba destinado a ser su presa durante la velada, decidí ver qué podía sacarle a aquella mujer. Enganché su brazo un poco más cómodamente y empecé a abrirme paso entre la multitud de participantes.

"No soy más que un obrero de la construcción. Estoy aquí porque tengo que reunirme con Ruth. ¿La conoces?"

"Todo el mundo conoce a Ruth", respondió la mujer.

Devolvió el vaso a la bandeja mientras un camarero pasaba junto a ella. Fue un movimiento hábil y bien ejecutado.

"¿Por qué querría un obrero de la construcción conocer a Ruth? ¿Qué sabes tú que yo no sepa?". Su risa gutural empezaba a gustarme. Hacía que todo sonara como una conspiración y me hacía mucha gracia.

"De alguna manera, también estoy a cargo de la empresa que hizo esos trabajos", me reí entre dientes.

"Bueno, vale, señor obrero de la construcción, ¿qué gano yo si te la presento?".

Me tocó coger sin esfuerzo una copa de champán de una bandeja cercana. Se la entregué.

"Mi gratitud", respondí.

Al cabo de un rato empecé a preguntarme si realmente conocía a Ruth. Me presentó a varias personas cuyos nombres olvidé en cuanto Joyce, la mujer que me había reclamado el brazo, me llevó con ella a otro pequeño grupo de gente.

Luego me señaló hacia Ruth, pero seguía en la distancia y no parecía que nos acercáramos a ella.

Una mano pesada se posó en mi hombro. Me volví del tirón y me encontré con un hombre muy enfadado. Su buen aspecto y su traje me hicieron pensar que era un modelo, o tal vez un rico playboy.

"¿Y tú quién demonios eres?", dijo.

Negué con la cabeza, sin entender por qué estaba tan increíblemente enfadado.

Unos centímetros más bajo que yo y unos veinte kilos más delgado, parecía querer pegarme, pero se dio cuenta de que dañaría más los finos huesos de su mano que mi mandíbula.

"Oh, Carlisle, ¿qué crees que estás haciendo?". Joyce se interpuso entre nosotros como si me protegiera.

"¿Es tu nuevo juguete? Su vestido ni siquiera está firmado. ¿Hasta qué punto has caído bajo? Si te hubieras molestado en presentármelo, al menos te habrías ahorrado dar una mala impresión. No eres de fiar. ¿Cómo puedo fiarme de ti?".

Aproveché la oportunidad para distanciarme de su evidente pelea de amantes. Agradecí la llegada de Carlisle.

La compañía de Joyce era buena para la fiesta, pero no tenía ningún interés en seguir tratando con ella.

Miré a mi alrededor en busca de Ruth. Siempre parecía estar más lejos de lo que esperaba.

Entonces volví a vislumbrarla. Estaba hablando con alguien de pelo largo y brillante que tenía un trasero que de repente me hizo pensar en las olas del mar bajo la luna llena.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza. Los pensamientos sobre Tonya a veces tenían ese efecto en mí. Se colaban en mi mente y me golpeaban como un puñetazo en el estómago. Un pelo bonito y un físico deseable no significaban que la chica que tenía detrás fuera ella.

Decidí que me encargaría de presentarme a Ruth Van Kirk. Y si por casualidad conocía a la atractiva chica con la que estaba hablando en ese momento, que así fuera.

Había perdido a Tonya hacía años. Tenía que superar el recuerdo de ella, así que ¿por qué no crear otros nuevos con otra persona?

Di unos pasos en su dirección y entonces ella se dio la vuelta.

Parpadeé para aclarar mi visión. El corazón se me paró en la garganta. Aquella estúpida pajarita demasiado apretada, me asfixiaba. Me la aflojé y me desabroché los primeros botones de la camisa hasta que pude volver a respirar.

Creía que no volvería a verla; había pensado que las palabras de Ryan significaban que estaba prácticamente muerta. Todos los pensamientos sobre Ruth Van Kirk habían desaparecido.

Me apresuré a avanzar unos pasos hacia donde estaban hablando.

"¿Tonya?" Mi voz sonó ronca al pronunciar su nombre.

Ella se volvió y la sonrisa de su rostro se apagó, luego palideció y casi se tambaleó.

Llegué a su lado y la agarré.

"Tonya, querida, ¿estás bien?", preguntó Ruth. "Deberíamos buscarte una silla".

No había ninguna cerca de nosotras. Mi mano seguía en su espalda. Estaba de pie y me miraba con ojos vidriosos.

No sabía de cuánto tiempo disponíamos antes de que se desplomara. La cogí en brazos y me dirigí a través de la multitud hacia unos asientos.

Ruth caminaba con pasos rápidos detrás de nosotras.

Me senté y sostuve a Tonya en mi regazo. No quería arriesgarme a que se cayera.

"Kincaid. Vaya, no me lo puedo creer. Puedes dejarme en el suelo", dijo Tonya. Intentó forcejear, pero la sujeté con fuerza.

Su voz era el paraíso para mis oídos.

"Tonya, ¿conoces a este hombre?"

"Ruth, él es Kincaid Thomas. Le conocí hace años, antes de que desapareciera. ¿Por qué está

aquí?"

"He venido a encontrarme con la Sra. Van Kirk, pero no esperaba verte. Creía que habías muerto".

"¿Muerto?"

"¿Puede alguien traernos agua?", oí que Ruth pedía a un camarero.

"Mi hermano dijo que te pusiste enferma y lo dejaste y no hablaba de un resfriado. Dios mío, ni en un millón de años esperaba volver a encontrarte".

Las palabras que pronunciaba no tenían mucho sentido, pero ¿de qué otra forma podía explicarle a la mujer que tenía entre los brazos que llevaba años sintiéndome culpable por haberla abandonado, a lo que se sumaba el dolor de pensar que estaba muerta?

"No estoy muerta en absoluto, de hecho me siento muy bien".

"Toma, querida, bebe un poco de agua". Ruth le tendió un vaso. "¿Así que has venido a conocerme? ¿Para qué?"

"Sra. Van Kirk, me gustaría saber qué se necesita para ser llamado a participar en algunos proyectos a los que usted podría estar vinculada".

"Creo que primero deberías dejar a mi ayudante".

TONYA

Kincaid Thomas había vuelto a la ciudad y cada célula de mi cuerpo era más que consciente de ello. Estuve todo el fin de semana distrayéndome. No sé cómo me las había arreglado para que ninguna de las dos fiestas de Navidad terminara sin problemas.

¿Era mi regalo de Navidad? Y sobre todo, ¿era un regalo que quería aceptar?

Cuando había dicho mi nombre y me había cogido en brazos, todo mi cuerpo había empezado a temblar y no había dejado de hacerlo.

Al final, cuando me pidió que le diera mi número, no vacilé ni titubeé. Quería que lo tuviera y que me llamara. Quería continuar donde lo habíamos dejado: dos desconocidos que habían hecho magia en la playa.

Su presencia había sido un poderoso afrodisíaco. Era como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros, como si toda mi vida no hubiera dado un vuelco. Todo lo que había ocurrido en los últimos cinco años no importaba. Kincaid estaba en Washington, eso era lo que importaba ahora.

El lunes siguiente a las dos fiestas de Navidad no tuve que ir a trabajar. Aun así, me levanté temprano y dediqué más tiempo a mi rutina matutina de yoga. Dejé que Kim durmiera todo lo que quisiera. No eran más de quince o veinte minutos en comparación con nuestra hora normal de levantarnos, pero marcaba la diferencia.

Intenté calmar mi cuerpo. La energía latía a través de mí como si fuera una especie de faro que intentaba atraer a Kincaid hacia mí. Tenía el día libre en el trabajo, pero aún debía llevar a Kim a la guardería. También tenía que poner el árbol de Navidad y comprar regalos. Iba a tener que aprovechar al máximo cada momento libre.

Me tomé mi tiempo para prepararme. Me sentí bien al ponerme unos cómodos pantalones de yoga de forro polar y una acogedora sudadera. Aquella ropa era como un abrazo. Normalmente, no habría salido a pasar el día vestida así, pero estaba bien.

Necesitaba toda la calma y el alivio posibles.

Después de dejar a Kim en la guardería, cogí una magdalena y una taza grande de moca rellena de espuma. Sentarme en la barra me permitió tener un poco de calma y relajarme. Luego, aún con calma, saqué mi tableta y empecé a hacer la lista de la compra.

Sonó mi teléfono. Cuando vi el nombre de Kincaid en la pantalla, me quedé paralizada.

Me estaba llamando, de verdad.

Ahogué un gritito de felicidad y contesté.

"Hola".

"Hola, Tonya. Sabes, todavía no puedo creer que te haya encontrado después de todos estos años", fueron las primeras palabras que pronunció.

"Buenos días a ti también".

"Perdona, buenos días. Supongo que aún estoy demasiado emocionado por saber que trabajas para Ruth Van Kirk".

Se me hundió el estómago. No creí que me emocionara tanto.

"Sí, bueno, parece que tienes la habilidad de encontrarme a través de mis empleadores".

¿Seguiría queriéndome después de tantos años? ¿Quizá porque aún había algo entre nosotros?

O tal vez necesitaba olvidarlo todo y aceptar el hecho de que lo que para mí había sido profundamente perturbador, para él solo había sido algo de una noche. Algo que únicamente le había servido para divertirse un poco, y que no había nada más.

Creía que lo había dejado atrás hacía años.

¿Cómo había podido perdonarle y olvidarle tan rápidamente?

"Creo que es la forma que tiene el universo de asegurarse de que te preste atención", respondió.

Parpadeé con fuerza, porque no esperaba de él ningún discurso sobre la suerte y el destino.

"¿Qué quieres decir exactamente con eso de prestarme atención?".

No pude contenerme.

Era como burlarse de un nido de avispas con un palo y sorprenderse de que luego salieran a picarte. Me habría gustado ver cómo eran las avispas de Kincaid.

"Bueno... a trescientos sesenta grados...", se rio entre dientes.

Joder, tenía una voz preciosa. Era tan cálida como una taza de chocolate caliente y tan dulce como si hubiera malvaviscos en ella. Luego continuó.

"Mira, sé que probablemente hoy estés ocupada, pero me encantaría invitarte a comer".

"¿A charlar?", pregunté.

Se estaba librando una auténtica batalla entre mi cabeza y mi corazón; quería a Kincaid, quería que volviera a mi vida. Y yo quería volver a sus brazos. Pero no podía hacerlo, ni podía confiar en él. Además, ¿no se suponía que iba a casarse? ¡Me había marchado precisamente para eso!

"Bueno, seré sincero, quiero recuperar el tiempo perdido, pero también quiero reunir información sobre Ruth. Realmente espero poder conseguir información sobre lo que hace falta para ser incluido en su próximo proyecto".

¿Cómo sabía lo de los edificios? Solo había ocurrido unas semanas antes y Ruth aún no lo había anunciado a nadie.

La cuestión era ésta: él quería saber cómo entrar en la lista de preseleccionados de Ruth y yo quería saber cómo se había enterado.

Además, tenía muchas ganas de volver a verle; no podía dejar de pensar en lo bonito y agradable que había sido. No podía dejar de pensar en cómo me había follado y en cómo lo había disfrutado. Almorzar me pareció una muy buena idea.

"Tengo muchas cosas que hacer hoy, ya que faltan pocos días para Navidad. Desde luego, no puedo dedicar tiempo a sentarme y charlar, pero si no te importa hacer recados conmigo, podemos hablar y yo puedo hacer mis compras navideñas."

"Parece una forma agradable de pasar el día. ¿Dónde y cuándo?"

Miré la hora en la tableta. Apenas eran las diez. Había pensado comprar el árbol de Navidad el último, pero si lo conseguía antes, podría llevármelo a casa y decorarlo con él allí.

Le di mi dirección y le dije que se reuniera conmigo dentro de cuarenta y cinco minutos.

Cuando llegué con el árbol atado al techo del coche, una gran camioneta estaba esperando en la calle, delante de mi piso. Contuve la respiración mientras Kincaid se apeaba y caminaba hacia mí.

"Deja que te ayude", dijo mientras extendía la mano y empezaba a desatar el árbol.

"Gracias". Realmente no sabía qué responder. Mi capacidad para entablar conversaciones triviales se había desvanecido ante él tan cerca.

Se movía como si llevara árboles todos los días por diversión. Se lo puso en el hombro antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando.

"Ve delante", dijo.

"A la derecha. Mi piso está en medio. Por aquí".

Abrí la puerta y me moví en cuanto pude.

"¿Puedes ponerlo en ese rincón, por favor?".

Antes había despejado un espacio, sabiendo que por la tarde pondría allí el árbol.

Lo colocó en el suelo, emitió algunos de esos gruñidos varoniles que parecían típicos de la gente que realiza trabajos pesados y luego miró a su alrededor.

"Gracias, solo has tardado unos minutos. Yo aún estaría luchando con ello y perdiendo la cabeza. ¿Te invito a un café?".

Su mirada se posó en mi pequeño salón.

"Bonito lugar, Tonya".

"Gracias. El mercado de compra de viviendas en alquiler sufrió un bajón de locos hace unos

años, y una amiga de Ruth me ayudó a conseguir préstamos y tipos especiales para los que compran pisos por primera vez."

Su atención se detuvo en el baúl de juguetes del rincón.

"¿Tienes hijos? ¿Estás casada?"

"No estoy casada, pero tengo una hija. Por favor, no me preguntes más". No se me había ocurrido que entraría y vería los signos de la existencia de Kim. Desde luego, no podía decirle que era el padre. *¿O podía?* "Me pareció oír a Ryan decir que te ibas a casar".

Sacudió la cabeza, con una expresión confusa en el rostro. *¿"Casarme"? No, gracias, no soy de las que se casan*".

Mi corazón latía desbocado.

Vale, no estaba casado. Quizá debería haberle confesado que creía que lo estaba y que por eso nunca había intentado encontrarlo para hablarle de Kim.

Abrí la boca, pero no salió nada. Fingí bostezar y redirigí mi cerebro al motivo por el que estaba allí. *Quería un encargo con Ruth*.

"Dime, ¿por qué crees que hay un proyecto en marcha en el que Ruth podría necesitar tus habilidades especiales? ¿Y por qué tienes tantas ganas de entrar en esa lista de candidatos?"

"¿Por qué no vamos a hacer esos recados tuyos y hablamos de ellos en el coche? ¿Necesitas que conduzca?"

Sonaba serio.

"No, mejor conduzco yo para no tener que preocuparme de decirte adónde ir. Hay una pizzería justo al lado del primer sitio al que tengo que ir. ¿Te apetece comer allí?"

"Una pizza está muy bien. Yo invito, es lo menos que puedo hacer a cambio de tu tiempo".

Su sonrisa hizo que me derritiera.

Cada vez que le miraba, me costaba concentrarme. Para cuando acabáramos por la tarde, no sería más que un montón de nervios fundidos y terminaciones nerviosas humeantes fingiendo ser un ser humano.

"¿Y por qué te interesa tanto Ruth?", volví a preguntar mientras nos abrochábamos el cinturón y apartaba el coche del bordillo.

"Recuerdas a mi hermano Ryan, ¿verdad?"

"¿Realmente?"

"Bueno... Está obsesionado con Ruth y los planes que lee en los periódicos. Está centrado en el asunto en el que ella dice que quiere trabajar con HomeWorks. El proyecto que tiene en el punto de mira es la venta de tres antiguos edificios escolares en la zona de Baltimore. Ryan está convencido de que Ruth o alguien que trabaja con ella compró esos edificios en nombre de HomeWorks".

Lancé una mirada a Kincaid antes de volver a centrarme en la carretera.

No me había hecho una opinión sobre el Sr. T. y el trabajo que hacía, ya que no me habían dejado hablar con él. Estaba claro que tenía éxito en su trabajo, pues de lo contrario aquella familia no habría podido permitirse vivir donde vivía ni tener una niñera a tiempo completo si el hombre no tuviera unos ingresos excelentes.

Sin embargo, no esperaba que fuera capaz de establecer conexiones tan abstrusas pero precisas.

"Es una teoría interesante. ¿Así que quieres saber si tu hermano tiene razón y, si es así, quieres ser el primero de la lista cuando empiecen las reformas?"

"Exacto".

"Si estás tan seguro de que los edificios están destinados a HomeWorks, ¿por qué no acudes a ellos directamente? ¿Por qué acudir a Ruth?"

"Porque no queremos realizar necesariamente las obras a cambio de financiación", respondió. No era una buena respuesta, pero tuve la impresión de que era sincero.

"Entiendo. ¿Queréis cobrar el precio completo y asociar vuestro nombre a las buenas acciones de Ruth Van Kirk? Eso no es precisamente caritativo por tu parte. Ruth pronto se dará cuenta de que es un mezquino intento de ganar riqueza y fama a su costa. Si quieres trabajar con ella, te aconsejo que encuentres la forma de demostrar que tu empresa es realmente digna de su atención".

KINCAID

"¿Vienes o no?", volvió a preguntar Ryan.

Había hecho todo lo posible por evitar contestarle.

Bueno, en realidad, de contestar a Teejay. Pero en aquel momento era Ryan quien me molestaba.

"Iré, pero no me quedará mucho tiempo".

"Joder, Kincaid, es Navidad. ¿Por qué no te quedas todo el día? No es que tengas nada mejor que hacer. Somos familia".

Ryan no se dio cuenta de que se había contestado a sí mismo. No me quedaba precisamente porque *no* éramos una familia.

Mi hermano nunca se había preguntado por qué había pasado tantos años en Europa y solamente había regresado a Estados Unidos tras la muerte de nuestro padre. Había muchos asuntos que había preferido no tratar y encerrar en un desván bajo llave.

La familia nunca había sido una fuente de consuelo para mí como parecía serlo para Ryan. Era algo con lo que prefería no tratar. Tenía otros planes.

"Bueno, intenta llegar pronto, quiero hablar de trabajo".

"Lo haré". E iba a hacerlo.

Tenía información que compartir que podría resultarle muy interesante.

Dos días después fui a verle al taller de su garaje para solucionar los problemas de la falta de calefacción en la mitad de su casa. Yo tenía una cerveza en la mano y Ryan estaba trasteando en alguna parte.

"Llama a un puto técnico, ¿a qué esperas?", le dije.

"¿Y luego pagar la tarifa de llamada de urgencia? No en mi vida. Sé cómo arreglarlo. Es solo que me está dando problemas con el cableado".

Nunca me habría metido con la instalación eléctrica si no hubiera tenido que hacerlo. Ya había recibido demasiadas descargas eléctricas y eso me había enseñado algunas duras lecciones. Ryan, al parecer, aún no había aprendido aquellas experiencias.

Se oyó una chispa y un estallido, y luego se apagaron las luces.

"¡Ryan!" Oímos gritar a Teejay desde el interior de la casa.

"¡Solo es un fusible, no te preocupes!", le gritó mi hermano.

"Tendrías que haberme dicho lo divertidas que son las Navidades en tu casa. Habría cambiado mis planes", bromeé cuando consiguió volver a encender la luz. "Deberías hacer todo eso cuando está apagada".

"Probablemente sí, pero ¿quieres hacerlo?".

"Mejor que verte freír, Ryan". Admití.

"Ya casi estoy". Hizo algo y la unidad empezó a hacer clic y luego a volver a funcionar. "¡Listo!"

Le seguí al interior de la casa. Cuando anunció que la calefacción volvía a funcionar, Teejay dio un suspiro de alivio y dijo que por fin podía empezar a preparar la comida.

Al parecer, sin embargo, después de haber caído enfermos la semana anterior, aún tenían el estómago revuelto, así que la comida de Navidad consistió en sopa de algún tipo y bollería seca.

En cualquier caso, me sorprendió que la mujer que antes ocultaba el catering de la cena de cada noche cocinara la comida de Navidad para su familia.

Realmente había progresado mucho.

Cruzamos el salón, donde los niños estaban medio dormidos sobre montones de papel de regalo roto viendo una película, y luego nos instalamos en el estudio de Ryan.

"Cuéntame otra vez cómo conociste a Ruth, te la ganaste y nos conseguiste el trabajo". Ryan me miró radiante. A veces me gustaba su entusiasmo esperanzado. Otras veces era engañoso.

Aquel día estaba en algún punto intermedio.

Sacudí la cabeza y volví a decírselo.

"Conocí a Ruth. La conocí gracias a Tonya".

"Aún no puedo creer que nuestra antigua niñera sea la ayudante de esa mujer. Si lo hubiera sabido, la habría llamado hace años".

"¿Hablas en serio?", exclamé. "¿La misma niñera que me dijiste que pensabas que podía estar gravemente enferma y que había renunciado por esa misma razón? Me sorprende que aún recuerdes su nombre".

Se encogió de hombros.

"La cuestión es que ella siempre es un vínculo entre las dos partes. Tenemos que trabajar en nuestras conexiones".

Ese era mi plan, simplemente no se lo había dicho a Ryan. Aunque, sinceramente, si el proyecto que había ideado entre Ruth y HomeWorks nunca hubiera llegado a buen puerto, no me habría sentido tan decepcionado. Me estaba dando una muy buena razón para llamar a Tonya e invitarla

a salir. Proyecto o no, tenía una excusa tras otra para volver a ver a aquella mujer.

Incluso había pensado en ir al mismo cine donde ella me había dicho que iba por la tarde con su hija. Habría sido una feliz ocasión para encontrarme con ella. Podría haberle dicho que había quedado con Ryan y los niños y luego fingir que recibía un mensaje suyo diciéndome que había surgido algo y no podían venir.

De repente, a solas, Tonya se apiadaba de mí y me invitaba a quedarme a ver la película con ellas. No sería una cita, pero aun así me ofrecería a pagar las palomitas.

Era un plan. No necesariamente bueno.

"Te dije que cuando llevé a Tonya a comer para intentar sacarle más información, parecía, yo diría, muy cautelosa al respecto. Estaba claro que no quería revelarme ningún detalle. Estoy seguro de que Ruth Van Kirk le hizo firmar un montón de cláusulas de confidencialidad, y por ley no puede hablar de ello".

"Quizá debería llamarla. Invitarla a tomar un café. Podríamos ponernos al día de algunas cosas, ella podría ver cómo les va a los niños", dijo mi hermano.

"¡No!", solté. "No sería una buena idea. En primer lugar, no hay nada de lo que ponerse al día entre vosotros dos. Tu mujer nunca le permitió hablar contigo, y si lo hubiera hecho, la habrían reprendido. Si no te tomaste la molestia de averiguar por qué renunció realmente, sobre todo si pensabas que estaba tan enferma que tuvo que dejar de trabajar, llamarla sería tomarle el pelo".

"¿Eres de los que hablan? Desapareciste durante años y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a seducirla como hiciste en la playa?".

"Déjalo ya", le dije.

"Venga, por favor, todos sabemos lo que tramabas ahí fuera", dijo Ryan, abriendo mucho los ojos.

"¿Qué exactamente?", gruñí.

De todas formas, no era asunto suyo.

"Bueno, Teejay dice...".

"Eso es", comenté con una sonrisa. "Teejay piensa algo, así que debe ser verdad. He sacado a pasear con la chica. La estabas agobiando. Hacéis demasiadas suposiciones".

"Y luego te fuiste", replicó bruscamente Ryan.

"No, hermano, prácticamente me echaste. Y creo que tal vez sea hora de abandonar esta conversación antes de que ambos nos arrepintamos".

Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Ryan se sentó en su escritorio y asintió.

Atravesé el salón, donde los niños, somnolientos, seguían viendo la película.

"Feliz Navidad, Teejay", dije asomándome a la cocina.

"¡Perdona! ¿Te vas? ¿No te quedas? La sopa está casi lista".

La abracé. Cada vez estábamos un poco menos incómodos.

"Ryan y yo no estamos de acuerdo en algunas cosas ahora mismo. Creo que es mejor que me vaya. No quiero arruinar las Navidades más de lo que ya lo he hecho".

"No estás arruinando ninguna Navidad. Probablemente esté disgustado por la calefacción. Se estropeó hace días y nos sentó mal a todos. Además, tenemos que hacer que la Navidad sea bonita para los niños".

Estuve de acuerdo y me fui por eso.

Me senté en la furgoneta unos minutos para dejar que se calentara el motor. No hacía tanto frío como para necesitarlo, pero no estaba preparado para conducir.

Miré el mapa del móvil. El cine más cercano a donde vivía Tonya estaba bastante más allá de la ciudad y en las afueras. Completamente opuesto a donde yo vivía y donde vivían Ryan y Teejay.

Dejé la camioneta en marcha lenta mientras seguía mirando el mapa en el móvil. No conseguí engranar ni salir de la entrada.

En lugar de eso, telefoneé a mi hermano, que seguía en casa.

"¿Aún no te has ido?", contestó.

"No. De todas formas, siento lo de antes.... Mira, tal como están las cosas, no creo que Tonya sepa nada, ya que también le chocó que yo supiera que Ruth había comprado esos tres edificios."

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Quiero decir que Ruth está haciendo planes, pero aún no le ha dicho nada a nadie, ni siquiera a ti. No quiero que te lo juegues todo a algo que actualmente no es más que una quimera, o que solo está en la imaginación de una rica mujer loca".

"¿Vas a seguir en contacto con Tonya? ¿Cómo sabremos cuándo se moverá Ruth?", preguntó.

Era una tontería conversar por teléfono mientras seguía aparcado en su entrada. Apagué la furgoneta. "Vuelvo dentro". Terminé la llamada.

Cuando abrí la puerta, Ryan estaba allí de pie, casi esperándome.

"Sí, voy a volver a ver a Tonya, y no solo por motivos de trabajo. Me gusta".

"¡No lo estropees!", exclamó Ryan. Sus palabras eran cortantes, y su actitud denotaba claramente que seguía irritado por lo de antes.

"No voy a hacerlo", contesté.

Teejay salió de la cocina, miró a los niños y luego su mirada se posó en nosotros dos, delante de la puerta principal.

"Qué bien, has vuelto. ¿Vas a quedarte? Los niños estarían encantados".

Los mocosos estaban en estado comatoso y probablemente les daba igual si me quedaba o no.

"Sí, me quedo", respondí finalmente de todos modos.

Ryan me dio una palmada en la espalda.

"Bien, somos hermanos. *Tenemos* que estar juntos".

TONYA

Cuando Kincaid me había llamado para invitarme a unas copas, debería haber dicho que no. "Sé que probablemente estés ocupada con los preparativos de fin de año en el trabajo, y no supondría que alguien como tú no tuviera una cita para Nochevieja, pero ¿qué tal dentro de una semana?".

Tenía razón, estaba ocupada. Y la única cita que tenía era acostar a la niña a las nueve de la noche, o incluso antes. Kim era un animal de costumbres. Los niños de cuatro años solían ser así.

Era razonable que no me invitara a salir en Nochevieja. Mi niñera cobraba un extra por las fiestas, y tampoco entendía hasta qué punto se empeñaba en saber algo de los próximos planes de Ruth; además, no quería sentirme demasiado presionada para besarle a medianoche, cuando cambiaría el año.

"El miércoles, ¿te parece bien?", le pregunté.

Para mí todo era un montaje para sacarme más información.

"Sí. Entre semana está bien, sin presiones".

Seguía sintiendo la tensión del asunto.

Como no iba a ser fin de semana, la niñera no podría quedarse hasta tarde, como hacía para los grandes acontecimientos. A la mañana siguiente ella tenía que ir a la universidad.

En cualquier caso, si las cosas no salían como yo quería durante la reunión, tendría muchas excusas para marcharme, aparte de tener que admitir que quería alejarme de él.

"Claro, hagámoslo entonces".

"Estupendo. Te recogeré...".

"Nos vemos en algún sitio que sea mejor", sugerí.

"¿Seguro que no me paso por tu casa?".

"Kincaid", contesté. "No lo habría sugerido si no estuviera segura".

"Vale, pero de todas formas yo invito, ya que fui quien te lo propuso".

No añadí nada, salvo decir que estaba de acuerdo.

Al fin y al cabo, si quería sonsacarme información, era justo que pagara por ello.

Esta vez sí que tenía noticias; la primera vez que había intentado obtener información de mí sobre Ruth y sus planes, apenas sabía lo que pasaba. Acababa de enterarme de que había comprado una propiedad. No tenía ni idea de cuál era el propósito, aunque luego había investigado un poco. Y cuando le vi el miércoles, tuve la sensación de que entretanto sabría aún más.

Cuando terminó la llamada, sonreí para mis adentros.

Quería ver a Kincaid, no me importaba si era solo porque quería sacarme información. Podría invitarme a una copa y quizá incluso cediera a sus insinuaciones.

Trabajaba para Ruth, no para Kincaid, así que no iba a revelarle demasiados secretos. No es que tuviera muchos que compartir.

Ruth quería ceder los edificios a HomeWorks o a alguna otra asociación que los convirtiera en viviendas asequibles para personas con bajos ingresos.

Me sorprendió mucho que Ryan Thomas hubiera acertado en su investigación. Cuando Kincaid me lo contó por primera vez, parecía un montón de teorías conspirativas. En cambio, eso era exactamente lo que Ruth estaba planeando. Solamente que en aquel momento la organización HomeWorks no estaba segura de poder aceptar los edificios a menos que estuvieran dispuestos a renovarlos.

Estábamos en un compás de espera hasta que sus equipos jurídicos analizaran todas las posibilidades de cómo podría salir bien y, lo que es más importante, de cómo podría salir mal. Lo último que queríamos era que aquellos edificios se convirtieran en propiedades de alquiler de alto precio.

"El negocio inmobiliario es una cosa muy seria por aquí", dije una semana después, sentándome frente a Kincaid.

Dejé mi copa de vino y le miré bajo las tenues luces del club.

Era un hombre apuesto y robusto que únicamente la edad y el trabajo duro podían refinar. Tenía un toque extra de canas en las sienes. Esto no le envejecía, sino que le daba un aspecto más distintivo. Parecía un hombre al que la gente escuchaba.

"Es simplemente una cuestión de capitalismo", replicó. "El precio de los edificios refleja la demanda".

Negué con la cabeza. Era una de esas conversaciones que odiaba tener. Inevitablemente, me vería envuelta en una cuestión así en casi todos los actos que organizaba Ruth.

"La gente que tiene dinero cree que es perfectamente razonable entrar y quitar lo que pertenece a la gente que tiene recursos limitados. No me importa si es capitalismo o no. Es moralmente reprochable. Y es diametralmente opuesto a lo que Ruth intenta hacer. Así que no creo que puedas convencerla de que invertir su inversión le interesa".

Se sentó y se encogió de hombros.

"En mi opinión, a todo el mundo le interesa que aumenten sus ingresos".

Suspiré. Kincaid era atractivo y su presencia me hacía girar la cabeza. Sin embargo, él no parecía darse cuenta y eso me entristeció.

Me apoyé en los codos, acercando mi cara a la suya.

Si algún día decidía besarme, ¿quién era yo para impedirselo? Debería haber aceptado el hecho de que tal vez entre nosotros solo habría una relación física. Porque en aquel momento mi cuerpo temblaba de deseo, pero mi cabeza sabía que no había futuro con alguien que no podía ver más allá de su cuenta bancaria, o de lo que tenía en la cartera.

"Me siento atraída por ti y no puedo evitarlo, Kincaid, así que voy a hacerte un favor", comencé.

Extendió la mano hacia mí. "No creo que sea el término al que te referías", dijo.

"Te equivocas, sé exactamente lo que digo, así que necesito que me escuches. Agradezco tu compañía y me siento sorprendentemente halagada de que sigas invitándome a salir para intentar sacarme más información sobre Ruth y sus planes".

"No es propiamente así..."

Levanté la mano para detenerle. Cualquier cosa que dijera habría sido una excusa fuera de tiempo, y yo no la necesitaba. No le habría ayudado a hacerme cambiar de opinión sobre cómo juzgaba a la gente que intentaba llegar a Ruth a través de mí.

Llevaba haciendo ese trabajo el tiempo suficiente para comprender lo que ocurría entre nosotros.

¿Intentaba engañarme utilizando el arma de la seducción?

Eran todos los demás aspectos los que me erizaban la piel y me hacían perder el juicio.

Ruth tiene más dinero que nadie. No tiene necesidad de tener más, ni le interesa generar más. Para ella es una especie de extraño juego ver si puede regalar más de lo que recuperará en intereses durante el mismo periodo de tiempo".

Esperé su expresión para ver si realmente me estaba entendiendo.

Cuando bajó la cabeza, me di cuenta de que tenía su atención. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Saber que aquel hombre, no otro, sino Kincaid, estaba escuchando realmente mis palabras, me excitó de un modo que hizo que se me enroscaran los dedos de los pies en las botas.

Entonces, su mirada se detuvo en mi boca y me relamí.

"Tu jefa tiene una afición muy interesante. Pero, ¿por qué estamos hablando de ella? Ahora estoy aquí contigo. Quiero saber lo que piensas de mí".

Su voz era un gruñido grave que hizo que mi cuerpo se sintiera presa de una necesidad abrumadora.

"Porque estás aquí para conseguir información sobre el trabajo para Ruth. Por eso me ofreciste comer antes de Navidad, y también por eso vas a intentar volver a salir conmigo hasta que te involucres en el proyecto o recibas un rechazo oficial de ella".

No fue hasta que crucé las piernas, un típico movimiento de poder que demostraba que no me molestaría lo que ella tuviera que decir a continuación, que mis muslos resbalaron y fui muy consciente de la humedad que se había formado allí en medio. Todo porque él me miraba con aquella expresión cargada de intimidación.

Nunca había necesitado precipitarme en el dormitorio de un hombre, pero estaba bastante segura de que, si me lo hubiera pedido, habría vuelto a acostarme con él.

Se sentó más erguido y dejó que una lenta sonrisa se dibujara en su rostro, mostrando sus dientes perfectos.

Era su jugada favorita de poder.

"La cuestión es otra. Anteriormente te invité a una comida de negocios para obtener información sobre tu jefa. La de hoy, sin embargo, no es una comida. Estamos fuera del horario de trabajo. No quiero plantearme nada de esto mientras comparto tiempo con una hermosa mujer. Quiero saber qué opinas de todo esto. Imagino que apruebas su deseo de ayudar a los menos afortunados. En cualquier caso", añadió rápidamente, antes de que pudiera responder, "creo que te pediré otra cita para comer por toda la información que siento que me estás ocultando".

Me eché a reír. Realmente era un encanto.

"Vamos, Kincaid, me invitaste a cenar un miércoles. En mitad de la semana. Eso sugiere una cita con segundas intenciones".

Se cruzó de brazos y frunció una ceja antes de posar su mirada en mí. No me había vestido exactamente para una cita de negocios a mitad de semana. Yo también tenía una segunda intención. Quería saber si alguna vez habría *algo* entre nosotros.

Mi vestidito era quizá demasiado escotado para el tiempo que hacía fuera. Desde luego, enseñaba más escote del que habría mostrado si hubiera querido que se tratara de una simple cena de negocios.

Era agradable ver que mis esfuerzos no habían sido en vano. Kincaid dedicaba a mis pechos casi más atención que a mis labios y mis ojos.

Siempre que me ponía algo un poco escotado, los hombres me miraban las tetas y yo me había vestido así porque quería los ojos de Kincaid en mi cuerpo.

Ansiaba tener sus manos sobre mí, pero pensaba que nunca volvería a ocurrir.

"Me estás poniendo a prueba, ¿verdad? Vienes aquí vestida como si quisieras que te sedujera y luego me tomas el pelo con banalidades y esperanzas de gloria comercial. Vale Tonya, me rindo. Confieso que tengo un motivo oculto. Realmente esperaba que aparecieras con un vestidito como el que llevas puesto. No pensaba escuchar nada de lo que ibas a decir en toda la noche. Únicamente quería sentarme aquí, observarte y admirarte. Eres tan hermosa como recordaba y quizá incluso más".

Ahogué un grito agitado y me sonrojé.

"Te pedí salir sin ninguna presión por tu parte", continuó. "Ahora, cuando vuelva a invitarte a salir, será un sábado por la noche".

Sentí que me excitaba cada vez más. No era justo que tuviera tanto poder sobre mí.

"¿Sábado por la noche? ¿Así que esta vez habrá expectativas?"

Asintió.

Me sonrojé aún más.

"Vale, me apunto", respondí.

KINCAID

Cuando llegó el sábado, me detuve ante el piso de Tonya. Salió por la puerta, se volvió para decirle algo a la niñera, o al menos eso supuse, y cerró la puerta tras de sí.

Llevaba una bolsa grande al hombro. No es que yo prestara atención a sus bolsos, pero el que ella llevaba era considerablemente más grande y no parecía un bolso de mano. Más bien semejaba una especie de bolsa de lona con algo dentro para pasar la noche.

Maldita sea. Le había dicho que pretendía seducirla y, evidentemente, me había escuchado y estaba muy interesada en ello.

"¿A qué hora tienes que estar en casa esta noche?", le pregunté mientras le cogía el bolso y le abría la puerta del pasajero.

"Tarde", respondió.

"Eso me gusta. Tarde es una buena respuesta".

Soltó una risita y se agachó para abrocharse el cinturón de seguridad. Cerré la puerta y di la vuelta para subir a mi lado del vehículo.

"Además de llegar tarde, ¿qué planes tienes para esta noche?", preguntó Tonya.

Dejé que mi mirada se posara en ella. No había mucho que ver. Estaba envuelta en un abrigo de invierno, de los que protegen de la humedad y el frío. Sin embargo, mi imaginación pensó inmediatamente en toda la ropa interior sexy que podría llevar bajo el abrigo, como un sujetador de encaje, bragas transparentes, sujetadores, etc.

Me aclaré la garganta y volví a concentrarme.

"Primero un aperitivo y luego la cena", respondí. Luego empecé a conducir.

"¿Y después de cenar vamos a tu casa?", preguntó.

"Sí, exacto, luego vamos a mi casa", confirmé. "Creía que en tu casa no se podía cenar".

"Buena elección".

Se quedó un rato en silencio, mirando por la ventanilla mientras yo conducía por la ciudad.

"¿Adónde me llevas ahora?".

"A un sitio que espero que te guste. Está un poco apartado, pero el ambiente es perfecto, tranquilo. Y la comida es buena".

"Será muy agradable", comentó ella.

"De alguna manera te había imaginado viviendo por aquí", dijo Tonya mientras yo aparcaba.

Mi casa era un granero reformado escondido en los suburbios del este de Washington.

"Quizá porque sabes que Ryan también vive por aquí", dije.

Ella se encogió de hombros. "Supongo que sí".

Le abrí la puerta del coche y le tendí la mano para ayudarla a salir.

"¿Pero y qué? ¿No se suponía que me ibas a llevar a tomar algo y luego a comer? ¿Hemos saltado directamente al paso sucesivo?".

Al acercarme, pude oler su perfume y su cuerpo tembló.

"Tengo estos pensamientos sobre ti. No sé si podría llegar al final de la cena sin querer desnudarte y tirarme encima de ti. Desde luego, no podría hacerlo en un restaurante, ¿verdad?".

Me miró con los ojos muy abiertos. Por un momento pensé que había ido demasiado lejos, pero ella me rodeó el cuello con los brazos y nuestros labios se unieron.

La empujé de nuevo contra la furgoneta. Hacía demasiado tiempo que no besaba a aquella chica. Ahora que había empezado, no había forma de parar.

Puse las manos bajo su amplio trasero y tiré de ella hacia arriba. Como buena chica que era, me rodeó con las piernas para que pudiera tirar de ella sin romper el beso. Tuve que detenerme lo suficiente para abrir la puerta principal, pero entonces ella estaba de nuevo en mis brazos y nuestros labios volvieron a unirse en una batalla de lujuria y deseo.

Nos apresuramos a quitarnos los abrigos y la ropa y por fin tuve su piel contra la mía. Era tersa y cálida, y también muy suave.

Dejó escapar un gemido contra mi boca mientras la manoseaba a través del sujetador. Ya no me importaba si era de encaje o sexy. Lo único que importaba era que estaba conmigo. Llevé la mano a su espalda y abrí los corchetes, uno tras otro, hasta que la tensión del elástico cedió. Se liberó del sujetador y me llevé uno de sus pezones a la boca.

Joder, estaba caliente y hambrienta de mí.

Sus uñas me arañaron los hombros mientras me metía en la boca su pezón, que se estaba poniendo turgente. Luego hundí la cara entre sus tetas, besándola por todas partes.

A ese ritmo ni siquiera llegaríamos al dormitorio.

Me aparté de mala gana. Aún deseaba su piel dulce y aterciopelada en mi boca, o en mis manos.

"Me prometí que la segunda vez que te tuviera, sería en la cama", conseguí gruñir.

Acariciándole los pechos, la empujé contra la pared. Deslicé el muslo entre sus piernas hasta que

sentí el calor de su núcleo a través de la tela de mis pantalones.

"No estamos en un dormitorio, Kincaid. Ni siquiera estamos en una playa, pero no vamos a hacerlo en una cama", conseguí decir entre respiraciones agitadas.

La cogí de la mano y eché a correr por el pasillo hacia mi habitación. No me molesté en encender las luces antes de guiarla hasta la cama y empujarla de nuevo sobre el colchón. Me detuve el tiempo suficiente para bajarme los pantalones y quitarme los bóxers.

Ella se retorció e intentó quitarse el ligero y luego las bragas.

Siseé con fuerza. "Para, deja que te mire". Era un hombre afortunado. Llevaba lencería sexy bajo el vestido. En la penumbra de la habitación, apenas podía vislumbrarla.

"¿Eres un gato o algo así? ¿Puedes ver en la oscuridad?"

Negué con la cabeza. "No, pero resplandeces mucho".

Tonya se rio. "¿Crees que ser romántico cambia las cosas?"

"En realidad, no lo creo. Y de todos modos, hay luz suficiente para que pueda apreciar tus bragas sexys antes de arrancártelas y tirarlas".

"¡No rasgues nada! ¿Tienes idea de lo que cuestan?". Con un rápido movimiento se desabrochó el ligero. Besé y mordisqueé cada centímetro de su piel desnuda mientras la ayudaba a quitarse también las medias. Era demasiado lento y la tensión se acumulaba en mi polla, que palpitaba y necesitaba liberarse.

Ya no era un niño que se excitaba alargando las cosas. Era un auténtico artista sexual, un verdadero pintor, y Tonya era mi lienzo. Debía pintar lujuria y sexo sobre su piel, convertir sus pálidas curvas en sonrosados montículos de tembloroso placer.

La melodía de su orgasmo se oiría desde las paredes de aquella habitación mucho antes de que me llegara el turno de rugir por mi propio placer.

Mis dedos se deslizaron por sus muslos hasta encontrar las finas bandas elásticas de sus bragas. Eran tan sutiles que podría habérselas arrancado sin pensármelo demasiado y la petición de Tonya de que no las destrozara me impidió hacerlo.

Gimió antes de pasarme los dedos por el pelo mientras le quitaba las bragas empapadas. Ya estaba mojada y lista.

"¡Kincaid!"

Su asombro fue sustituido por un jadeo cuando arrastré la lengua por la raja de su coño. Siguió aferrándose a mi pelo mientras empujaba sus caderas hacia mi boca en busca de más. Succioneé sus grandes labios húmedos y hundí la lengua en ellos, rodeando su clítoris.

Su sabor era dulce y la forma en que se mecía contra mi boca me ponía aún más duro.

Movía las caderas y emitía los sonidos más increíbles del mundo. Desde luego, no era una amante silenciosa, quizá porque sabía que estábamos solos y nadie podía oírnos.

Poco me importaba, pues sus gemidos eran la mejor música que podía poner en una lista de

reproducción para el sexo.

Sus gemidos se hicieron aún más fuertes cuando deslicé los dedos entre sus pliegues húmedos y penetré en sus profundidades.

Si hubiéramos ido al restaurante, me la habría follado sobre la mesa, así que ir directamente a mí había sido la mejor elección.

Las paredes de su coño se tensaron en torno a mis dedos. Sus embestidas se aceleraron. Mientras la masturbaba, le lamí el clítoris con fuerza, dándome cuenta de que no tardaría en correrse. Chupé con más fuerza, conociendo las señales de que su cuerpo se ponía rígido.

Quería arrancarle un orgasmo antes de hundir mi polla en su calor.

Me soltó el pelo y empezó a golpear la cama con la mano. Oh, sí, estaba cerca.

Mis dedos se deslizaron con facilidad mientras ella se humedecía cada vez más. Empujé con más fuerza y seguí chupando y pasando la lengua por su clítoris.

De repente, con un grito que llenó la casa, se apretó contra mi mano y se desplomó contra la cama, incapaz de hacer mucho más que mover las caderas. Seguí empujando y chupando mientras sus músculos se contraían alrededor de mis dedos.

Los saqué lentamente y ella gimió. Chupé con fuerza su clítoris por última vez y ella jadeó.

Me puse en posición y le abrí las piernas.

"Kincaid, no creo que pueda hacer esto". Sus pechos rebotaban en ondas sensuales mientras ella jadeaba y suspiraba.

Arrastré mi polla, ahora dura y enorme por el deseo reprimido, sobre su entrada húmeda e hinchada. Estaba caliente y empapada, y sabía que disfrutaría aún más que la primera vez que me la había follado.

"¡Condón! Tienes que ponerte un condón!", gritó jadeando.

"Joder". Tenía razón. Los tenía, pero no quería pasar de ahí. Estaba listo para penetrarla y empujar hasta que ya no supiera mi nombre.

Con un gemido exasperado, rodé fuera de la cama.

"No te muevas de ahí".

Corrí al baño y cogí el paquete que guardaba en el armario. Mis piernas no querían moverse y mi polla palpitaba casi dolorosamente. Arranqué uno y corrí hacia ella.

Me lo puse y volví a colocarme entre sus piernas.

Tonya alargó una mano y pasó los dedos por la base de mi polla.

"Vaya, eres realmente increíble, ¿lo sabías?".

Negué con la cabeza; no era increíble. No era más que un hombre que necesitaba desesperadamente entrar en su cálida suavidad.

"No, cariño, tú eres increíble".

Posicioné mi polla contra su entrada y la penetré con un gran suspiro.

Era perfecta y fue como volver al hogar.

TONYA

Al girarme, pasé la mano por el pecho desnudo de Kincaid. La luz del sol se colaba por las cortinas de su habitación.

Me alegré mucho de haber hecho que Stacey pasara la noche con la niña. No habría querido terminar la noche antes de ninguna manera.

Kincaid me había hecho el amor y había provocado en mi cuerpo sensaciones que no sabía que eran posibles. No quería irme de allí. Quería pasar al menos una noche con él antes de descubrir que éramos completamente incompatibles; lo cual era un asco, porque realmente quería que nos lleváramos bien. Quería que hubiera una conexión real y no simplemente otro rollo de una noche.

"Buenos días, cariño", dijo con voz soñolienta. Me agarró del brazo y tiró de mí hasta que me moví y me tumbé sobre su pecho. "Siento que te debo otra comida fuera antes de llevarte a casa hoy".

"Ya me has dado suficiente de comer....".

La noche anterior, cuando habíamos terminado, había pedido algo de cena que nos habían traído a casa.

"Oh, ¿eso es todo? Buenos días, ¡vamos a comer para que luego puedas librarte de mí!", me burlé de él mientras le pasaba los dedos por el vello del pecho.

"¿Hasta qué hora está dispuesta a quedarse tu niñera? Quiero decir que estaría encantado de tenerte en la cama todo el día. Pero sé que tienes planes". Gemí y me tumbé con la espalda sobre el colchón. Kincaid se dio la vuelta y se tumbó encima de mí. "Estoy listo para hacerlo otra vez y luego te llevaré a desayunar".

Apretó contra mí su creciente erección. Enganché la pierna a su lado.

"Me parece una buena idea. Café y galletas para desayunar en el Drive Through, mi sitio favorito".

Me hizo el amor una y otra vez.

Cuando estuvimos vestidos y en el coche, le dije a Stacey que también iba a comer fuera y luego volvería directamente a casa y le llevaría una pizza. También le debía un pago sustancial por el tiempo que había pasado con mi hija.

Unas horas más tarde, al llegar frente a mi piso, Kincaid me entregó de repente un billete de cien dólares.

"¿Qué es esto?" Estaba confusa. *¿Por qué el dinero?*

"Para la niñera. ¿Será suficiente?", respondió.

Me quedé mirándole un largo rato, con el dinero en una mano y la pizza en la otra. "No tienes por qué hacer eso, Kincaid".

Intenté devolverle el dinero, pero se limitó a apartarme la mano.

"Quédatelo, después de todo, tu niñera también está haciendo un favor a mí".

"Gracias". Le besé. Habría sido demasiado embarazoso y pensé que sería mejor que no entrara en casa. Lo dejé junto a su furgoneta y me dirigí a la puerta principal.

No quería incomodar a Stacey ni confundir a Kim. Tampoco quería que Kincaid conociera a mi hija.

Cuando abrí la puerta y oí en la televisión la película favorita de Kim, se me apretó el estómago. Me alegré muchísimo de volver a ver a mi pequeña.

Kim corrió hacia mí y Stacey se levantó del sofá.

"Siento llegar tarde. Te he traído pizza como te prometí".

Esto pareció animarla.

"¡No pasa nada por llegar tarde y muchas gracias por la pizza! Me vendría bien el dinero extra. Dentro de un mes saldrán a la venta las entradas para el festival Bash on the Bay. Si me necesitas de aquí a entonces, sabes que estoy disponible".

El Bash on the Bay era un festival de rock, muy caro. Si Stacey hubiera querido permitirse ir, seguramente habría acumulado trabajos de canguro. Por supuesto, lo que le debía por la noche anterior probablemente ya era una buena parte del precio de la entrada.

"Las entradas para los asientos del mejor sector siempre se agotan pronto. No quiero estar al fondo, en medio del campo embarrado. Quiero ver a las bandas de cerca. Mi amiga Kenzie y yo vamos a ir. Llevamos todo el año ahorrando".

"Es un concierto muy caro. ¿Merece la pena gastarse todo ese dinero así?". Deslicé la caja de pizza sobre la mesa y coloqué la bolsa de lona en una silla.

Los ojos de Stacey se abrieron de par en par mientras me seguía a la cocina.

"Hablas como mi padre. Para tu información, él también se quejará de que me tengas aquí toda la noche, diciendo que no es justo. Que tú, como madre, no deberías estar fuera tanto tiempo como para no poder llevarme a casa a una hora decente".

"¿Qué edad tiene tu padre? Se parece al mío. ¿Te dirá que ya no puedes trabajar para mí?", le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

"Su novia le dirá que se calle, ya que tú trabajas para alguien rica y famosa. Ruth es muy conocida y tiene mucho dinero".

"Es famosa en la zona porque ayuda a la gente pobre y yo la ayudo a organizar muchos actos benéficos", le expliqué.

"Bueno, mi padre cree que fuiste a uno de esos actos y por eso no voy a decirle que anoche estuviste fuera por culpa de tu nuevo novio".

Resoplé, mientras sacaba algo de beber de la nevera.

Saqué el centavo y se lo entregué.

"Bueno, en primer lugar, no es mi novio y, en segundo lugar, es un hombre adulto. Quería asegurarse de que te pagaban como es debido. Es una especie de propina. Te daré el resto la próxima vez que te vea".

A lo largo de la semana, Kincaid siguió enviándome mensajes. O bien, yo le enviaba mensajes y él siempre respondía casi inmediatamente.

Lo que ocurría entre nosotros empezaba a parecer el principio de algo bastante serio. Además, nunca me preguntó por Ruth ni por el inmueble que había comprado.

En aquel momento, yo tenía aún más información al respecto. Nada que pudiera compartir legítimamente, pero el proyecto estaba despegando de verdad.

¿Cenas conmigo esta noche? me escribió Kincaid.

Déjame ver si la niñera está disponible, le contesté.

Le envié esa respuesta al mismo tiempo que mandaba un mensaje a Stacey para ver si estaba libre.

Claro que sí. ¿Vas a salir con el Sr. Sexy? Lo único es que no puedo quedarme esta noche porque tengo que ir a la universidad por la mañana. Me reí ante la respuesta de Stacey.

Cena, ¿dónde y cuándo? No puedo llegar tarde, la niñera tiene universidad por la mañana, respondí.

Las citas entre semana son un auténtico timo, dijo Kincaid.

Durante la cena continuamos la conversación.

"Fuiste tú quien me invitó a cenar", puntalicé. "Podrías haber sugerido el almuerzo".

"¿Y crees que entonces me interesaría hacerte más preguntas relacionadas con el trabajo, cuando en realidad estoy pensando en otra cosa?".

"Bueno... nada te impide disfrutar de una tarde de placer. ¿Verdad?", le pregunté.

"Joder, chica, me mandarías a casa con las pelotas moradas".

Me eché a reír.

"Podrías haberme propuesto fácilmente una cita para comer, pero no, has elegido cenar".

"¿Eso crees? Y si entonces también te invitara a comer mañana, ¿qué pensarías?"

"Que querrías saber si ha habido novedades respecto a ese proyecto de viviendas en Baltimore", respondí sin rodeos.

Me miró fijamente y luego se echó a reír. "Ahí me has pillado. Joder, eres muy lista".

"Lo dices como si fuera una sorpresa".

"No es ninguna sorpresa. Eres tan guapa que a veces olvido que también eres inteligente, eso es todo".

"¿Me invitarás a comer mañana también, sí o no?"

"No, no quiero follar en el coche como hacen los adolescentes, y ninguno de los dos tendríamos tiempo de ir a tu casa o a la mía para tomarnos las cosas con calma y luego volver al trabajo sin levantar sospechas. Y no voy a ir a un motel barato", explicó.

"Siempre podríamos ir a un hotel más respetable", sugerí.

Kincaid negó con la cabeza.

"Estoy bastante seguro de que todos los hoteles de esta parte de Washington parecen moteles anónimos. Tonya, te mereces rosas y champán. No un polvo rápido en una habitación de hotel".

"¿Eso crees? ¿Y aquella vez en la playa?", repliqué.

No estaba segura de por qué había sacado ese tema, aparte del hecho de que entonces no había habido mucho romance, sino solo dos personas cachondas. *¿Por qué no podíamos serlo ahora?*

También me habría gustado probar algo en su furgoneta, aunque no estaba segura de que fuera lo bastante grande. Kincaid era un hombre alto, con piernas y brazos fuertes, y yo también ocupaba espacio.

"Aquel tiempo en la playa terminó antes de que pudiéramos hacer las cosas bien. Te debo una disculpa por ello. ¿Hay alguna posibilidad de que te tomes unos días libres?"

"Probablemente sí, ¿por qué?"

"Me voy a mi casa de Aspen dentro de una semana, me gustaría que vinieras conmigo".

¿Quería llevarme al otro lado del País pero no estaba dispuesto a echar un polvo rápido en un hotel local?

Supongo que había llegado el momento de reconocer que esta historia era algo más que tirarse a la ayudante de una persona importante simplemente para conseguir información de negocios. Sin embargo, no quería renunciar a todas las oportunidades que podía tener con él hasta saber exactamente a qué juego estaba jugando.

"Debería organizarme, pero hace años que no voy a esquiar. Me encantaría ir contigo".

Imaginé una tarde en las laderas perfectamente nevadas de Aspen, seguida de largas y perezosas veladas acurrucados junto a una chimenea y noches más largas y excitantes pasadas juntos en la cama.

Podría haberle preguntado a Ruth si podía quedarse con la niña durante una semana, ya que la conocía y le caía tan bien. Ya había cuidado antes de Kim durante un fin de semana largo.

Crucé todos los dedos de las manos y los pies esperando que ella pudiera cuidar de ella para que yo pudiera viajar a Aspen.

KINCAID

"**A**quí estamos", anuncié, abriendo la puerta principal de la casa y conduciendo a Tonya al interior.

Cruzó el salón sin volverse siquiera a mirar la chimenea de piedra vista que había en el centro de la habitación ni darse cuenta de que la mitad de los muebles seguían cubiertos por sábanas de polvo.

Con la boca abierta, como atraída por un imán, se dirigió hacia los grandes ventanales panorámicos que daban a la ladera de la montaña.

El día era soleado y despejado, y la nieve brillaba como un señuelo para los esquiadores en las pistas. Era hermoso. Quizá no tanto como la mujer que miraba el paisaje como si nunca hubiera visto la nieve, pero seguía siendo un espectáculo hermoso.

El conductor del aeropuerto nos siguió llevando nuestras maletas y le dije que las dejara en la entrada. Le di una generosa propina y cerré la puerta. Después de la pesadez del viaje, lo único que quería era estar a solas con Tonya.

La sonrisa que me dedicó era más brillante que el sol reflejándose en la nieve.

"Es maravilloso... y esa chimenea. Oh, Kincaid, gracias".

Me acerqué a ella y le rodeé la cintura con un brazo, atrayéndola hacia mí. La ayudé a quitarse el abrigo, sin dejar de abrazarla. Lo tiré en una silla y un momento después ella hice lo mismo con el mío.

"Gracias?". Le pregunté, mirándola a los ojos radiantes. Era como una niña la mañana de Navidad, todo sonrisas y felicidad.

Me dio una palmadita en la espalda. "Por esto, por llevarme de vacaciones. La única nieve que he visto en los últimos años es cuando las tormentas de invierno azotan la ciudad. Todo el mundo se queda encerrado durante días. No hay tiendas abiertas, todo Washington se congela. Parece una trampa, no unas vacaciones".

"¿Y si quiero atraparte en casa conmigo?".

Ella murmuró y sonrió. Sabía que aquellos labios eran tan suaves y dulces como parecían. Perdía el tiempo mirándola. De algún modo, estrecharnos el uno al otro, mirarnos a los ojos, me parecía un esfuerzo que merecía la pena. Teníamos casi una semana entera antes de que Tonya tuviera

que regresar a Washington. Yo tenía un poco más de flexibilidad en cuanto a la fecha de mi regreso. Ryan no tenía planeado ningún proyecto importante. Era casi como si estuviera esperando con la respiración contenida a que saliera adelante lo de HomeWorks y Ruth Van Kirk. Por suerte no estábamos buscando trabajo.

Me había trasladado a Estados Unidos para que pudiéramos dedicar meses a un solo proyecto. Era mi forma favorita de hacer las cosas, la única manera de conseguir que una granja pasara de estar abandonada a estar lista para ser habitada. Un solo trabajo, máxima concentración, agallas y determinación.

Me agaché para besar a Tonya. Un pensamiento cruzó mi mente. Me coloqué detrás de ella con la misma concentración que ponía en mi trabajo. No era un proyecto que había que completar. Era como una meta que había que alcanzar. *¿Tenía que retroceder?*

Aquel pensamiento se desvaneció de inmediato cuando me rodeó el cuello con los brazos e intensificó el beso. Estiró una pierna hacia mi lado. Me aferré a la suavidad de su muslo y la atraje hacia mí. Lo que estaba haciendo con ella merecía todo mi tiempo y esfuerzo.

Sin dejarla escapar de mis brazos, aparté la tela del gran espacio que había frente a la chimenea. La tumbé sobre unos cojines y ella se apretó entre mis piernas.

"No cambies de opinión", dije con una risita mientras me separaba de sus piernas.

La chimenea chasqueó varias veces cuando intenté encenderla. El objetivo de una chimenea de gas era no tener que esforzarse para encenderla cuando hacía frío dentro.

Me había puesto en contacto con la empresa de gestión inmobiliaria que Ryan utilizaba para asegurarse de que la casa estuviera lista siempre que la utilizara. Tendrían que haberse asegurado de que la electricidad estaba conectada y la calefacción funcionaba. También tendrían que haber quitado todos los guardapolvos y asegurarse de que la maldita chimenea funcionaba.

De un golpe seco, todo el gas sobrante que había soltado prendió y las llamas cobraron vida.

"Vuelve aquí, tengo frío", murmuró Tonya, estirando los brazos en mi dirección.

No era estúpido, reconocía una invitación cuando la tenía delante. Y la suya era la que más deseaba. Me apretó contra su suave cuerpo y posó sus exigentes labios en mi cuello. Dejé que me atrajera hacia ella y me dejé arrastrar a las profundidades de su cuerpo.

Cuando nos despertamos unas horas más tarde, envueltos en los brazos del otro y cubiertos por aquella sábana de polvo, totalmente inadecuada para la situación, afuera estaba oscuro.

Dejé que Tonya cubriera su desnudez con aquella manta mientras yo me volvía a poner los pantalones. "Subiré mis maletas. ¿Vienes conmigo?"

Se acercó a las ventanas. Algunas luces titilaban en la oscuridad; eran esquiadores nocturnos y parecían luciérnagas en un campo, solo que estábamos en pleno invierno.

"No hace falta que salgamos. Pidamos algo y que nos lo traigan aquí. Quiero dormir mucho, así estaré lista para ir a las pistas mañana a primera hora".

"No tenemos que darnos prisa, tenemos toda la semana", respondí, sonriendo.

"No puedes llevarme a Aspen y luego decirme que me lo tome con calma, porque quiero ir a esquiar. Solo estaré allí una hora o dos como mucho, en parte porque no quiero esquiar con demasiada gente alrededor. Hace años que no esquío y no quiero hacer la ridícula delante de todo el mundo", dijo mientras me seguía escaleras arriba hasta el dormitorio.

"Está bien que hagas la ridícula delante de mí, pero no delante de unos completos desconocidos, ¿verdad?", le dije, en tono irónico.

"Así es. Soy una principiante y todos estarán dispuestos a juzgarme".

"Al diablo con los demás", le dije mientras dejaba caer su bolsa sobre la cama. "La única opinión que debería importarte es la mía y creo que eres la conejita esquiadora más sexy y adorable que he visto nunca". Tiré de la manta que sujetaba, sabiendo que debajo estaba desnuda y que solamente llevaba un par de calcetines en los pies. Soltó una risita cuando lo conseguí. Tembló de frío y le di la vuelta a la manta como si fuera una capa, envolviéndonos a los dos.

Debería haber insistido en que nos quedáramos allí todo el tiempo, pero no lo hice.

A la mañana siguiente, la había animado a que se pusiera el equipo de esquí y tomara un buen desayuno, y había sido un error. Si hubiera habido una forma de retroceder en el tiempo y decirle que no, besándola hasta el cansancio y quitándole todas las fuerzas, lo habría hecho.

Las circunstancias jugaron en mi contra, incluida la previsión meteorológica que todos decían que era buena.

Al menos estábamos en las pistas azules, para principiantes, así que estábamos cerca de la cabaña.

Una pareja que estaba en el remonte por encima de nosotros vio el accidente e informó en cuanto llegó arriba. El equipo de rescate llegó hasta nosotros antes de que pudiera sacar el teléfono del bolsillo y pedir ayuda.

Tonya estaba en el suelo, con los ojos cerrados por el dolor. Gemía e intentaba moverse.

"Quédate quieta, cariño, la ayuda está en camino".

En un momento se estaba riendo y pasaba corriendo a mi lado, con los ojos puestos en mí y no en la pendiente que tenía delante. Parecía como si los árboles se hubieran desplazado y se interpusieran en su camino, pero la realidad era que descendíamos mucho más rápido de lo que su destreza permitía.

Quería arrancarle el único esquí que seguía sujeto a su pie y estrecharla contra mi pecho hasta que abriera los ojos y me mirara. Pero la realidad y los deseos eran cosas muy distintas.

No sabía cuánto se había hecho daño. Lo mejor que podía hacer no era suficiente. Puse mi mano en la suya y la sujeté con fuerza hasta que un miembro del equipo de emergencias se acercó a nosotros de rodillas y empezó a hacer una serie de preguntas rápidas.

"No la habrás movido, ¿verdad?".

"No, no soy idiota. Se ha hecho bastante daño. Gemía, pero ahora creo que se ha desmayado".

"Nombre, edad".

"Se llama Tonya Bryant. Tiene..." No sabía exactamente cuántos años tenía. "No estoy seguro, menos de treinta".

"Hola, Tonya", dijo volviéndose hacia ella.

"¿Puedes contarme qué ha pasado? Simplemente nos informaron de que chocaste contra un árbol".

"Es una principiante. Creo que ni siquiera vio el árbol. Demonios, yo no pude verlo. Nos estábamos divirtiendo".

Sí, lo estábamos, y de repente... se acabó. Seguí a los rescatadores, pendiente de cada una de sus palabras.

Nadie me impidió subir con ella a la parte trasera de la ambulancia.

No le habría hecho ninguna gracia que le hubieran arrancado su flamante chaqueta, pero a la mierda, iba a comprarle una nueva en cuanto se recuperara. Dejó de gemir momentos después de que el paramédico le administrara una inyección.

"¿Qué le has dado?", grité, sin pensar con lógica. Lo único que sabía era que Tonya había empezado a hablar y ahora, de repente, volvía a estar quieta y callada.

"Relájate hombre, o te daré a ti también. Le he dado un sedante para el dolor".

Me quedé a su lado y respondí a las preguntas que pude. De hecho, me di cuenta de que no sabía mucho sobre ella. *¿Cómo iba a decirle a la gente que era su novio si no sabía su fecha de nacimiento ni cuál era su color favorito?*

Todo lo que sabía de ella era puramente físico. Era deslumbrante y hermosa. Me hacía sentir cosas, física y emocionalmente, que no sabía que era capaz de sentir. Incluido el vacío de mi pecho.

Necesitaba que se despertara y sonriera para sentirme completo.

Entraron unas enfermeras y me levanté cuando el médico también llegó a la pequeña habitación.

"Tiene una conmoción cerebral y el bazo dañado. También se ha roto una costilla. Ha tenido suerte, podría haber sido mucho peor".

TONYA

"Tonya, Tonya, ¿puedes oírme?"

Podía oír, pero no deseaba hacerlo. La penumbra del sueño era agradable. Sin embargo, aquella voz conllevaba dolor. Me dolía por todas partes.

"Eso es, buena chica. Tienes que despertarte. Respira hondo para mí".

Exhalé como si fuera una ballena. "He respirado hondo, ahora déjame volver a dormir".

"Ha sido una buena exhalación, pero ahora también necesitas una gran inhalación. No puedo dejarte volver a tu habitación hasta que respires para mí".

No sabía qué estaba balbuceando. Estaba respirando. ¿Qué quería decir con "mi habitación"?

"¿Qué?", pregunté e intenté incorporarme. No podía enfocar los ojos, pero no entendía de dónde había aparecido aquella mujer y mi oportunidad de volver a dormirme se había esfumado.

Ouch, ouch, oh mierda que dolor. Había sido un error.

"Eh, ahora, ¿quieres intentar sentarte? Quédate quieta".

Hizo algo y la cama que había debajo de mí se movió hasta que me encontré un poco más erguida.

"¿Hospital?", conseguí preguntar.

"Así es. ¿Puedes decirme tu nombre? ¿Recuerdas qué día es hoy?".

"Tonya Bryant, ¿y el jueves?".

"Muy bien, Tonya. Hay alguien que quiere verte y está muy preocupado por tu salud. ¿Te parece bien que le haga pasar?"

"¿Kincaid? Sí, hazle pasar".

La enfermera de la bata azul se alejó de mí y un momento después apareció Kincaid. Estaba acalorado y respiraba con dificultad. Tenía profundos surcos en la frente y ojeras.

"¿Cómo te encuentras?"

Me moví ligeramente en la cama. "Como si me hubiera pateado una mula. ¿Qué ha pasado? ¿He

tenido un accidente?"

"Sí que lo has tenido, nena. Creías que podías vencer a un árbol". Había algo incierto y ausente en su risa.

"Y ganó, ¿no?", pregunté.

Asintió: "Te has dañado el bazo, tienes al menos una costilla rota y te has hecho bastante daño".

Maldita sea, no era una situación nada buena. Me miré las manos y los brazos. No había yesos, sino una vía intravenosa en el brazo derecho. Moví los dedos de los pies y descubrí que también podía mover las piernas. Lo que me dolía mucho era la parte superior del cuerpo. Y cuanto más pensaba en ello, más me dolía.

"Tonya, ¿estás bien?" Kincaid estaba a mi lado, estrechándome la mano.

Al principio la apreté con fuerza, pero luego me dolió todo tanto que ya no pude hacerlo.

"¡Enfermera! Enfermera!"

Gemí e intenté no llorar, porque eso no hizo más que empeorar las cosas.

"Estás demasiado débil... no debes exagerar. Esto te hará sentir mejor", oí decir a la enfermera.

Sentí un escalofrío en el brazo derecho y luego todo se oscureció.

Al rato me desperté en la cama de una habitación de hospital. Kincaid respiraba profundamente mientras dormía. Me puse más cómoda e intenté volver a dormirme. Cuando la enfermera vino a tomarme las constantes vitales, me trajo una almohada extra y mantas calientes. Fue fácil volver a dormirme.

El día siguiente transcurrió de forma muy parecida. Dormí, Kincaid estaba allí, me dieron un analgésico y volví a dormirme.

"¿Cuándo podré irme a casa?", le pregunté al médico al día siguiente. "Creo que pasarán otras veinticuatro horas antes de que te demos el alta. Entonces tendrás que permanecer en cama otras tres semanas".

"¿Tres semanas? ¿Cómo voy a volver a Washington si tengo que quedarme en cama?", jadeé.

"Tendrás que aplazar el viaje".

Me entró el pánico. No podía quedarme en la cama en Aspen, tenía que volver a Washington. No podía funcionar así.

"Doctor, la joven es de Washington", explicó Kincaid.

El médico permaneció en silencio y empezó a asentir. "¿Tiene dónde alojarse? Quizá pueda dejarla viajar dentro de una semana. Ha tenido un accidente grave y me gustaría vigilar su bazo. La dejaré quedarse aquí una semana antes de que emprenda el viaje, ¿vale?"

"Claro", dijo Kincaid mientras el médico salía de mi habitación.

Le miré. Debió de notar el pánico absoluto en mi rostro.

"No puedo quedarme aquí una semana".

"Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, la casa es *mía*".

"¡Pero cómo voy a poder con mi hija!", dije llorando.

Kincaid abrió los orificios nasales y su mirada se desvió hacia el suelo mientras pensaba.

Empecé a llorar. Me dolía todo el cuerpo y no podía imaginarme sin ver a Kim durante otra semana. ¿Habría estado Ruth dispuesta a cuidar de ella? Tal vez habría tardado más.

"Llamaré a Ruth y se lo explicaré todo. Si tengo que volver a Washington a buscar a tu hija y traerla aquí, lo haré".

Le miré. No podía dejar que lo hiciera. Nunca la había conocido, se enteraría de todo.

"¿Quizá Ruth podría llevársela con ella? Así al menos viajaría con alguien conocido", sugerí.

"Me parece una buena idea. ¿Por qué no descansas y llamo a Ruth?". Me dio un beso en la frente antes de dejarme sola.

Mientras me administraban los analgésicos, me quedé dormida. Pensé en cómo le contaría a Kincaid lo de Kim. Soñé que se lo contaba. Y cuando me desperté no estaba segura de si lo había hecho o no. Las drogas me calmaban el dolor, pero estaban alterando mi percepción de la realidad.

Al día siguiente me dejaron salir del hospital, pero no me dejaron ir a casa. Tuve que quedarme. También me programaron una cita de seguimiento para dentro de una semana. Parecía una maniobra secreta para retenerme en aquel lugar. Estaba tan mal que no creía que pudiera escapar a Washington aunque quisiera.

Caminé despacio, poniendo cada pie con cuidado. No podía soportar sentirme vacilar. Kincaid tenía una mano en mi espalda y otra en mi mano. Caminaba a mi alrededor como una niñera muy nerviosa. Sin embargo, también me apoyaba mucho. O al menos me di cuenta de que lo intentaba en serio.

Colocó con cuidado mis manos en la barandilla de la base de los escalones que conducían a la puerta principal.

"No te muevas", me ordenó.

"No voy a ir a ninguna parte". Estaba cansada con solo mirar las escaleras.

Abrió la puerta y el portal antes de volver a mi lado.

"Cuidado", me dijo con palabras de ánimo tranquilizadoras y reconfortantes mientras subía las escaleras.

Me dolía el torso mucho más de lo que había esperado.

"Esto es absurdo. ¿Por qué me duele tanto?"

"Porque te has dado contra un árbol, cariño".

"Ya. Estúpido árbol". Vi el sofá y me acerqué a él. Quería sentarme. Y quería mi analgésico.

Kincaid me guió con excesivo cuidado hasta el sofá.

Me senté y los cojines se colocaron detrás de mí.

"¿Estás cómoda?"

Hice ruidos de aprobación. Luego me ayudó a subir las piernas al sofá. También me colocó un cojín bajo las rodillas y me quitó los zapatos.

Sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo trasero y sonrió antes de contestar.

"Hola, ¿estás aquí? Acabamos de volver del hospital". Se dio la vuelta mientras seguía hablando.

"¿Quién era?", le pregunté cuando volvió.

"El hospital", dijo encogiéndose de hombros.

"Mientes muy mal", le dije.

"Puede que sí, pero estás a mi cargo y me aseguraré de que te digan todo lo que necesitas saber".

Le miré fijamente. *¿Era consciente de las palabras que habían salido de su boca?*

"Me miras de un modo extraño", dijo.

Me respondió: "Tu forma de hablar es extraña". Era una forma absurda de averiguar la verdad sobre aquel hombre. Estaba atrapada aquí y él podría haber resultado ser una especie de gilipollas con el que nunca debería haberme ido y .

"Quería decirte: no te preocupes. Te informaré de las cosas importantes. Si necesitas saber algo en particular, te lo diré. Solo déjame guardar el secreto un poco más. Te prometo que no te arrepentirás". Se sentó junto a mis pies y me pasó la mano por la pierna.

Para ser un accidente de esquí debería haberme roto la pierna o el tobillo. Pero ¿por qué hacer las cosas pequeñas cuando se puede hacer daño interno? Me alegré de que pudiera tocar una parte de mí que no me dolía.

"¿Tienes hambre? ¿Quieres algo?"

En realidad no tenía hambre y no sabía si la comida volvería a interesarme. Negué con la cabeza.

"La verdad es que no. Pero deberíamos comprar gelatina, requesón y yogur".

"Suena a lista de la compra, no a comida para llevar". me señaló Kincaid.

Tuve que darle la razón. No habíamos tenido ocasión de llenar la nevera antes de llegar al hospital. Dudaba que hubiera tenido ocasión de hacer que le trajeran la comida. Y era imposible que tuviera el tipo de comida que yo podía o quería comer en aquel momento.

"Si me das mi teléfono, haré un pedido de comida. En Aspen te la llevan a casa, ¿no?"

"Seguro que sí. ¿Por qué no me das una lista y descansas?", dijo Kincaid.

"Porque no quiero explicarte exactamente qué tipo de yogur quiero. Soy muy exigente con eso".

"Me parece justo".

Hacer el pedido me llevó más energía de la que creía posible. Cuando encontré una tienda local con entrega en el mismo día e hice el pedido, ya estaba lista para una larga siesta. No oponía resistencia, así que se me pusieron los ojos pesados y me quedé dormida. Solo me desperté cuando sonó el timbre de la puerta.

"Kincaid, creo que ha llegado la compra", dije con voz aturdida.

"Voy yo", dijo él, abriendo la puerta.

"¿Ya está aquí?" Oí una voz familiar y reconfortante.

"¿Ruth?" Intenté girarme para ver la puerta.

"¡Mamá!" chilló Kim, y segundos después me encontré asfixiada por un fuerte abrazo de mi hija. Me dolió, pero no me importó. Kim estaba allí conmigo.

KINCAID

Me sobresalté cuando vi a Ruth en la puerta principal. La había estado esperando. No era eso lo que me había dejado boquiabierto. No podía entender por qué era una copia idéntica de mi sobrino Reece. ¿Cómo podía ella, Reece, volver a tener de repente cuatro o cinco años? Reece seguía siendo una niña pero, recordando las palabras de mi cuñada, ahora se acercaba a la adolescencia.

"¡Mamá!"

Observé asombrado cómo aquella niña, apenas mayor de tres años, corría y esprintaba hacia Tonya.

"Kincaid, ¿va todo bien?", preguntó Ruth al entrar.

"Sí, todo va bien. Tonya acaba de despertarse y la compra llegará en cualquier momento", conseguí decir.

"Ah, creías que éramos los de la compra. Eso explica tu sorpresa. Seguro que sabías que veníamos, pero ¿Tonya?".

"No exactamente. Fue idea suya pedirnos que vinierais, claro, pero no le conté todos los detalles".

"¿Cómo dices?"

Me volví y vi a su chófer cargado de bolsas.

"Ponlas en una de las tres primeras habitaciones de arriba", le dije.

Murmuró algo antes de dejar las bolsas y volver a salir a por más.

Todavía estaba entumecido por haber visto a la hija de Tonya. No podía creer lo que estaba viendo. Seguí a Ruth hasta el salón, donde Kim estaba sentada en el regazo de Tonya. Le estaba contando algo a Tonya con todo lujo de detalles. Lo que le oía decir tenía poco sentido, era casi como si se estuviera inventando cosas simplemente para hablar. Tonya estaba muy concentrada, prestando mucha atención a cada una de sus palabras.

Eran idénticas: la chica y Tonya. Sin embargo, juro que hace un segundo aquella niña era exactamente igual que Reece. Era como si mi sobrina hubiera viajado en el tiempo y en el espacio. Pero ahora que la miraba mejor, era una versión en miniatura de Tonya.

Me quedé mirándola.

"Es guapa, ¿verdad?", dijo Ruth a mi izquierda.

Me volví y la miré. Debía de tener cara de asombro.

"¿Va todo bien, Kincaid?".

"Sí, sí, por supuesto", contesté. Estaba muy distraído. Podía resolver los problemas de estabilidad estructural para evitar que tres pisos de una casa se derrumbaran hasta el suelo, pero no me cabía en la cabeza que la niña de Tonya se pareciera a mi sobrina.

"Perdone, ¿puedo hablar con usted?" llamó una nueva voz desde la puerta. "Esperabas una entrega, ¿verdad?".

Solté un suspiro agudo. "Sí, deja que te enseñe dónde ponerlo todo". Podía encargarme de una entrega de comestibles y guardar las cosas mejor que cualquier otra cosa en ese momento.

Asentí a Ruth mientras me dirigía a la entrada y cogía una de las bolsas de papel de la repartidora. "Por aquí", anuncié y me dirigí hacia la cocina.

Llené la nevera de tarrinas pequeñas de yogur y vasos de gelatina ya preparados y otros alimentos blandos, fáciles de comer con cuchara. Puse latas de sopa en la despensa y refunfuñé cuando me di cuenta de que Tonya no había pedido ni carne ni pasta. ¿Qué se suponía que tenía que comer? ¿Por qué había dejado que ella hiciera todos los pedidos sin darme ninguna sugerencia sobre lo que yo quería comer?

Cerré los ojos y suspiré para mis adentros. Probablemente ni siquiera podía pensar en los alimentos que no podía comer. Ya no tenía mucho apetito. No debería haberme enfadado, porque estaba herida y enferma. No debería haber esperado que pensara con claridad. Era mi tarea.

Tenía que protegerla, cuidar de ella. Estaba haciendo un trabajo de mierda. Y ahora no podía desterrar los pensamientos confusos de mi cerebro. *¿Quién era aquella niña?*

Le di una propina a la repartidora y volví al salón.

"Tendremos que pedir la cena para todos, ya que en la nevera solo hay comida para Tonya", dije quizá un poco bruscamente.

"Oh, Kincaid. Lo siento. Estaba tan concentrada en lo que podía comer que debí de olvidarme por completo", dijo Tonya con una sonrisa preocupada.

"No te preocupes. Haremos que traigan la cena y luego podremos hacer otro pedido a los de la comida", dijo Ruth.

"En la tienda de comestibles", corrigió Tonya.

"Si tú lo dices, querida".

"El chófer os ha subido las maletas, ¿por qué no llevas a la pequeña Kim a ver en qué habitaciones estáis? Tengo que hablar con Tonya", le dije.

"Es una buena idea. Kim", Ruth tendió la mano a la niña, "vamos a refrescarnos, venga".

Tonya hizo una mueca de dolor cuando la niña se bajó de su espalda. "Cuidado, cariño, mamá está dolorida".

Kim le dio otro abrazo. Habría sido adorable si no me hubiera puesto a pensar en la paternidad de aquella niña. Me crucé de brazos y miré a Ruth que llevaba a Kim arriba.

"Gracias". Tonya me dedicó una sonrisa llorosa.

Se me apretó el pecho. "¿Quién es esa niña?"

Tonya inclinó la cabeza hacia un lado, interrogante. "No lo entiendo".

"Kim, ¿quién es?"

"¿Mi hija? ¿Qué intentas preguntarme, Kincaid?". Cerró los ojos y respiró hondo. Un dolor se hizo visible en su rostro. "¿No te lo dije cuando estuve en el hospital?"

"No hiciste muchas cosas en el hospital, Tonya". Mantuve un tono moderado. No quería que el dolor que hervía en mi interior se filtrara por mi voz.

"He estado intentando averiguar cómo decírtelo. Pensé que lo había hecho en el hospital. Debí de estar soñando toda la conversación. Lo siento". Dejó escapar un suave suspiro. Probablemente había empezado a sentir dolor de nuevo. Por alguna razón no me importaba.

"¿Perdón por qué?"

"Siento no habértelo dicho antes. No es precisamente fácil, ¿sabes? Pero la has visto y no puedes negar el parecido familiar. Se parece a su prima. Los genes de la familia Thomas son muy predominantes. Es tu hija". Tonya me miró nerviosa, mordiéndose el labio.

"¿Mi hija? ¿Y me lo dices ahora?"

"No sabía cómo encontrarte. Estabas en otro País", empezó a decir con voz chillona.

"Podrías haberlo intentado. ¿Le pediste a mi hermano que se pusiera en contacto conmigo?"

Ella negó con la cabeza. "Kincaid, me habías abandonado. No te despediste, no dijiste nada, y desde luego no intentaste ponerte en contacto conmigo, así que supuse que no te importaba, que no querías saberlo. ¿Qué se suponía que debía hacer?"

Ya no podía mirarla. Me quedé contemplando los grandes ventanales y los árboles cubiertos de nieve. *No iba a hacerlo.*

"No te quiero en mi casa".

Se puso en pie, con un brazo alrededor del estómago. Estaba pálida e inestable, pero con rabia pensé que, si podía moverse, podría marcharse.

"¿Qué quieres que haga, Kincaid? ¿Que haga las maletas y me vaya? No puedo cargar con nada. Pero si quieres que nos vayamos, bien, nos iremos".

"No te atrevas a irte, Tonya. *Siéntate*. No sé de qué va todo esto, pero no puedes echarnos sin avisar".

De repente, Ruth se interpuso entre nosotras, como una perrita guardiana histérica. Irascible y fuera de control, pero también engañosamente peligrosa.

"Quedaos. Marchaos. *Me da igual!*", dije furiosamente y salí de la casa.

La puerta se abrió detrás de mí. No me volví para mirar. Me daba igual que Tonya me hubiera seguido, causándose más dolor. Seguramente habría ayudado; ella habría sentido lo que era sentir la decepción y la desilusión que yo acababa de recibir.

"Señor Thomas, si cree que sus acciones pasarán desapercibidas cuando llegue el momento de que se le tenga en cuenta para la venta de los edificios que hay que renovar, no espere *nada* de mí", me gritó Ruth desde la puerta abierta.

Pude verla con su pelo blanco haciéndome el gesto del dedo corazón. Como si una regañina de una anciana pudiera hacerme cambiar de opinión.

"Me encargaré de que *nunca* trabajes para mí ni para mis socios".

Hice una pausa, pero solo por un instante. La nieve crujió bajo mis botas mientras me dirigía al coche aparcado. ¿Por qué no lo había metido en el garaje? Tenía que sacar a Tonya del coche y meterla dentro a salvo. No había espacio suficiente en el garaje para ayudarla a entrar y salir del vehículo.

Tonya. Ni siquiera miré hacia la casa cuando se cerró la puerta. No quería pensar en ello, no quería tener nada que ver con ella ni con su jefa.

Me había mentido. *¿Cómo podía confiar en ella? ¿Por qué había confiado en ella?*

Lo que tenía que hacer era admitir que entre nosotros solo había algo físico. El viaje, su accidente, todo había sido un error. Estaba claro que no estábamos destinados a ser nada más que un encuentro agradable.

Debería haber dejado las cosas como estaban.

Puse en marcha la furgoneta y salí del camino de entrada. Había nieve fresca en la carretera. La ignoré y pisé el acelerador. Cuanto antes me alejara de las malas decisiones tomadas allí, mejor.

La parte trasera de la camioneta patinó sobre un trozo de nieve helada.

"¡Joder!"

Reduje inmediatamente la velocidad, pero no me detuve. Sin tener ni idea de adónde iba, me limité a conducir.

No quería *nada* de esto. No quería sentir el sentimiento de desesperación que se había apoderado de mí cuando Tonya había resultado herida. O la confusión por una niña en la que nunca había pensado, hasta descubrir que yo era el padre.

¿Qué demonios debía hacer ahora que lo sabía? Era padre y Tonya nunca había intentado ponerse en contacto conmigo para hacerme saber lo que pasaba. No sabía si creerla.

Kim, se llama Kim. Tenía una hija que se llamaba Kim. No, no podía aceptarlo, no sin una prueba de paternidad, no sin demostrarlo. No importaba que Kim se pareciera a una de las hijas

de Ryan y siguiera pareciéndose de algún modo a Tonya. El hecho de que se pareciera a la hija de mi hermano significaba, y odiaba admitirlo, que en realidad podría ser mi hija.

No tuve que preguntarle a mi hermano si alguna vez se había acostado con la niñera, porque a Ryan no le gustaban las mujeres con curvas y estaba perdidamente enamorado de su mujer. Lo había estado y lo seguía estando. Era uno de los pocos afortunados que siempre estarían enamorados de su mujer y como pareja verían aniversarios que parecían una reliquia de días pasados.

Joder. Tenía una hija.

TONYA

No quería llorar. Hacerlo me causaba aún más dolor. Ya me dolía bastante.

Kincaid se había ido y nos habían dejado aquí. Miré fijamente a Ruth. Estaba perdida, completamente perdida.

"Siento que hayas tenido que pasar por esto", dijo mientras cruzaba la habitación y se sentaba a mi lado. "Sé que nunca me hablaste del padre de Kim. Creo que ahora lo entiendo. Descansa. Yo me ocuparé de todo".

Y así lo hizo. Durante los días siguientes se aseguró de que Kim estuviera alimentada y de que yo comiera lo que pudiera. Se aseguró de que me vistiera y me llevó a dar paseos cortos al aire fresco y puro.

Kincaid dijo que no le importaba lo que hiciéramos. Así que decidimos quedarnos hasta que me recuperara. Y así lo hice. Intenté enviarle algunos mensajes para informarle de mis progresos. No iba a rogarle por SMS, no cuando no había hecho nada malo.

Entre los objetos que Ruth había traído estaba mi portátil del trabajo. No me había perdido gran cosa y dirigíamos su oficina a distancia mientras yo me recuperaba lentamente.

Una semana de recuperación se había convertido en dos y se acercaban rápidamente las tres semanas cuando llegó Ryan.

"Tonya, ¿estás esperando a alguien? ¿Ha dicho algo Kincaid sobre su regreso?", preguntó Ruth.

"No, ¿por qué?"

"Hay un gran todoterreno entrando en la entrada. Casi parece una familia que cree haber alquilado la casa. Esto podría ser un gran problema". Se apartó de la ventana y abrió la puerta. "¿Puedo ayudarle?"

"¿Quién eres y qué haces en mi casa?", preguntó Ryan.

Aún no se había fijado en mí mientras descansaba en el sofá.

"Soy Ruth Van Kirk y el propietario de esta casa es Kincaid Thomas. Vuelvo a preguntar: ¿puedo ayudarle?"

Ryan tartamudeó antes de mirar a su alrededor y fijarse en mí. "Ah, tú".

Me levanté y crucé el salón. Aún me dolía el torso, pero me movía con más facilidad. Realmente esperaba que el médico me permitiera salir pronto.

"Hola, Ryan. Supongo que te acordarás de mí. Estamos en medio de una pequeña situación. Ruth, te presento a Ryan, el hermano de Kincaid. Creo que la casa es de los dos".

"Deberías entrar. Fuera hace frío", sugirió Ruth.

Volví al sofá. "Ruth, ¿podrías ir a ver si Kim se ha levantado de la siesta? Será mejor que conozca a toda la familia", dije con un fuerte suspiro.

No era la forma en que había planeado presentar a Kim a la familia Thomas. Creo que nunca lo hice.

"¿Qué hace ella aquí?" Teejay entró llevando en brazos a un bebé.

Una parte de mí se alegró de que siguieran juntos. Sentí una opresión en el estómago, nada agradable, cuando entró Reece seguido de su hermano. Habían crecido mucho.

"¿Mamá?" llamó Kim mientras bajaba cautelosamente las escaleras, seguida de Ruth. Miró a toda aquella gente nueva y corrió hacia mí. Se subió a mi regazo y apoyó la cara en mi hombro.

"Ryan, ¿qué está pasando y quién es esa niña?". La voz de Teejay tenía el tono típico de alguien que se está enfadando.

"Estoy aquí porque era la invitada de Kincaid antes de que se enfadara y nos dejara aquí. Por favor, sentaos y quitaos los abrigos. Esta es vuestra casa".

"Sé que esta es mi casa, pero no entiendo por qué estás aquí", soltó Teejay.

Ryan alargó la mano y le dio unas palmaditas en el hombro. "Creo que Tonya está intentando explicárnoslo. Venga, sentémonos para que podamos averiguar qué está pasando".

"Supongo que no hablas con tu hermano", intervino Ruth.

"A veces, no. Lleva unas semanas ocupado con clientes. Volviendo a lo que pasó, ¿dijiste que Kincaid te trajo aquí?", preguntó Ryan.

Asentí: "Sí".

"¿Y por qué sigues aquí?" La voz de Teejay era grave y helada. Estaba enfadada. La cosa era razonable. Yo también me habría enfadado si mi cuñado hubiera dejado a su novia en mi casa de vacaciones sin decírmelo.

Tuve un accidente. Y el médico local no me permitió salir".

"¿Te torciste el tobillo en las pistas de esquí? Estoy bastante segura de que puedes subir a un avión cojeando". Su tono era ahora condescendiente. Era un milagro que hubiera aguantado tanto tiempo trabajando para ella.

"No, me lesioné el bazo, me rompí una costilla y perdí el conocimiento. Sorprendentemente, mis tobillos están bien". Esto la hizo callar. "Dada la gravedad de la situación y el largo tiempo de recuperación, Ruth tuvo la amabilidad de venir y traer a mi hija".

Sabiendo que hablaba de ella, Kim miró a los que estaban sentados a nuestro alrededor.

Ryan puso cara de decepción, pero Teejay jadeó y luego sollozó. Estaba claro que se había dado cuenta del parecido familiar.

"Dios, *¿cómo has podido hacerme esto?*", gritó.

"No es lo que piensas", intervine.

Teejay se levantó y empezó a gritar. "¡Cómo te atreves! Por eso dejaste tu trabajo. ¿Cuánto tiempo llevas escondiéndote a mis espaldas?". Apretó contra su pecho al niño que llevaba en brazos, como ofreciéndole protección, o quizá como si él la protegiera a ella.

"Kincaid es el padre, no Ryan", solté.

Teejay no había cambiado. Siempre sacaba las peores conclusiones.

"¿Qué?" Se volvió hacia mí.

"Es la hija de Kincaid. Es tu sobrina, Kim".

Como si comprendiera lo que estaba pasando, Kim decidió hacerse la tímida de nuevo y esconder la cara detrás de mí.

Teejay se puso roja y luego palideció: "¿Por eso renunciaste?".

Asentí con la cabeza. No necesitaba saber que estaba cansada de su acoso y también de mi embarazo.

"¿Y tu bazo? ¿Te han operado?". Todas sus preguntas eran ahora moderadas y discretas. "Siento si he exagerado. Fue un poco chocante conocerte así".

"Es comprensible. Kincaid reaccionó de forma exagerada cuando se enteró de lo de Kim. No le hemos visto desde entonces", dijo Ruth.

"Está enfadado. Al principio estaba muy preocupada, pero sé que recibió mis mensajes".

"Yo en tu lugar estaría furioso", dijo Teejay.

"Creo que los analgésicos me impiden expresar ese nivel de ira. Siento que no te dijera que yo seguía aquí. Sabe que estamos aquí. Bueno, lo supo hasta que bloqueó mi número de teléfono".

"Si hubiéramos sabido que planeabais venir aquí, por supuesto que habríamos buscado una alternativa. Nos quedamos porque es fácil para Tonya con su movilidad limitada. Y es una casa preciosa", dijo Ruth.

"Gracias. Hice todo el trabajo de renovación yo mismo. No, Kincaid nunca me dijo que estabais aquí", dijo Ryan.

"Tonya no puede levantar ni cargar nada más pesado que su portátil. Si me das una hora o dos, podré hacer la maleta. Tonya, ¿por qué no nos buscas un servicio de coche y un hotel? Consigue una suite, yo cubriré los gastos". Ruth se levantó y se frotó las manos.

Sabía que esa era su señal de que era hora de ponerse a trabajar.

Teejay se aclaró la garganta y palmeó a Ryan en el hombro. Intercambiaron una mirada significativa.

"Por favor, no lo hagas. Te has instalado aquí y Tonya se está recuperando. Ahora sois prácticamente de la familia. Si no te importa que haya otras personas cerca, esta casa tiene espacio suficiente para todos. Los niños pueden dormir juntos", dijo Ryan. Se levantó y se estiró.

"Sí, quédate. Sería una buena oportunidad para que los niños se conocieran mejor. Al fin y al cabo, son primos. Y no estarían cómodos en un hotel, no después de acostumbrarse a estar aquí. Lo siento otra vez por exagerar", exclamó Teejay.

"No pasa nada. Debería haberlo hecho. Quiero decir...". Dejó escapar un largo suspiro. "Kim tiene el mismo aspecto que Reece a su edad. Entiendo por qué llegaste a esa conclusión".

Teejay hizo un sonido con la lengua y asintió: "El parecido entre ellas es innegable".

Asentí. Eso era lo que había asustado a Kincaid. No se podía negar que Kim pertenecía a su familia.

"Gracias por dejar que nos quedemos. Tengo mi próxima cita dentro de dos días. Espero de verdad que el médico diga que puedo volar. Esto es precioso, pero tengo muchas ganas de volver a casa".

Kim se soltó de mí. Levantó la vista.

"¿Estás preparada para conocer a los demás?", le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

"Vale, cuando quieras. Pero estaremos con ellos, así que tendrás que conocerlos en algún momento".

"Vale", dijo antes de apoyar la cabeza en mi hombro.

Teejay y yo nos quedamos sentadas un momento, dos mamás con sus bebés en brazos mirándose.

"Él es Blake", señaló Teejay al niño dormido. "¿Crees que los niños se acordarán de ti?".

Negué con la cabeza. "Lo dudo. Puede que Reece tenga un vago recuerdo, pero lo dudo".

"Empezaré a desembalar el coche", anunció Ryan.

"Me temo que nuestras cosas están en los dormitorios. Yo me quedaba en el dormitorio principal hasta que cogí la cama del despacho de abajo. Las escaleras eran demasiado trabajo para mí. Aún no hemos podido cambiar la cama. Lo siento. Kim está en la habitación de las literas. Puede dormir conmigo si hace falta", dije.

"Si los niños no van a ser los mejores amigos a la hora de cenar, entonces cambiaré sus cosas de sitio. ¿Te parece bien?

"Gracias, Ryan. De verdad. Te lo agradezco".

"Yo cuido de mi familia. Ahora eres uno de los nuestros, esa niña nos une. No sé qué le pasa a

mi hermano, pero... bueno, espero que nuestros hijos puedan ser primos", dijo antes de marcharse.

Parpadeé y me di cuenta de que se me estaban formando lágrimas.

"Sé que no es asunto mío y siento haber sacado conclusiones equivocadas, pero ¿puedes decirme qué ha pasado?", preguntó Teejay.

"Solo si dejas de disculparte. Tuviste una reacción instintiva en un momento de tensión. Ya ha pasado todo, ¿vale?". Pensé que era mi deber calmarla, aunque no tenía intención de hacerlo.

Ella asintió.

"Me estaba pavoneando un poco, supongo. Había tomado algunas clases de esquí hacía tiempo y sabía esquiar, aunque técnicamente aún soy principiante. Aquel día me sentía confiada y, de repente, perdí el control. Cogí velocidad y no miré por dónde iba, y choqué contra un árbol".

Teejay siseó y parecía aterrorizada.

"Sí, tuve suerte. Podría haber sido mucho peor. Créeme, me lo repito cada vez que me muevo y siento como si me dieran una patada en las costillas".

KINCAID

Sonó mi teléfono. Lo ignoré, como había hecho durante las dos últimas semanas. Ni siquiera me molesté en mirar quién era. Tardé un rato en darme cuenta de que podía bloquear el número de Tonya.

Sus mensajes no hacían más que enfadarme y confundirme.

Había conducido hasta Denver, dejado el coche de alquiler en el aeropuerto y cogido el primer vuelo a la playa. Quería estar lo más lejos posible de Tonya y no quería que me acosara. Sin pasaporte, estaba confinado en Estados Unidos. Afortunadamente, aún tenía opciones.

No quería volver a casa y no quería ver la nieve.

El tiempo en San Diego era perfecto. Cálido y agradable. No tenía dónde alojarme ni coche cuando llegué. Aquella primera noche tomé muchas decisiones equivocadas, como beber e intentar dormir en la playa. Por la mañana supe que necesitaba una habitación. Caminé por la playa hasta que encontré un hotel cerca y me instalé.

Pasaron más días hasta que moví el culo y me compré algo de ropa. Por fin me duché. Apestaba a alcohol y a sudor. Estaba asqueado y disgustado conmigo mismo.

Durante todo ese tiempo Tonya me había estado enviando mensajes de texto.

Me había preguntado si estaba bien y a salvo. Me pidió que la llamara para hablar de la situación. Me puso al día de lo que le había dicho el médico.

Lo que no había hecho era disculparse ni pedir perdón. No mencionó a *nuestra* hija en sus mensajes. Lo que había escrito era superficial y distante.

Me senté en la arena y me quedé mirando el teléfono durante horas. Desbloqueé a Tonya y volví a leer sus mensajes. Como tenía la ventana de mensajes abierta, con el pulgar colgando, me dispuse a teclear, listo para escribirle... *¿Qué? ¿Qué había que decir? ¿Me has roto el corazón?* No, porque eso no era exacto. Habría requerido que estuviera enamorado de ella. Y *no lo estaba*.

Era simplemente una hermosa distracción. Engañosamente encantadora, con unos labios perfectos para besar y el pelo más sedoso que jamás había visto. Su tacto era siempre suave, incluso cuando se aferraba a mí y me pedía que la penetrara más fuerte y más rápido.

Era ingeniosa y yo había caído en su trampa. Todo aquello había sido una especie de estratagema para inducirme a... Bueno, eso no era exactamente cierto, ¿verdad? Era yo quien la había

buscado porque tenía una conexión con Ruth Van Kirk.

Y esa mujer estaba viviendo en mi casa ahora mismo, pensando que yo era basura. Yo era lo que se había marchado enfadado. El asunto es que no sabía cómo reaccionar cuando supe que tenía una hija.

Tiré el teléfono, incapaz de responder. No era yo quien había mantenido en secreto a una niña de cuatro años con ojos grandes, mejillas redondas y pelo suave y rizado.

Por supuesto, la niña tenía obviamente los genes de mi familia, pero en realidad se parecía mucho a su madre. Parecía un angelito querubín vestido con un brillante vestido de nieve rosa.

Me levanté y recuperé el teléfono de la arena. Al menos el mensaje no se había enviado por error. No es que hubiera escrito nada sensato. No quería que Tonya supiera que había releído sus mensajes. Cerré la aplicación de mensajes y volví a bloquear su número. Nuestro historial de mensajes desapareció de mi teléfono. A menos que borrara el historial, aquellos mensajes estarían allí la próxima vez que desbloqueara su número. Debería haberlo borrado todo.

Me quedé mirando la pantalla. Por alguna razón... no era *capaz* de hacerlo.

El teléfono volvió a sonar y lo ignoré. Poco después, oí el timbre de un mensaje entrante.

Le eché un vistazo.

Contesta al teléfono, gilipollas, o haré que te declaren muerto. Era Ryan.

No tenía ganas de hablar. *No*, contesté.

No me jodas, llámame. ¿Dónde estás?

Hermanito, estoy de juerga. No te voy a llamar, voy a por algo de beber, dije en voz alta a nadie. Apagué el teléfono. Ya no quería que interrumpieran mis pensamientos.

Lo que necesitaba era que mis pensamientos fueran completamente erradicados, eliminados, hechos desaparecer. Eso significaba alcohol. El tequila parecía funcionar mejor. El bar del hotel servía cócteles demasiado caros: sin embargo, incluso el tequila barato era tequila, y eso era lo único que importaba. Pedí un Margarita con hielo y me senté en la terraza con vistas a la playa.

Pasé otra noche solitaria emborrachándome. No sé por qué pensé que emborrachándome me libraría de mis pensamientos. Seguían ahí, revoloteando a mi alrededor como fantasmas que se negaban a ser eliminados.

Ahí estaba la encantadora y joven Tonya antes de que la dejara embarazada. Y otra visión fue la vez que volví a verla en aquel evento. Me había echado una mirada y prácticamente se había desmayado. Otra de su cara mientras gritaba mi nombre y yo la hacía correrse una y otra vez.

Los fantasmas de Tonya me perseguían y me atormentaban.

Me bebí lo que quedaba en el vaso y regresé tambaleándome a mi habitación. Por la mañana me desperté con un dolor de cabeza como si un puto elefante hubiera estado sentado en mi frente toda la noche. Pedí el desayuno y me quedé cavilando en mi habitación hasta que sentí la necesidad de ir a sentarme a mirar las olas. Era una serie de acciones que repetía día tras día. Había perdido toda noción del tiempo.

Luego me duché. Empezaba a ponerme de los nervios yapestaba.

El agua caliente recorrió mi cuerpo. Me hundí un dedo en el pelo y me restregué como si quitarme una capa de piel fuera a cambiar cómo me sentía. Me lavé todo el cuerpo con esa misma energía áspera.

Al salir de la ducha llamaron a la puerta.

"¡Sí, un momento!"

Cogí una toalla y me la até alrededor de las caderas. Abrí la puerta al botones.

"Bien, el desayuno". Le entregué unos billetes a modo de propina. Dejé la bolsa y la bebida grande sobre la mesa y me puse unos pantalones cortos.

Miré mi teléfono. Estaba cubierto de arena y seguía apagado.

¿Iba a ser este el día en que pudiera enviar un mensaje de texto a Tonya?

Abrí la funda protectora y empecé a quitar toda la mugre y suciedad que se había acumulado. Mientras limpiaba el teléfono, abrí la bolsa. Sí, había pagado un extra por desayunar en un restaurante cutre de comida rápida al que podría haber ido andando, pero no tenía ganas de andar y el hotel había dejado de servir desayunos horas antes de que me despertara.

Una vez limpios el teléfono y la funda, lo encendí.

En la pantalla apareció un mensaje tras otro.

Ryan estaba enfadado por algo. Marqué su número y puse el altavoz sin leer ninguno de los mensajes.

"¿Dónde coño estás?" fue lo primero que dijo.

"Hola a ti también", le contesté.

"No seas gilipollas. ¿Aún estás en este País?"

"Claro que estoy aquí. Mi pasaporte está en casa, así que estoy atrapado aquí".

"Si tu pasaporte está en casa, supongo que no estás allí". Mi hermano era un genio.

"Exacto".

"¿Supongo que eso significa que durante las dos últimas semanas, cuando yo pensaba que estabas demasiado ocupado con el trabajo, en realidad no estabas trabajando en las relaciones con los clientes y consiguiéndonos proyectos?"

"Deduces bien", contesté, mordiendo mi bocadillo del desayuno.

"Entonces, ¿dónde coño estás?"

"¿Eres mi chulo? No. Me fui a vivir a Europa expresamente para alejarme de esta mierda de familia entrometida".

"Al menos podrías haberme dicho que Tonya estaba en la casa de Aspen. A Teejay casi le da un

infarto. La conocimos, Kincaid".

"¿Conocisteis a quién?" Quizá si me hiciera el tonto la realidad no existiría.

"Entiendo por qué Tonya no dijo nada. Como familia no hemos sido muy buenos con ella".

"¿Estás de su parte y no de la mía?"

"¡No conozco la tuya, hermano! Hace días que no contestas al teléfono y cuando vengo de vacaciones a esquiar me encuentro a tu novia y a tu hija viviendo en mi casa. ¿Adivina quién era adulto y me contó todo lo que pasaba? Te daré una pista. Tú no".

"La echaste, ¿verdad?"

"Realmente eres un hijo de puta. No, no la hemos echado. Se está recuperando de un grave accidente y de una operación".

"Ya lo sé. ¿Cómo está?", pregunté antes de darme cuenta de lo que había dicho.

"Los médicos de aquí le han dado el visto bueno para viajar. Saldrá por la mañana".

"¿Qué le vas a decir?", añadí.

"¿Sobre qué? ¿Sobre ti? No hay nada que contar. Estás vivo, eres un capullo, esa es toda la información que he sacado de esta conversación, y no es nada nuevo".

Emití un largo gemido. Tenía razón, estaba siendo un auténtico gilipollas. Pero seguía pensando que no me había equivocado.

"¿Volverá mañana a Washington?"

"Aléjate de ella, Kincaid. Si quieres dar un paso adelante y responsabilizarte del niño, eso es una cosa, pero deja de utilizarla. Conocí a Ruth, le causaste una impresión vergonzosa, por no decir otra cosa. Tengo otra semana de vacaciones y pienso disfrutarla. Cuando vuelva a Washington, será mejor que estés allí". Sus palabras no eran exactamente una amenaza.

"¿O qué?"

"O la Empresa de Restauración Thomas & Thomas cerrará sus puertas. No voy a seguir hablando de ello. Me alegro de que no estés muerto, pero eso es todo lo que puedo decir en este momento. Nos vemos en Washington".

Terminó la llamada.

Me quedé mirando la pantalla y empecé a ver todos los mensajes. Desbloqueé el número de Tonya para poder leer también los suyos. Así se desarrolló una historia que había estado demasiado ciego para comprender. Aquellas personas estaban preocupadas por mí y yo no había sido lo bastante hombre para decirles al menos que estaba bien y a salvo.

Realmente era un idiota.

TONYA

"¿Lo has empaquetado todo?", le pregunté a Kim.

El conductor tenía los brazos llenos de maletas y las había llevado hasta el coche que esperaba.

Kim asintió, distraída. Creo que no había oído ni una palabra de lo que le había dicho. Ella y Tyler estaban de rodillas delante de la mesa de centro, haciendo un puzzle en el salón. Kim estaba envuelta en su abrigo rosa de invierno. No quería irse.

Una vez superada su timidez, Ryan tenía razón, ella y sus primos se habían convertido en grandes amigos. Me preocupó un poco la reacción de Reece. No se me había ocurrido que pudiera considerar a Kim como la hermana pequeña que no tenía.

Eché un último vistazo a la casa. Era preciosa. Las vistas eran fantásticas pero no quería volver aquí nunca más.

Fuera, el todoterreno se había puesto en marcha y salía vapor del tubo de escape en el aire frío de la mañana.

"Vamos, Kim, despídete de tus primos. Volverás a verlos cuando lleguemos a casa".

Teejay levantó a Blake y caminó hacia mí, extendiendo un brazo para abrazarme. "Me alegro mucho de que hayamos podido pasar un rato juntos. Antes estaba muy mal de la cabeza. Y pensar que podríamos haber sido amigas todo este tiempo si no hubiera sido tan controladora".

Le devolví el abrazo. Había auténtico afecto en aquel gesto. Una vez que Teejay superó su justa indignación por el hecho de que yo ocupara esencialmente su casa durante las vacaciones, no fue tan malo. Tuvimos muchas charlas largas. Ruth también.

Me iba de Aspen como una persona diferente, muy diferente de cuando había llegado. En parte se debía a un profundo dolor que no estaba dispuesta a compartir con nadie, quizá porque lo negaba. En parte se trataba de haber sobrevivido a un grave accidente.

Y lo más importante era que ahora tenía una familia que antes no tenía. Kim tenía primos y yo había encontrado una amiga en Teejay. Puede que Kincaid me dejara incrédula y confusa, pero Teejay y Ruth me habían ayudado a recuperarme y a sentirme de nuevo como un ser humano.

El conductor llevó más equipaje al coche.

"Gracias por dejar que nos quedemos. Sé que hemos pasado más tiempo del que nos hubiera gustado. Estoy deseando volver a casa, a mi propia cama. Kim, cariño, tenemos que irnos". Suspiré.

Normalmente me habría acercado y la habría cogido en brazos, pero aún no estaba en condiciones de hacerlo.

"No te preocupes, cariño", Ruth me acarició el brazo y se acercó a Kim.

Aquella mujer era maravillosa con mi hija. Era la abuela amable y gentil que nunca había tenido. Ruth comprendió rápidamente cómo ser una madre cariñosa y fue una guía en la vida de Kim. Lo hacía mucho mejor que yo. Yo lo intentaba y parecía fracasar la mayor parte del tiempo.

"Kim. Veo que tú y Tyler estáis haciendo un buen puzzle, pero es hora de que nos vayamos. Por eso tú tienes el abrigo y Tyler no".

Kim miró a Ruth con grandes ojos tristes. En aquel momento habría tenido que desatar mis armas de 'mamá tiene que ser dura', de lo contrario me habría derrumbado y habría cedido a sus deseos. Quería tanto a aquella niña y deseaba que lo tuviera todo.

"El puzzle aún no está terminado. Quiero ver la imagen". Kim empezó a colocar las piezas en el lugar adecuado para terminarlo. Parecía representar un caballo en un campo, o tal vez un tren que partía.

"Sé que no has terminado, pero por desgracia tenemos que irnos o no llegaremos a casa. Allí también tienes rompecabezas que hacer". Ruth no levantó la voz en ningún momento, hablándole con voz paciente.

"¿Sabes qué? Cuando lleguemos a casa, me sentaré a hacer puzzles contigo. Y cuando Tyler vuelva a casa dentro de una semana o dos, podréis volver a jugar juntos".

Kim dejó de hablar. Cuando estaba triste, se callaba. Aún no dominaba el vocabulario necesario para expresar todas las emociones que sentía. Asintió y se levantó. Abrazó a Tyler torpemente y dejó que Ruth le cogiera la mano. Sin tener que engatusarla ni hacerla llorar, Ruth consiguió levantar a Kim y llevarla fuera para que pudiéramos irnos.

No iba a echar de menos Aspen. Ya lo había hecho durante mi estancia allí, pues nunca llegué a ver el pintoresco centro de la ciudad ni a comer en uno de los muchos restaurantes. También echaba de menos la comida para llevar, ya que me había pasado las tres últimas semanas comiendo requesón, yogur y gelatina. Lo que me pareció mi primera comida de verdad en días fueron huevos revueltos con queso. No podía digerir nada más.

Lo que veía eran sobre todo las paredes interiores del hospital o lo que había fuera de los grandes ventanales de esta casa, con vistas a una pista de esquí - no en la que me había lesionado - lo que no hacía menos deprimente ver cómo se divertían los demás esquiadores.

Después de saludar a todo el mundo, Ruth, Kim y yo subimos a la parte trasera del gran todoterreno. Apoyé la cabeza en la ventanilla y contemplé el mundo que me había perdido en aquellas vacaciones.

El conductor se detuvo en la salida de pasajeros del aeropuerto. Abrí la puerta y salí.

"Espera un momento, querida", me dijo Ruth.

Kim y yo nos quedamos esperando y vimos cómo el conductor cogía un carrito rojo para llevar nuestro equipaje. Estaba dispuesta a caminar tranquilamente cuando Ruth apareció detrás de otro portero con una silla de ruedas.

"Había llamado antes para asegurarme de que podían ayudarnos", dijo mientras yo me sentaba con cuidado en la silla.

Mi trabajo consistía en ocuparme de las cosas que Ruth pudiera necesitar, así que me sorprendió y asombró que, sin pedírmelo, ella hubiera tomado las medidas necesarias para conseguirme una silla de ruedas en el aeropuerto.

No tenía palabras para expresar mi gratitud. Claro que podía andar, pero era lenta. No tenía fuerzas para caminar a la velocidad necesaria para viajar.

Caminar en un aeropuerto no era tanto un paseo como una especie de carrera secreta en la que todo el mundo tenía prisa por llegar del punto A al punto B. Yo no era capaz de hacer nada con prisa.

"Ven aquí, cariño". Me di una palmada en las rodillas para que Kim se subiera.

Era mejor que Kim estuviera en mi regazo en lugar de lloriquear y suplicar que la llevaran en brazos, cosa que yo seguía siendo incapaz de hacer. Había obtenido permiso para viajar. Incluso me autorizaron a volver al trabajo. Sin embargo, era incapaz de levantar nada más pesado que mi portátil. Kim pesaba definitivamente más.

Hacer la maleta, salir y subir al avión me dejó más agotada de lo que nunca había esperado. Era más actividad de la que había conseguido hacer en semanas. Afortunadamente, gracias a mi condición de discapacitada, al hecho de que Ruth era "mayor" y Kim una niña pequeña, estábamos en primera fila cuando llegó el momento del embarque anticipado.

"Bienvenidos a bordo, ¿necesitáis ayuda para llegar a vuestros asientos?". Nos preguntó la azafata nada más embarcar.

"Sí, por favor", exclamó Ruth. "Tonya se está recuperando de una operación, no puede llevar nada y yo no puedo levantar cosas por encima de la cabeza. ¿Podrías ser tan amable de ayudarnos a organizar este equipaje de mano?".

Solo teníamos un carrito con algunos medicamentos de Ruth, de los que no podía prescindir, y mi ordenador portátil. Objetos que no necesitábamos obligatoriamente, pero que no nos arriesgaríamos a llevar como equipaje. Ruth llevaba al hombro la otra bolsa pequeña, que contenía todas las actividades para mantener ocupada a Kim durante el vuelo, y nos la echábamos a los pies.

Era bueno estar de vuelta en casa. Sabía que las últimas semanas habían tenido un efecto en mi vida mayor del que podía comprender en aquel momento. Pero estaba impaciente por volver a la normalidad. O a lo que pudiera parecerse mi nueva realidad.

El asiento era bastante cómodo y, en cuanto estuvimos sentados, una azafata trajo a Kim zumo y a Ruth vino. Yo estaba demasiado cansada. Lo único que quería era cerrar los ojos. Estaba vagamente consciente mientras el avión se alejaba de la puerta de embarque y me quedé dormida.

incluso antes de despegar.

El avión descendió y sentí el cambio de altitud en el vientre. Me desperté de un sobresalto.

"¿Vamos a despegar?", jadeé.

"No, querida, el capitán ha anunciado que va a iniciar el aterrizaje. Te has quedado dormida".

"Deberías haberme despertado. Podría haberte ayudado con Kim", dije.

Miré a mi lado y vi a Kim acurrucada en su asiento como solo sabe hacerlo una niña de cuatro años, felizmente dormida.

"No se molestó y se quedó dormida poco después de ti. Me pasé todo el rato tranquilamente, sorbiendo mi vino y leyendo una preciosa novela romántica".

Kim se despertó justo cuando el avión aterrizaba. Y como había ocurrido en el primer aeropuerto, aquí también Ruth se había asegurado de que hubiera un medio para ayudarme una vez en tierra. Solo que esta vez fue en la parte trasera de un carrito de golf.

Ruth también había organizado otras cosas. Cuando nuestro conductor se detuvo delante del piso, una mujer a la que reconocí porque organizaba actos benéficos, bajó del coche y se unió a nosotros en el camino que conducía a la puerta principal.

"Oh, bueno, Gayle, espero no haberte hecho esperar", dijo Ruth. "Tonya, ¿te acuerdas de ella?".

"Claro que me acuerdo. Me alegro de volver a verte. Pero, ¿qué haces aquí?"

"La señora Van Kirk me ha contratado para que te ayude con Kim. No es el tipo de trabajo que suelo hacer, pero pensó que te sentirías más cómoda con alguien con quien hubieras trabajado antes y no con una extraña auxiliar de asistencia domiciliaria", contestó Gayle.

"Ruth, ¿me has contratado una niñera?". Las lágrimas me nublaron la vista y, por enésima vez, la abracé. Nunca había abrazado a mi jefa antes de este viaje y ahora no podía dejar de hacerlo.

"Vendré aquí durante las horas de la tarde y te ayudaré a acostar a tu hija", me explicó Gayle.

"Vaya, gracias. Pasa. Es una sorpresa tan inesperada, pero totalmente bienvenida. Gracias de nuevo".

KINCAID

S eis semanas después del accidente de Tonya

La primavera llenaba el aire de demasiado polen. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Bueno, a decir verdad, había tenido ese maldito dolor de cabeza desde que apenas había conseguido volver de San Diego y la resaca que había durado varias semanas.

Ryan estaba enfadado conmigo. Todavía. Le había dado mucha importancia a Ruth Van Kirk. No había pensado en absoluto en ella ni en lo vital que era para nuestro negocio, para nuestro futuro. Resultaba que era la mujer que había atravesado el País con mi hija, de la que no sabía nada hasta aquella famosa noche.

Vio lo peor de mí. Vio a un hombre que, ante lo inesperado, en lugar de manejar la situación de forma racional y reflexiva, se puso frenético, como un niño en lugar de como un adulto.

No vio mi competencia ni mi capacidad para manejar una circunstancia difícil. En cambio, vio mis nervios a flor de piel y ni un ápice de profesionalidad. ¿Cómo podía? En aquellos días, yo ya estaba nervioso cuando se trataba de Tonya y su estado. Me sentía desesperado e impotente. No estaba a la altura de la situación.

Así que me emborraché aún más. Un gran error. Un *enorme* error, uno que Ryan no me dejaría olvidar.

Había tenido razón, su corazonada sobre por qué Ruth había comprado aquellas escuelas había dado en el clavo. La noticia había aparecido en todos los periódicos. La filántropa Ruth Van Kirk había comprado dos edificios escolares en desuso en Baltimore. En lugar de desarrollar aquellas propiedades en beneficio propio, las había donado a HomeWorks, una organización cuyo objetivo era transformar espacios alternativos en viviendas para familias con bajos ingresos. Cada vez con más frecuencia, llegaba a mi mesa un artículo de periódico o un comunicado de prensa sobre el estado de desarrollo del proyecto.

Ryan seguía su evolución como para torturarse. Seguramente para atormentarme a *mí*. Otro artículo, marcado con tinta roja, recortado y grapado a una hoja de papel tamaño carta, llegó a mi mesa. Lo ignoré.

Llevaba allí desde que entré aquella mañana. Tenía clientes con los que contactar, correos electrónicos que responder, llamadas telefónicas que hacer. No tenía tiempo para escuchar las críticas de Ryan ni para recordarle que la había *jodido* en proporciones épicas.

Ryan entró en mi despacho y se acomodó en la silla de enfrente. Seguí trabajando. Dijo lo que tenía que decir y se marchó. Últimamente se había convertido en una especie de rutina. Tras unas dos semanas de rozar el intercambio de golpes, ambos dimos marcha atrás. No por un sentimiento de obligación entre hermanos, sino porque nuestra ayudante Lori nos regañó.

"No sé exactamente qué está pasando. Parece un asunto familiar, así que tratadlo en vuestro tiempo libre. La próxima vez que os enfrentéis, llamaré a la policía para que os detenga. Y entonces me marcharé, llevándome la mitad de esta oficina conmigo, y pagaréis el subsidio de desempleo porque los dos habéis creado un ambiente de trabajo hostil. No soy la única que se pone nerviosa e incómoda cuando empiezan los gritos. ¿Obligaste a tu madre a soportar este tipo de comportamiento? Siento que ella tuviera que lidiar contigo durante tu adolescencia".

Después dejé que Ryan se desahogara e hice todo lo posible por no intervenir. Le dejé divagar porque una parte de mí sentía que tenía razón. Había puesto en peligro nuestro negocio con mi comportamiento. Estaba intentando obtener información valiosa de Tonya y dejé que mi afán sustituyera a mi concentración. Y luego había perdido la cabeza por la ira.

Me quedé mirando el monitor del ordenador. No leí nada más mientras esperaba a que ella dijera algo. La tensión se acumulaba en mis hombros. ¿Habría querido continuar el discurso?

Le eché una mirada rápida. Estaba sonriendo. *¿Pero qué coño...?*

"¿Qué es esa cara de idiota que tienes?". Asentí en su dirección.

Se inclinó hacia delante y empujó el memorándum de esta mañana sobre cómo había jodido las cosas con Ruth. "¿Has leído esto?"

Deslicé el papel más lejos. "No. Había dejado de leerlos hacía semanas. Ryan vigilaba las repercusiones de mis actos y no veía la necesidad de redoblar sus esfuerzos.

"Tienes que leer éste". Me lo devolvió. Aún tenía esa estúpida sonrisa en la cara.

"De acuerdo". Cogí la página y la examiné. No había ningún regocijo: Van Kirk y HomeWorks habían entrado en funcionamiento, y las licitaciones se habían enviado exclusivamente a una corta lista de contratistas. Dejé de leer. Ryan debía de haberlo intuido. Se había enterado antes que nadie y había contado conmigo para conseguir esa invitación a licitar.

"¿Cuántas veces tengo que decir que lo siento?"

"Creo que después de esta, estaremos bien", dijo Ryan.

No me lo esperaba. "¿Qué bebiste?"

"Eres idiota. Lee todo el artículo, *imbécil*".

Sus insultos habían vuelto al nivel de las bromas amistosas entre hermanos. ¿Acaso un milagro le había sacado aquel palo punzante del culo? Me desplazé por la primera parte de la noticia y encontré la parte que decía 'invitado a pujar'. Bradshaw estaba allí. No era inesperado, me había topado con ellos más de una vez a la hora de presentar ofertas competitivas. No reconocí los nombres de los dos siguientes, pues eran de otras zonas. Y entonces allí estaban, en blanco y negro: Thomas & Thomas.

"¿Es una broma?", pregunté, golpeando el papel contra el escritorio.

Ryan negó con la cabeza. Esta mañana me ha llamado Tonya. Mañana recibiremos un dossier informativo en el que se detalla el alcance del proyecto. La semana que viene está prevista una inspección de las propiedades y podremos hacer preguntas. Después, tardaremos seis semanas en presentar ofertas y nuestra propuesta sobre cómo realizar el edificio".

Me quedé mirándole, atónito. Teníamos seis semanas para elaborar una oferta y una propuesta. Eso era mucho trabajo en poco tiempo. Entrecerré los ojos: conociendo a Ryan, se había preparado para presentar una propuesta al instante cuando había especulado.

"Nos han dado un presupuesto para la propuesta. Podremos concentrarnos en organizarlo todo y no incurrir en gastos excesivos. Me gusta que también nos hayan dado un presupuesto de referencia para la renovación, así no tenemos que adivinar cuál es el suyo", explicó Ryan.

"Déjame adivinar, ¿medio millón es insuficiente?"

Negó con la cabeza. "Es un presupuesto muy generoso. Nos dará margen de maniobra".

Parecía un trato hecho, al menos durante las próximas seis semanas sabía en qué me iba a centrar. Respiré hondo.

"¿Hablaste con Tonya? ¿Qué te ha dicho?"

Entrecerró los ojos y negó lentamente con la cabeza. "¿Seguro que quieres saberlo?"

Cerré los ojos y me volví a sentar en la silla. *¿Tan malo podía haber sido?* "Venga".

"Ella dijo, y cito textualmente, 'no fue gracias a Kincaid que Ruth decidió invitarte a pujar'. Y luego siguió hablando de lo increíble que había resultado ser a pesar de tener un hermano despreciable como tú".

"¿De verdad dijo eso?" Sonaba tan poco profesional como yo.

"Sí, pero no durante la llamada telefónica. Recuerda que estuve con ella casi una semana y media en Aspen. En aquella ocasión tuvo palabras muy bonitas para ti. Lo siento, hermano mayor, pero no te mencionó en absoluto en la llamada telefónica de esta mañana. Pero dijo que yo le había caído bien a Ruth después de nuestro tiempo juntos. He limpiado tu desastre". Me fulminó con la mirada: "Ahora es cuando tienes que decir *'gracias, haré todo lo posible por no volver a ensuciar'*".

Gruñí. Tenía razón. "Gracias por cuidar de Tonya y ser amable con Ruth. Haré todo lo que esté en mi mano no solamente para no volver a estropear esa oportunidad, sino para hacerla realidad para ti. Por nosotros".

Se levantó, con una amplia sonrisa en la cara. "Así está mejor. Ahora os invito a comer a todos, porque a partir de mañana estaremos demasiado ocupados y no podremos tomarnos tiempo ni para comer. Prepáralo todo, nos vamos dentro de treinta minutos". Salió de mi despacho a paso ligero.

Una semana después, descubrimos que la sesión de preguntas y visitas no había sido exclusiva.

"James Bradshaw, me alegro de verte", dijo Ryan al entrar en la sala de conferencias de uno de

los mejores hoteles de Baltimore. Se estrecharon la mano y luego todos se presentaron. Los otros dos bufetes eran de Nueva York y Atlanta, respectivamente.

"No esperaba que la competencia estuviera allí", dijo uno de los de Atlanta.

"Es lógico. Así todos tenemos la misma información y el cliente no tiene que responder a las mismas preguntas una y otra vez", replicó James Bradshaw.

"Parece una excursión escolar. ¿Alguien ha visto las propiedades en persona?"

"Todavía no, caballeros", respondió Tonya al entrar en la sala de conferencias. "Gracias por venir esta mañana".

Se me apretó el pecho. Tenía buen aspecto, fuerte y sano. Estableció contacto visual y sonrió a todos los presentes menos a mí. La forma en que lo hizo fue hábil; nadie excepto yo se fijó en él. Era como si yo fuera completamente invisible para ella.

"Me llamo Tonya Bryant. He mantenido conversaciones telefónicas con la mayoría de vosotros. Espero que todos se hayan presentado. Esta mañana tenemos una agenda muy apretada. Me gustaría repasar algunos detalles con vosotros y responder a todas vuestras preguntas sobre los paquetes de información que recibisteis la semana pasada. Después visitaremos los dos emplazamientos. También estarán allí un representante de HomeWorks y un ingeniero arquitecto de la ciudad. Entonces podrás hacerles preguntas más detalladas y específicas sobre la propiedad. Ruth Van Kirk se unirá a nosotros para comer y concluiremos con más debates y preguntas. No dudes en hacer fotos. Se te ha enviado un juego completo de planos, tomados de los archivos municipales. Empecemos, ¿vale?".

TONYA

S eis semanas después...

"Tonya, querida, ¿podrías reservar una sala de conferencias en el Waterfront Marriott? Y organizar también el catering del almuerzo", dijo Ruth al entrar en mi despacho. Se había levantado relativamente pronto para lo que era habitual en ella.

Claro que, con el buen tiempo, era más fácil ocuparse de los negocios a una hora más temprana. O al menos así parecía comportarse Ruth. Si hacía demasiado frío por la mañana, permanecía más tiempo en su habitación, y si hacía demasiado calor, se acostaba antes.

Llegaron las propuestas para el proyecto HomeWorks de renovación de la escuela. Asistí a las presentaciones finales. Todos habían presentado las renovaciones de edificios escolares más bonitas que yo había visto nunca. Yo no pensaba en nada similar. Sabía organizar y planificar, pero no era una de esas personas capaces de mirar un espacio y pensar en distintas formas de dividir los espacios vitales.

Tenía mis preferencias y también tenía prejuicios, tanto positivos como negativos. Debido a estas consideraciones negativas, me abstuve de participar en el proceso final de toma de decisiones.

Gayle, que fue de gran ayuda durante mi convalecencia, había empezado a trabajar en el despacho de Ruth sin problemas. No era en absoluto mi ayudante, sino la segunda asistente de Ruth. Y me gustaba tenerla cerca. Organizar una gran fiesta de recaudación de fondos cada dos meses era una cosa, formar parte de un enorme proyecto de regeneración urbana era algo completamente distinto, y necesitábamos desesperadamente una segunda persona. Gayle pudo participar en el proceso final de toma de decisiones, una de las ventajas de no acostarse con uno de los contratistas.

"Entonces, ¿hiciste tu elección?", le pregunté.

"Sí". Ruth se sentó y cruzó las manos sobre el regazo. "No quiero que te enfades. Necesito que mantengas una actitud profesional durante todo el proyecto".

Me estremecí por dentro. Sentí los nervios a flor de piel y me mareé durante una fracción de segundo. Estaba emocionada y aterrorizada. Comprendí que había encargado el trabajo a Thomas & Thomas.

"Elegiste a Ryan y a Kincaid, ¿verdad? No tienes que preocuparte por mí, Ruth. Puedo tratar a ambos hombres como simples gestores de proyectos con los que no tengo ninguna relación fuera

del trabajo."

"Bueno, espero que hagas de intermediaria para ello. Quiero que este proyecto de reurbanización salga adelante, sin contratiempos, como una de mis fiestas. Espero que todos los que asistan a la comida de inauguración se lo pasen bien".

No podía prometer que disfrutaría de nuevo estando tan cerca de Kincaid. Habían pasado un par de semanas desde que lo vi en la presentación final. Tenía buen aspecto con traje y corbata. Demasiado bien, sobre todo para alguien con quien estaba enfadada. No debería haber permitido que alguien que me había hecho tanto daño siguiera fascinándome tanto.

Sin embargo, pude prometerle que me comportaría como si estuviera disfrutando. Nadie necesitaba saber la verdad sobre cómo me sentía. Y haría todo lo posible por dirigir el espectáculo entre bastidores, como siempre había hecho con Ruth.

Me puse de acuerdo con el hotel para organizar una reunión y el catering. Envié mensajes e invitaciones por el calendario y telefoneé personalmente a todos los implicados. También hablé con Kincaid. Por la forma en que reaccionó ante mí, tuve la impresión de que me trataba igual de bien. Ahora éramos unos completos desconocidos. A partir de entonces no habría nada más entre nosotros: lo que habíamos sido en el pasado había quedado olvidado.

El lanzamiento oficial del proyecto comenzó con un almuerzo, que terminó con la ceremonia de inauguración de los edificios. Se invitó a los miembros de la prensa a la segunda parte de la tarde, cuando se retiraron los tablonos de contrachapado que cubrían la antigua entrada principal de cada edificio escolar.

En cada lugar, Ruth pronunció un breve discurso en los escalones que conducían a la escuela amurallada. Luego entregó una palanca a los hombres y les dejó trabajar.

Kincaid la utilizó para arrancar las tablas de los clavos que las sujetaban. Todos vitorearon y aplaudieron cuando cayeron las tablas, pero yo no pude evitar notar cómo se tensaban aquellos músculos que antes tanto adoraba. Era un hombre grande y fuerte, y las mangas cortas de la camisa que llevaba estaban tensas por sus enormes bíceps.

Ryan también tenía brazos grandes, pero nunca me había atraído como Kincaid. Pude admirar la ceremonia de inauguración del segundo edificio porque no me distrajo el hombre que rasgaba y desgarraba madera contrachapada.

Tras la apertura oficial de las puertas, Ruth entregó a cada hombre, el representante de HomeWork y el ingeniero de estructuras de la ciudad, un sombrero de albañil, y entraron en los edificios. Cada vez Ruth se quedaba en la parte delantera, mientras los demás se paraban justo dentro de la puerta para hacer fotos.

Yo me quedé en la acera con los pocos fotógrafos y reporteros que seguían este tipo de acontecimientos. Como persona de contacto oficial de Ruth, me encargaba de responder a todas las preguntas del día después de sus discursos.

Al día siguiente empezó el verdadero trabajo.

Unas semanas más tarde entré en el aparcamiento del *complejo A*. Hubo un murmullo de llamadas mientras el equipo se gritaba unos a otros que yo estaba en la propiedad. No sabría

decir si se trataba de una advertencia de cortesía, como cuando en el ejército alguien anunciaba siempre la presencia de un oficial, o si se trataba más bien de advertir a todo el mundo de que dejara de insultar como un marinero de permiso.

Kincaid vino hacia mí cuando me acerqué. Me miró fijamente desde el rellano trasero. "*Necesitas un casco para estar en esta zona*", gritó.

Me puse el casco que llevaba bajo el brazo en la cabeza y le di unos golpecitos con los nudillos para conseguir el efecto deseado. "Lo sé. Creía que estabas en el *complejo B*".

No había planeado encontrarme con él. *Soy una profesional, puedo hacerlo*, pensé.

Moviendo el maletín que llevaba, lo abrí y saqué una carpeta. "Necesito algunas firmas para esto. ¿Puedo dejártelo?"

"¿Por qué no lo has enviado a la oficina?"

"Porque no soy un correo. Ruth quería que hiciera fotos del trabajo en curso. No puedo hacerlo desde la oficina", señalé.

Dejó escapar un largo suspiro por las fosas nasales dilatadas. Juro que no hacía falta ser una bestia mitológica para que le saliera vapor de la nariz. El tiempo era abrasador, el vapor era claramente producto de mi imaginación. Pero si alguna vez hubo un hombre capaz de echar humo por la nariz de pura rabia, ese sería Kincaid.

"Tengo trabajo que hacer. No tengo tiempo para hacer de niñera y guiarte cuando te presentas así sin avisar".

"No hace falta que me hagas de niñera. Puedo moverme sola". Le hice un gesto con el dorso de la mano para apartarlo. "Vete a trabajar. No, espera. ¿Hay algo que tú o Ryan necesitéis de mí mientras estoy aquí? ¿Tenéis todos suficiente agua y Gatorade? No queremos que nadie se deshidrate con este calor".

Kincaid ya había empezado a alejarse de mí. Se volvió lentamente hacia mí. "Es un bonito pensamiento, pero ya nos hemos ocupado de todo. Y que yo sepa, no, no necesitamos nada de ti. Mantente alejada de la escalera norte, no subas al tercer piso y evita por completo el ala norte".

"Bien, lo haré".

Kincaid empezó a alejarse. No había dado más de unos pasos cuando se detuvo y señaló a la izquierda. "Por ahí está el norte".

"Sí, gracias", dije.

Esperé a que volviera a entrar, antes de subir las escaleras - las provisionales de madera, a la espera de las definitivas de hormigón - y le seguí al interior del edificio.

Mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse de la luz del exterior a la penumbra del interior. Señalé al norte y me recordé a mí misma que no debía ir en aquella dirección. Me volví hacia la derecha y empecé a explorar las habitaciones. Eran aulas antiguas, con techos altos y paredes cubiertas de pizarra.

Sabía por las presentaciones que la reconstrucción las conservaría y reutilizaría. La primera sala

que miré estaba vacía. Ni siquiera había recuerdos pegados a las paredes. Hice una foto para Ruth. La mayoría de las salas de aquel pasillo eran iguales, pero a algunas les faltaban las pizarras. Cuando llegué al final del pasillo descubrí por qué todo lo demás estaba tan vacío.

Aquella sala estaba atestada de pilas de viejas sillas de plástico y de esas combinaciones de sillas de medio escritorio. El plástico y el metal posmodernos de aquellas sillas chocaban con los detalles de principios de siglo de la arquitectura. Hice más fotos.

Con confianza, abordé las escaleras del sur y subí al segundo piso. La ausencia de daños en las paredes y el techo del piso inferior era notable en comparación con la casi destrucción de aquel piso. Hice más fotos mientras me dirigía con cuidado hacia donde vi al equipo haciendo algunos trabajos.

"Creí haberte dicho que te mantuvieras alejada de este piso". Las palabras de Kincaid fueron tan duras como la mano que me había apretado en el codo.

Me estremecí, pero me sujetó con fuerza.

"Este es el segundo piso. Y utilicé las escaleras del sur".

Dejó escapar un suspiro exasperado. "Este es el tercer piso, entraste por el segundo. Las elevaciones de la entrada son diferentes de delante a atrás. Ven conmigo antes de que te caigas al suelo".

Tropecé mientras me arrastraba con él.

"¿Sabes caminar?"

Antes de que pudiera protestar porque me arrastraba, me levantó y me llevó más allá de las habitaciones donde había hombres trabajando. Oí sus risitas mientras pasábamos.

"Puedo caminar, puedes bajarme".

"Te bajaré cuando sepa que estás a salvo. No sé si puedo confiar en ti cuando caminas con las piernas. No quiero que vuelvas a hacerte daño".

KINCAID

Dos meses después, más o menos...

No hay nada como una tormenta inminente de proporciones catastróficas para descubrir todos los defectos de un diseño perfecto. Encontramos grandes daños estructurales en el complejo A, el mayor de los dos colegios. Esto significaba que las obras allí se ralentizarían mientras trabajábamos con los ingenieros estructurales para llevar a cabo los trabajos de refuerzo necesarios en el edificio.

Sabíamos que el ala norte estaba en mal estado. Al parecer, nadie se había dado cuenta de lo mal que estaba. Existía la posibilidad real de que no pudiéramos salvar parte del edificio. Como un cirujano ante una amputación, queríamos asegurarnos de conservar la mayor parte posible de la estructura original.

El proyecto actual implicaba experimentar con formas de conservar la primera y la segunda planta, crear una nueva línea de tejado y perder potencialmente la tercera planta.

Los planes iban desde crear una terraza para fiestas en el tercer piso hasta un espacio ajardinado comunitario. Sabía que Ryan y la mayor parte de las personas implicadas querían salvar el tejado de aquella parte del edificio. Pero si eso no era posible, teníamos que tener la oportunidad de movernos en aquella dirección.

El retraso en el calendario había hecho que una gran parte del complejo A no estuviera lista para el comienzo de la temporada de lluvias de otoño. Faltaban ventanas, había grandes secciones del tejado con agujeros y una sección del suelo con más huecos.

Por eso mi equipo y yo trabajábamos sin descanso para reforzar e intentar crear alguna forma de protección contra las inclemencias del tiempo.

El edificio había sufrido muchos daños a lo largo de los años y sobreviviría a otra tormenta. Sin embargo, no quería que el trabajo que habíamos realizado con tanta diligencia resultara dañado por las inclemencias del tiempo. Unas tablas de contrachapado, colocadas estratégicamente, habrían mitigado los daños.

Lo único que necesitaba el edificio eran unas cuantas tablas.

"Kincaid, ya casi hemos terminado con las ventanas del segundo piso", me dijo Martínez, mi jefe de equipo.

Estaba golpeando las tablas y clavándolas en su sitio a lo largo del techo del segundo piso.

"Bien. En cuanto termines ahí, ven a ocuparte de esto. Yo subiré al tercero y doblaré el techo del piso superior. No creo que podamos impedir que el agua entre en el tercer piso, pero es necesario que no entre aquí."

"¿Quieres que empecemos a hacer ventanas en el tercero?"

Solté un suspiro pesado y dejé la pistola de clavos. La respuesta no era sencilla. No me fiaba de la línea del tejado en el punto más septentrional del ala. No podíamos hacer nada para reforzarlo de cara a la tormenta. Los meteorólogos habían predicho que el huracán cruzaría la cuenca de Florida y se disiparía al llegar. Pero no fue así, pues avanzó por la costa sin aminorar la marcha. Nos apresuramos a hacer lo que podíamos.

"Ocupaos del suelo por ahora. Creo que podríamos crear un cortavientos a unos diez metros del sistema de arriostramiento", dije.

"¿Un cortavientos? ¿Qué quieres decir?", preguntó.

"Quiero decir que tenemos que construir un obstáculo a través del corredor para proteger el sistema de arriostramiento. Si el tejado se derrumba, necesitamos algo que mantenga los elementos alejados del resto de la tercera planta". Mientras hablaba, indiqué con un gesto dónde debíamos colocar los travesaños. "No será bonito ni estructuralmente fuerte a largo plazo, pero debe proporcionar el apoyo necesario si ocurre lo peor".

"Lo completaremos por ti. Enviaré a los chicos arriba en cuanto terminen aquí".

Le di una palmada en el hombro en señal de agradecimiento. No había necesidad de que el equipo se quedara a ocuparse de esto. Habíamos enviado a todos los chicos a casa debido a la inminente tormenta, pero se habían ofrecido a cambio de un poco de horas extras.

Cogí las herramientas y subí al ascensor exterior. El viento se había levantado y estaba a punto de empeorar. Había empezado a llover, pero no era mucho más que una ligera brisa. Consulté la aplicación del tiempo en mi teléfono. La tormenta se acercaba muy lentamente. Significaba más tiempo para reforzarnos, pero por desgracia también significaba que se estaba haciendo más fuerte.

Era imprescindible levantar algún tipo de barricada para proteger lo que pudiéramos en el tercer piso. Tenía la sensación de que esta tormenta demostraría si seríamos capaces de salvar el tejado o si la tercera planta se convertiría en una terraza abierta.

Ya había colocado el primer grupo de refuerzos cuando oí que Tonya me llamaba por mi nombre. Debía de estar alucinando. Hacía todo lo posible por no estar nunca en la misma obra que yo. ¿Por qué demonios iba a estar aquí ahora, con este tiempo?

"Kincaid, ¿no me has oído?"

"Sí, pensaba que era mi imaginación. Quiero decir, ¿por qué demonios estás aquí ahora? Se acerca un huracán. Lo sabes, ¿verdad?"

"Intenta no ser tan condescendiente. Sé que es duro para ti. Precisamente por eso estoy aquí. Ruth no podía ponerse en contacto contigo ni con tu hermano y me pidió que comprobara las

precauciones que estáis tomando. Me quedé atascada en el tráfico al salir de Washington, de lo contrario habría llegado antes de que se fueran todos. ¿Por qué hay todavía un equipo aquí?"

"Hace horas que envié a los demás miembros a casa. Los que quedan están haciendo horas extras".

"Sí, bueno, deberían haberme informado. El otro edificio está acordonado. Y luego me entero de que sigues aquí trabajando", se mofó.

"El otro edificio está en plazo. Este no, como bien sabes".

Ella se cruzó de brazos y asintió. Joder, era preciosa. Echaba de menos cómo me miraba, su sonrisa y aquellos hermosos ojos. Ahora estaba claro que ella más bien prefería ver crecer el moho. Seguía haciéndome entrar en pánico, casi me impedía respirar.

"No puedes estar aquí arriba sin casco", conseguí decir.

"Y tú no puedes trabajar al anochecer", replicó ella.

"Fuerza mayor. No podemos dejar este lugar expuesto a los elementos".

"Pero no tuvisteis ningún problema en dejarme. Supongo que los edificios son más importantes para ti que mi vida", el comentario fue tan despreocupado y tenue que no creo que se diera cuenta de que lo había dicho en voz alta.

"Los edificios no me dan tanto miedo como tú", dije.

Me miró a los ojos y esperé ver algo dulce en ellos. A la brillante luz de las lámparas de trabajo, vislumbré el rubor en sus mejillas.

"Eres Kincaid Thomas. Eres grande y grueso. ¿Cómo puedo asustarte?", dijo, riendo amargamente.

La observé atentamente mientras pasaban los minutos. *¿Cómo me había asustado!* Me había retorcido las entrañas y me había vuelto incapaz de pensar. Me dejó sin aliento con una sonrisa. Había tenido un accidente y yo no había sabido ocuparme de ella. No había fichas ni refuerzos que pudiera colocar para ayudarla a mejorar. *¿No se daba cuenta de lo aterrador que era?*

Y no era solamente ella, también había una niña pequeña. Una versión en miniatura de ella y yo no tenía ni idea de qué hacer.

"Entraste en una zona de obras sin casco. La última vez casi te caes aplastándote contra el suelo. No entiendes lo peligrosa que es esta zona en construcción", concluí.

Soltó un largo suspiro. "No me refería a eso. De todos modos, ¿por qué los hombres están clavando tablas en el suelo y no en las ventanas?".

"Medidas de protección".

"¿Hay agujeros donde deberían estar las ventanas y estáis tapando los agujeros del suelo? ¿No deberíais haberlo hecho hace semanas? No hacéis más que perder tiempo y recursos", me dijo como si supiera de lo que hablaba.

No tenía ni idea.

"Esta parte del edificio no es lo bastante estable. No lo entiendes". Me habría llevado mucho más tiempo explicar lo que estaba haciendo que ejecutarlo realmente. Y con la tormenta que se avecinaba, no tenía mucho tiempo.

"Haz lo que quieras. Ya no me importa. No puedo... ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil?".

Se dio la vuelta y cruzó el suelo traicionero. El viento se colaba por unas grietas y agitaba su falda y su pelo. Parecía una diosa de la tormenta y todo este tiempo parecía demostrar su enfado.

Me miró cuando la barandilla amarilla de seguridad del ascensor entró en funcionamiento. El ascensor tintineó cuando ella se alejó de mi puesto.

"¡Tonya, espera!" Sin duda había salido mal. Tenía que volver a intentarlo.

Me precipité hacia las escaleras del norte y las subí de dos en dos, corriendo para alcanzarla al final.

Ella iba por delante de mí, ya había salido del ascensor y se dirigía a su coche mientras yo salía por la puerta. Seguí corriendo.

"Tonya, ¿me estás escuchando?"

Abrió la puerta del coche. Cuando se volvió para mirarme, la ira brillaba en sus ojos. "Siempre lo hice, Kincaid, fuiste tú quien no me escuchó".

Cerró la puerta del coche tras de sí, lo arrancó y se alejó. Sus neumáticos zumbaron sobre el asfalto mojado.

"¡Tonya!"

La observé alejarse. El coche derrapó al tomar la curva demasiado rápido. Conducía muy rápido. Cerré los ojos y levanté la cara hacia el cielo rogándole que redujera la velocidad. No necesitaba tener otro accidente.

El chirrido de los neumáticos interrumpió mis pensamientos. Abrí los ojos de golpe al oír el ruido evidente de un golpe. Empecé a correr.

Al girar hacia la carretera desde el aparcamiento, vi su coche, girado en sentido contrario, con una camioneta plantada contra la puerta trasera del pasajero.

"¡Tonya! No!"

TONYA

¿Por qué no había llamado y pedido a Ryan que confirmara que se había hecho todo lo posible para asegurar los edificios? No, tuve que conducir hasta Baltimore entre el tráfico para comprobarlo por mí misma, ya que todo el mundo intentaba marcharse antes de que llegara la tormenta.

Por supuesto, no pensé que las condiciones meteorológicas o del tráfico fueran tan malas como resultaron ser.... *Estúpida, estúpida, estúpida que soy.*

Me enfrenté a Kincaid, que parecía una especie de superhéroe o dios, intentando salvar el edificio.

Maldita sea.

¿Por qué tenía que tener tanto poder sobre mí, física y mentalmente? Era peor que la luna con la marea. No podía oponerme a él, aunque quisiera. Y lo deseaba de verdad. Me había costado todo lo que tenía fingir indiferencia hacia él.

Aquella noche había fracasado. Había dejado que mis emociones me dominaran. No pude alejarme de la construcción lo bastante rápido.

Estaba enfadada conmigo misma cuando, de repente, se oyó un fuerte estruendo y las cosas se torcieron, en el verdadero sentido de la palabra. Recibí un fuerte golpe en el pecho y la cabeza me dio vueltas como si estuviera en el carrusel de tazas del parque de atracciones.

Luego todo quedó en silencio. Excepto el zumbido de mis oídos, que se hizo más fuerte.

No estaba tan desorientada como para no comprender lo que había ocurrido. Simplemente no entendía *cómo* había ocurrido. Me habían golpeado, de repente. Aparté el airbag de mi cara cuando la puerta se abrió de golpe.

"¡Tonya!" Kincaid estaba allí.

Entré en crisis. No creía estar herida y no estaba especialmente asustada, pero al saber que él estaba allí para ayudarme, empecé a llorar.

"No pasa nada, cariño, ¿puedes moverte?".

"¿Sí?" Mi voz era débil y desesperada.

Se acercó al coche y apagó el motor en marcha. Me desabrochó el cinturón de seguridad antes de pasarme las manos por los brazos y luego por las piernas.

"Estoy entera", intenté reír. "¿Qué ha pasado?"

Empecé a moverme.

Su gran mano se apoyó en mi hombro y me impidió moverme.

"Has colisionado. Tenemos que movernos despacio".

"Mierda, ¿cómo está el otro conductor?". Me esforcé por levantarme. "Kincaid, estoy bien".

"Puede que tú lo estés, pero yo no. Maldición Tonya, ¿cómo puedo protegerte si sigues haciéndome cosas así?".

Parecía tan asustado, tan feroz.

Le puse la mano en la mejilla. Su barba crecida me picó en la palma. "¿De qué otra forma podría llamar tu atención?".

Estaba bromeando, pero él no. Con un gruñido, reclamó mi boca. Aquel beso significaba mil cosas: ira y resentimiento, miedo y deseo. Fue pérdida y pasión. Saboreé y sentí todas sus emociones.

Podría haberme perdido en aquel beso. Sus labios contra los míos eran un consuelo, una sensación familiar que echaba de menos.

"Me has dado un susto de muerte", murmuró, en voz baja y áspera.

"Te prometo que daré mucho menos miedo si me dejas salir de este coche", le dije.

A pesar de lo mucho que había disfrutado con aquel beso, realmente necesitaba salir de aquel coche.

"Despacio", dijo.

Me levanté, apartándome del respaldo del asiento. Me volví para mirarle y me estremecí. Tenía la espalda rígida.

"Es más que suficiente. No debes moverte hasta que lleguen los paramédicos".

"Solo vendrán si alguien los llama. Mierda, ¿dónde está mi teléfono?". Me volví para mirar el asiento del copiloto, donde había dejado la bolsa. Todos los trastos que no había limpiado de la parte trasera parecían estar en las alfombrillas. Tardé un minuto en darme cuenta de que el contenido de la bolsa estaba esparcido por todas partes. Cuando me di la vuelta, noté definitivamente la tensión en los músculos de toda la espalda.

Apoyé la cabeza en el asiento de detrás. "Vale, quizá me quede aquí. ¿Les has llamado?"

"No, pero seguro que alguien lo habrá hecho". En ese momento me di cuenta de que había gente rodeando los coches.

Kincaid estaba apoyado en el suelo del coche, junto a mi rodilla. Se estaba mojando, pero creo

que no se había dado cuenta.

"¿Está herida?", preguntó alguien.

"No estoy seguro. Parece que le molesta la espalda, así que de momento se ha quedado ahí. ¿Cómo está el otro tipo?", respondió Kincaid.

No pude ver con quién hablaba.

"Parece que se ha roto la nariz con el volante. Está sobre todo cabreado".

Oí sirenas.

"¿Son para mí?", pregunté.

"Creo que sí".

Se sentó y me cogió de la mano. Le sonreí. Él no parecía capaz de devolverme la sonrisa, las líneas de preocupación le ondulaban la frente y dibujaban una mueca en la comisura de los labios.

"Siento que sigas teniendo accidentes cuando estoy contigo".

"No es exactamente culpa tuya. Aunque, bueno, eres un poco demasiado imprudente".

"¿Te refieres a la forma en que sigo subiendo al tercer piso sin casco?".

Esto le arrancó una carcajada. "Sí, así. Tonya..."

"Kincaid". Hablamos al mismo tiempo.

"Dime, ¿qué necesitas?", preguntó.

De repente cesaron las sirenas y me vi rodeada de luces intermitentes.

"¿Está herida la conductora?" La voz sonaba más autoritaria que la de la última persona que había preguntado.

"Dice que le duele la espalda cuando intenta moverse", dijo Kincaid antes de alejarse de donde estaba agachado junto a mí.

De repente, una mujer se puso delante de mí. Me iluminó la cara con una pequeña linterna. Jadeé.

"¿Puedes decirme tu nombre?"

"Tonya Bryant", respondí.

Luego pasó a preguntarme el día y la fecha, quién era el presidente y si sabía cómo había llegado adonde estaba. "¿Tienes algún dolor?"

"No creo que dolor sea la palabra adecuada. Más bien estoy agarrotada. Como si hubiera entrenado demasiado o hubiera dado un largo paseo".

"¿Puedes moverte?"

"Creo que sí", respondí. "Solo que Kincaid no me deja. Sigue diciéndome que espere a los paramédicos".

"Bueno, nosotros somos los paramédicos. Te pondré los dedos en la cabeza y en el cuello. Dime si te duele algo, ¿vale?"

Empecé a asentir.

"Quizá no lo hagas hasta que estemos seguros", dijo.

Cerré los ojos y sentí cómo sus dedos se movían por mi cabeza y mi cuello como un extraño, pero agradable masaje. No me dolía nada.

"La verdad es que siento bien", confesé.

La paramédico se rio. "Supongo que eso es bueno, entonces. ¿Quieres probar a salir por tu cuenta?"

"Dios, sí. Déjeme salir de este coche".

Se apartó del coche y me tendió una mano. Empujé contra el airbag desinflado hasta que encontré una parte del volante en la que podía apoyarme. Lentamente me giré hacia la puerta abierta. Una pierna y luego la otra. Cogí su mano.

"Despacio".

No creía que pudiera ir mucho más despacio. Entre su prueba del dedo y Kincaid, estaba realmente paranoica por si algo iba mal. Lo último que quería era descubrir de mala gana que me había roto el cuello o algo así.

Me levanté y salí del coche. Tenía la espalda rígida, pero podía moverme.

"¿Tonya?" La voz de Kincaid era dulce, interrogante.

Me acerqué a él y le rodeé el torso con los brazos. Me apreté suavemente. Con la cabeza apoyada en su pecho, podía sentir su corazón y sus profundas respiraciones. Ninguno de los dos dijo nada durante mucho tiempo.

"¡¡Estúpida zorra!!"

Me di la vuelta cuando oí gritar un galimatías detrás de mí. Un hombre con la cara ensangrentada caminaba hacia nosotros.

Un paramédico intentó que se detuviera, pero él los apartó y siguió avanzando. Pronunció más palabras, pero no estaba claro lo que decía. O sus palabras eran confusas, o mi cabeza estaba más agitada de lo que creía.

Kincaid me movió detrás de él. "Apártate, amigo".

"No soy tu amigo, gilipollas".

Definitivamente, las palabras se estaban volviendo confusas. ¿Realmente estaba tan herido o había estado bebiendo? Me dolía pensar que nuestro accidente le había hecho tanto daño que le impedía hablar. Pero si había bebido, eso explicaría muchas cosas, como por ejemplo cómo y por

qué había chocado contra mi coche mientras estábamos en medio de la carretera.

"¡Aléjate, necesito hablar con ella!".

Realmente no quería saber lo que quería decirme. Estaba dolorida, cansada, llovía y el shock del accidente llegaría poco después.

"A partir de ahí puedes decir lo que tengas que decir", dijo Kincaid.

El hombre se acercó.

Kincaid levantó el brazo. Si el hombre se hubiera acercado un paso más, habría hecho contacto con la mano de Kincaid, y así fue. Kincaid lo empujó hacia atrás.

"Te he dicho que no te acerques. Si tienes algo que decir, dilo y vete".

¿Dónde estaba la policía? Tenían que venir a por él antes de que Kincaid cometiera una estupidez y acabara detenido.

"¡Me ha destrozado la camioneta, esa zorrilla!".

"¡Tú eres el que me ha chocado!", grité, apareciendo por detrás de la espalda de Kincaid.

El hombre intentó atacarme y yo no tenía intención de echarme atrás. Estaba demasiado cansada, pero también demasiado enfadada. Toda la ira que se había desatado en mí cuando me había alejado, volvió y me giré hacia el hombre.

"Viniste hacia mí, destrozaste mi coche, y si mi hija hubiera estado en el coche, habrías... oh, Dios sabe lo que habría pasado. Deberías considerarte afortunado de que fuera yo sola en el coche".

Kincaid tuvo que impedir que alargara la mano para golpear al imbécil.

Creo que se dio cuenta de que yo no sería una mujer dócil y asustadiza y dio un paso atrás. Estaba furiosa. Mi coche estaba completamente destrozado. Debería haberme ocupado del seguro, comprado un coche nuevo, encontrado el teléfono, todas las cosas para las que no tuve tiempo. Ni siquiera sabía cómo iba a llegar a casa aquella noche.

"Tienes que irte", dijo Kincaid con un gruñido.

Llegó un paramédico y por fin consiguió que el hombre retrocediera.

Kincaid se volvió hacia mí. "Recuérdame que nunca me meta contigo".

Me estremecí con una mezcla de adrenalina y rabia. "Entonces deja de cabrearme tanto, *idiota*".

KINCAID

"**A**hora estás a salvo", dije mientras le devolvía el abrazo a Tonya con suavidad.

Podría haberme insultado con todos los nombres del mundo. No me importaba, siempre que estuviera a salvo.

"Soy un idiota. Fui estúpido, arrogante y..."

"Insensible", añadió.

Aflojé mi agarre sobre ella para mirarla a los ojos. Sonrió.

"¿Me tomas el pelo?", comenté sonriendo.

"Nunca te paraste a pensar en lo que yo sentía sobre nosotros y Kim. Kincaid, nunca fue mi intención hacerte daño ni pillarte desprevenido. Pero..."

"Fui una idiota. No hace falta que me lo digas. Tonya, te he echado de menos. ¿Estás dispuesta a darme otra oportunidad?"

No me miró. Se secó la cara: eran lágrimas o lluvia, no estaba seguro. Tenía muchas en la cara.

"Tu sincronización es pésima. Siempre ha sido así". Apoyó una mano en mi pecho. "Esta conversación aún no ha terminado. Pero ahora mismo tengo algo igual de importante de lo que ocuparme. ¿Qué voy a hacer con mi coche? ¿Cómo voy a volver a casa?"

"Te llevaré a casa. No te preocupes".

Unas luces amarillas parpadeantes anunciaron la llegada de una grúa. Caminamos con cuidado y despacio hacia donde se había detenido.

"Esta tormenta no hará más que empeorar. No tengo tiempo de llevar los dos vehículos al aparcamiento", dijo el conductor de la grúa.

Tonya se aferraba a sus brazos. Creo que ni siquiera sabía adónde llevar su coche. La policía decidió que, como el conductor de la camioneta que la había atropellado estaba borracho, querían que le confiscaran el coche. Tonya se había quedado sola.

"¿Cómo te encuentras?", le pregunté. "¿Crees que podrás volver andando a la escuela?"

Ella negó con la cabeza. Todos sus movimientos eran lentos, bien pensados. "No lo sé. Ni

siquiera puedo quedarme aquí mirando los restos de mi coche. No servirá de nada sacarlo de la carretera. Y no puedo empujarlo. No creo que se moviera en línea recta".

"Si vuelvo un momento a la obra, ¿estarás bien aquí?"

"¿Me abandonas? Clásico de ti", comentó, mirándome divertida.

No sé cómo había conseguido no perder el sentido del humor en aquel momento. Mientras no la hiciera llorar o enfadarse, lo consideraba una victoria.

"Tengo que coger mi furgoneta. Voy a ver si encuentro una cadena y pido a algunos de los chicos que me ayuden a arrastrar tu coche hasta el aparcamiento. Al menos sabrás dónde está".

Ella asintió: "Me parece una buena idea".

La acerqué a mí y la miré profundamente a los ojos. Quería que viera la determinación en mi rostro, el sentimiento y el compromiso en mis ojos. "Ahora vuelvo".

La besé antes de volver corriendo a mi furgoneta.

Martínez estaba sentado en la suya mientras esperaba mi regreso. "Los chicos han terminado. Quería esperar y avisarte. ¿Qué ha pasado ahí fuera?"

"Tonya Bryant tuvo un accidente de coche".

"Mierda, ¿está bien? ¿Necesita ayuda?" Salió de la furgoneta y se adentró en la lluvia.

"Sí, tenemos que transportar su coche hasta aquí. La grúa no volvió a por su coche después de llevar el otro al depósito".

"Iré a por la cadena".

Puse en marcha mi todoterreno y en unos instantes Martínez estaba de vuelta.

El coche de Tonya seguía en medio de la carretera, con las luces de emergencia parpadeando. El maletero estaba abierto y había una persona con ella, recogiendo piezas rotas del coche de la carretera y metiéndolas en el maletero.

Ella estaba totalmente mojada.

"Conseguí recuperar mi bolso y encontré mi teléfono en el asiento trasero.

Ni siquiera quiero intentar ver si el asiento infantil se puede volver a utilizar. Parece sólido, pero no quiero poner en peligro a Kim". Estaba explicando lo que había hecho mientras yo iba a buscar a Martínez y la furgoneta. Sentía un vacío en el estómago.

"Joder". No había pensado en lo que podría haber pasado si mi hija, mi pequeña, hubiera estado en el asiento de atrás.

"No te preocupes por eso. Ni siquiera tengo palabras para expresar lo feliz que me hace que nuestra hija no estuviera contigo".

"¿Nuestra hija?", repitió Tonya, "¿En serio?"

"Ya hemos establecido que soy idiota. Puedes regañarme todo el camino de vuelta a Washington,

pero primero saquemos tu coche de aquí. Y salgamos de la lluvia".

"Ya estoy mojada hasta los huesos", señaló.

Todos estábamos mojadísimos, pero no había necesidad de que se quedara bajo la lluvia. Iba a parar a buscar toallas secas en el viaje de vuelta.

La ayudé a subir a la cabina del furgón. "Aquí estarás más cómoda. Siento no tener mantas".

"Yo las tengo, en el asiento trasero. No sé si están secas o no".

"¿Tienes mantas en el coche?", le pregunté.

"Tengo una niña de cinco años, así que sí, siempre llevo mantas en el coche", respondió.

"Creía que tenía cuatro años".

"¿Has oído hablar de los cumpleaños? Ha tenido uno desde...", Tonya hizo una pausa, "desde la última vez que la viste".

Ahora que admitía que tenía también una hija, pensé que debía guardar algunas mantas en el coche. La puerta se cerró y me dirigí a la parte trasera en busca de mantas. Encontré una e intenté mantenerla seca mientras corría desde su coche hasta la furgoneta.

"Gracias", me sonrió dulcemente.

Me lancé de nuevo a la lluvia para ayudar a Martínez.

"Menos mal que no tenemos que ir muy lejos. Los neumáticos del lado del acompañante están completamente deshinchados", señaló.

"Lo importante es que puedan girar".

Anclamos la cadena al coche de Tonya y luego la aseguramos a la parte trasera de mi furgoneta.

"Nos vemos ahí detrás", gritó Martínez. La lluvia arreciaba, cada vez con más fuerza.

"No quieres montar".

"No hay sitio en la furgoneta y no quiero ir en la parte de atrás con esta lluvia. Puedo correr más rápido que tú".

"De acuerdo, nos vemos allí".

Se puso en marcha y yo me subí al asiento del conductor. "Va a ser un viaje un poco movido", anuncié mientras arrancaba la furgoneta. Avancé lentamente hasta que sentí el tirón de la cadena. Sentí como si el motor se esforzara. Como no quería destrozar la parte delantera del coche averiado, mantuve la marcha baja y avancé hasta que nos pusimos en movimiento.

No hice que la furgoneta cogiera velocidad. No me hacía falta. El accidente había ocurrido a poca distancia de la escuela. Cuando giré en la entrada, el coche de Tonya no giró con nosotros.

"Oh, oh", gimió Tonya y jadeó unos segundos antes de agarrarse al asidero que había sobre la ventanilla. La furgoneta se sacudió un poco hacia un lado. Me aseguré de que su coche, que se movía en una dirección distinta a la nuestra, no tuviera suficiente fuerza de reacción para tirar de

la furgoneta. Mi vehículo aún tenía fuerza e impulso para tirar de su coche y - en aquel momento tenía más ganas de arrastrarlo que de tirar de él - llevarlo al patio trasero, donde podríamos aparcarlo correctamente.

Martínez nos estaba esperando.

Tenía razón, podía haber ido andando y haber llegado antes.

"¿Estás bien?"

Salté de la furgoneta. "Vamos a empujarla contra la alambrada, justo aquí".

Desenganchamos la cadena del coche y, empleando la fuerza bruta, empujamos el coche de Tonya contra la valla metálica. Se movió con bastante facilidad. Cuando amainara la tormenta, sería bastante fácil remolcarla.

"¡Gracias, tío!" saludé a Martínez mientras subía a su vehículo. Me había marcado darle una buena gratificación, si no un aumento.

Tonya parecía preocupada cuando volví a subir al furgón. Era como si la conmoción y el disgusto la hubieran golpeado de repente. La consola de conducción me estorbaba. Salí de la furgoneta y me subí a su lado, sosteniéndola en mi regazo. Era una situación difícil, porque ninguno de los dos era precisamente bajo de estatura. Cuando podía, conducía furgonetas grandes por un motivo concreto.

Ella se aferró a mi hombro y lloró. No pude hacer otra cosa que abrazarla mientras las emociones y la adrenalina la abandonaban. Sobre todo porque era lo único que podía hacer. Y debería haberlo hecho desde el principio, sin ser el gilipollas egoísta que había sido. La había culpado de algo que era tanto o más culpa mía que suya.

Yo era el que seguía alejándose, mientras ella me recibía con los brazos abiertos, una y otra vez. Nunca volvería a alejarme de ella, jamás.

TONYA

Me desperté dolorida y aún me sentía mojada y con frío. A pesar de ello, no me dolía el corazón por primera vez en meses. Besé la cabeza de Kim, que llevaba en la cama conmigo desde primeras horas de la noche. La tormenta era demasiado fuerte para que la soportara sola.

Se movió y se acurrucó contra la almohada.

Me levanté y abrí las cortinas para mirar por la ventana. Estaba increíblemente oscuro a causa de la tormenta. Debería haber habido una sutil luz matinal y rocío aún en la hierba. En cambio, seguía lloviendo y los árboles eran empujados de un lado a otro y, por lo que podía ver, había ramas caídas en el suelo. Lo bueno era que aún teníamos electricidad.

Iba a ser un largo día de lluvia. Volví a mirar a Kim. Seguía dormida, profundamente dormida. Decidí aventurarme a darme una ducha caliente. Aunque me quedara bajo el chorro caliente durante mucho tiempo, estaba bastante seguro de que no se despertaría.

Abrí el agua caliente y me coloqué bajo el chorro. Hacía años, cuando vivía con Teejay y Ryan de niñera, me había acostumbrado a una ducha manual con ajuste de masaje. Desde entonces me había asegurado de tener una. Ponía el chorro en masaje pulsante y dejaba que el agua caliente me diera en la espalda.

Necesitaba un buen masaje, pero no podía hacerlo hasta que hubiera pasado la tormenta. Además, era esencial esperar un par de días después de un accidente para asegurarse de que no había lesiones graves. Esta información se me había quedado grabada.

No quería salir, pero el cambio de temperatura empezaba a irritarme la piel. Salí de la ducha y me envolví en tres toallas, más de las que realmente necesitaba. Me dije que era simplemente mi reacción por haber estado demasiado tiempo bajo la lluvia la noche anterior. Estaba tan mojada que pensé que nunca me secaría.

Pensé en hacer algunos ejercicios de yoga, pero luego decidí que no. Si no podía darme un masaje en unos días, estaba casi segura de que el yoga o cualquier tipo de ejercicio tampoco sería aconsejable. Me sequé y me vestí.

No había motivo para despertar a Kim a toda prisa. Hoy no íbamos a ninguna parte. No iba a trabajar, ni ella a la guardería. Prácticamente todo, excepto los servicios de emergencia, había cerrado la noche anterior.

Cogí el teléfono y bajé las escaleras. No me apetecía desayunar ni un batido, porque aquella mañana parecía hecha para acurrucarse en el sofá con una taza de té caliente. Me envolví los pies con una manta y encendí la televisión. Recorrí los canales hasta que encontré la previsión meteorológica. Hablaban de la tormenta.

Washington y Baltimore estaban inundadas de lluvia y azotadas por fuertes ráfagas de viento, mientras que la costa, Delaware y Nueva Jersey estaban recibiendo un duro golpe. El hecho de que el huracán, como lo llamaban, avanzara tan lentamente significaba que había alertas de inundación en vigor en casi todas partes.

Apagué el televisor y me quedé pensativa, sorbiendo mi té. Escuché atentamente para ver si oía a Kim. Aún no se había despertado. Consulté el teléfono. No esperaba que hubiera ningún mensaje. Era temprano y el último mensaje que tenía era de Kincaid.

Después de que me llevara a casa la noche anterior, le había hecho prometer que me enviaría un mensaje para decirme que había vuelto sano y salvo.

Volví a leer sus palabras: *Llegué a casa, sano y salvo. Gracias por preocuparte por mí.*

Había muchas formas de interpretar aquel mensaje.

Recibí un mensaje: *¿Estás despierta?*

Era Kincaid. No pude evitar sonreír.

¿No sigues enfadada conmigo esta mañana?

¿Qué quieres decir? tecleé rápidamente. *¿Enfadada?* Claro que no.

Espero que eso signifique que aún te gusto, porque hacía meses que no me despertaba tan feliz. Te he echado de menos, Tonya.

Yo también te he echado de menos. ¿Adónde íbamos con esto? ¿Ibamos a empezar de nuevo? ¿Qué vas a hacer hoy? pregunté.

No puedo hacer mucho con este tiempo, respondió casi de inmediato.

¿Por qué te has levantado tan temprano?

Sabía que te levantarías temprano. Quería saber cómo estabas.

Decidí interrumpir la conversación por mensaje, para oírle verbalmente.

Me contestó en tono somnoliento.

"Me duelen los pulgares", dije. "Buenos días. Pensé que sería más fácil hablar, ya que los dos estamos despiertos".

Soltó un gemido bajo.

"¿Es demasiado pronto para hablar?", añadí riendo.

"Para ti no. ¿Ves qué buen tiempo hace hoy? ¿Cómo te encuentras?"

"Un poco dolorida. Me he dado una ducha caliente".

"¿Necesitabas más agua, después de la de anoche?"

Me eché a reír. Estábamos pensando exactamente lo mismo. "Sí, pensé que un poco de agua hirviendo en la espalda era un buen remedio".

"Me he vuelto a despertar solo, Tonya. Soy consciente de que es culpa mía, pero quiero que estés aquí conmigo".

"Kincaid", insinué.

"No, escúchame. Te prometo que esta vez lo digo en serio".

"Lo sé y lo entiendo, de verdad. Yo también te quiero... nos quiero, pero no podemos pasar de la rencorosa a la convivencia".

"¿Por qué no?"

"¿Ni siquiera has conocido a tu hija y ya estás preparado para que nos vayamos a vivir juntos? Lo único que sabe de ti es que eres un hombre grande y aterrador".

"No doy miedo", se quejó él.

"Para una niña de cinco años que mide metro y medio sí lo eres. Y tú eres un gigante", repliqué, burlándome de él. "Mira, Kincaid, creo que estamos de acuerdo en lo que queremos que pase entre nosotros, pero ¿no deberíamos tomarnos las cosas con calma? Aún tengo que hablar con mi compañía de seguros para comprar un coche nuevo. No tengo medios para empezar a hacer las maletas para mudarme. Me entiendes, ¿verdad?"

Guardó silencio un momento.

"Claro que te entiendo. Estoy dispuesto a proceder con toda la calma que necesites. Sé lo importante que eres para mí y estoy dispuesto a esperarte eternamente".

Sentí que mis mejillas se sonrojaban. No había nadie que pudiera verlo, pero era evidente que eso era lo que sentía.

"Después de esto, creo que podría enamorarme de ti. ¿Te gustaría venir a comer hoy? Eso si no puedes salir antes de que empeore la tormenta. No, perdona, no debería habértelo preguntado, no importa. El caso es que me encantaría verte y hablé sin pensar".

"Vendré nadando si hace falta", dijo, "porque si crees que puedes quererme, soy capaz de hacer cualquier cosa".

"Si tienes que venir nadando, creo que quizá tengamos problemas mayores que resolver", dije.

"Si es así, quiero estar en el mismo sitio que tú. ¿A qué hora es la comida? ¿Necesitas que lleve algo?"

Le dije que viniera sobre las once y media. Aunque necesitara algo, dudaba que encontrara un lugar abierto entre aquí y donde vivía. Era demasiado peligroso vagar por las calles. No quería que corriera riesgos innecesarios, pero no creía que pudiera impedirselo. No después de haberle invitado yo misma.

Cogí mi taza de té vacía de la cocina y subí las escaleras. Era hora de ver si Kim quería

levantarse y prepararse para nuestro día. Necesitaba que estuviera preparada no solo para el encuentro con Kincaid, sino, lo que era más importante, psicológicamente, para conocer a su padre.

Me metí en la cama junto a ella y me acurruqué. Hacía calor y la tentación de cerrar los ojos y volver a dormir era muy fuerte. Miré el reloj. Aún no eran las siete. ¿Por qué apresuraba a mi hija a salir de la cama cuando lo único que íbamos a hacer hoy era ver la televisión y tal vez lavar la ropa?

Cerré los ojos, atraída por su calor y sabiendo que ya no tenía que defenderme de Kincaid.

Me desperté cuando Kim me llamó en voz alta. "Mamá, levántate".

Dormí poco más de una hora. Esa vez ayudé a Kim a incorporarse y a seguir su rutina matutina. Cuando estuvo vestida, bajamos y preparé el desayuno.

"¿No hay colegio?", preguntó.

"Hoy no, cariño. Sigue habiendo una fuerte tormenta fuera".

"¿Y no vas a trabajar?"

"Así es. Nos quedaremos dentro y podremos hacer lo que queramos. ¿Te apetece hacer un puzzle?"

No le apetecía, así que saqué unos libros para colorear y nos pusimos a dibujar unicornios y ponis con largas melenas.

Cuando Kincaid estaba a punto de llegar, había lápices de colores y piezas de puzzle esparcidas por el suelo del salón. ¡Tuve que decirle que venía, antes de que apareciera por la puerta! Miré a mi alrededor y decidí que tenía que aprender a lidiar con el desorden que supone tener con una niña de cinco años. Yo no iba a limpiar, hoy no.

"Cariño, ¿recuerdas cuando viniste a visitar a mamá en la nieve?". Tiré de Kim hacia mi regazo.

Asintió con la cabeza.

"Había un hombre allí. Se enfadó mucho y se fue. ¿Te acuerdas de él?"

Ella negó con la cabeza. Era bueno que no guardara ese recuerdo. Las cosas podrían haber cambiado en cuanto volviera a verle o a oír su voz. Que el recuerdo no estuviera en el primer plano de su mente no significaba que no estuviera ahí.

"No hay ningún problema. No tienes por qué acordarte de él. Pero si lo recuerdas, quiero que sepas que es amable y que ya no está enfadado".

"De acuerdo", intentó zafarse de mi regazo. Sus juguetes eran más interesantes que todo lo que tenía que decir.

"Va a venir a comer. Sé que eres tímida, lo cual está bien, pero no tienes por qué preocuparte".

Tímida, podía soportarlo, pero no quería que le tuviera miedo.

KINCAID

Encontré a Kim. Era menudita y perfecta.

Era innegable que su aspecto se debía a mi genética y a los rasgos de mi familia, pero de algún modo también se parecía a Tonya. Era la combinación perfecta de nosotros dos. Tenía el pelo dorado de su madre, pero los ojos grandes procedían de mi lado de la familia.

Kim me miró desde detrás del lado de Tonya.

"Puede ser un poco tímida", me explicó ella mientras yo estaba de pie, empapado, delante de la puerta de su casa. "Deja que te traiga una toalla. Siento haberte invitado a salir con este tiempo".

Le agarré la muñeca y se la apreté, haciendo que se volviera hacia mí. Cogí su otra mano y me quedé mirando su hermoso rostro. "No lo sientas. No pasa nada. Vendré siempre que me llames, ¿lo entiendes?".

Se inclinó más hacia mí y apretó sus labios contra los míos. "Qué bonito lo que dices. Gracias. Ahora vuelvo".

Observé cómo balanceaba seductoramente el trasero mientras subía las escaleras. Mi vista se vio interrumpida por la presencia de Kim, pegada al lado de su madre.

Joder, era mi hija. Yo había ayudado a crear a aquella personita. Era mía. Las dos eran mías y yo tenía que dar un paso adelante y demostrar que era el hombre que siempre había afirmado ser.

Me quité la chaqueta y la colgué del pomo de la puerta. No sabía dónde más colgarla para que no se mojara el suelo. Me desaté y me quité las botas. Ni Kim ni Tonya llevaban zapatos. No estaba seguro de si era una norma de la casa o si iban sin ellos por alguna razón en particular. Pensando que mis calcetines secos serían más bienvenidos en el suelo que mis botas mojadas, los coloqué justo al otro lado de la puerta.

"Aquí tienes". Tonya me tendió una toalla. Me la pasé por el pelo y luego me sequé los vaqueros. Por suerte, no se me habían mojado demasiado las piernas en el trayecto del furgón a la puerta.

"¿Mejor?", me preguntó cuando terminé de fregarme.

"Mucho mejor. No sabía qué hacer con la chaqueta y los zapatos". Me volví y los señalé.

"Hay una pequeña ducha en el baño de abajo. Podemos colgarlo allí".

La cogió, tendiéndosela, evidentemente para no mojarse. Con la otra mano señaló unas puertas que había bajo la escalera. "La segunda puerta".

Agarrando mis botas y cogiendo mi chaqueta de sus manos, me dirigí hacia el cuarto de baño. Era pequeño. La cabina de la esquina apenas podía llamarse ducha. En medio había una barra de ducha suelta que evidentemente se utilizaba para colgar objetos mojados. Ingenioso. No debería haberme sorprendido. Tonya siempre había demostrado ser una persona llena de recursos e inventiva.

Cuando salí, Kim estaba de pie en el sofá, mirándome.

"Hola". Intenté dedicarle una sonrisa encantadora, pero sentí que me costaba. No podía intentar seducirla, ¿verdad? Era mi hija. Sin embargo, quería gustarle. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Sus grandes ojos se agrandaron aún más y corrió por el sofá para acercarse a Tonya, que estaba limpiando el desastre que yo había hecho.

Volví rápidamente hacia la puerta y cogí la toalla con la que estaba limpiando el suelo. "Deberías descansar. Deja que lo haga yo".

"¿Descansar? Ah, claro, te refieres a mi espalda. No está tan mal. Creo que me sentiré mejor cuando me den un masaje".

"Deberías ponerte una bolsa de agua caliente o algo así", dije.

"No tengo tiempo para esas cosas".

A pesar de sus palabras, me dejó terminar de limpiar el suelo.

"Puedes tirarlo en la ducha cuando acabes".

Una vez terminado, eché un vistazo a su salón. No era muy grande, pero era acogedor y estaba cubierto de piezas de puzzle y libros para colorear.

"¿Qué puzzle estás haciendo?", le pregunté a Kim.

No se dirigió a mí, sino que señaló un puzzle a medio terminar con gatitos como imagen.

"¿Puedo ayudarte?". Me senté en el suelo junto al puzzle y cogí una pieza. No era uno de esos de quinientas piezas, sino un puzzle infantil de treinta como mucho. Formas grandes y únicas que encajaban fácilmente para revelar un diseño de una cesta de gatitos peludos.

Encajé una pieza y me tomé mi tiempo antes de insertar la siguiente. Kim, que seguía en el sofá, me señaló dónde debía colocar la pieza en la mano. La coloqué. Repetimos este proceso con las cuatro últimas piezas.

Le entregué la última pieza. "¿Quieres colocar ésta?".

Cuando la colocó, completando el puzzle, levanté la mano y animé: "Choca esos cinco. Trabajo en equipo".

Me dio una palmadita en la mano y se deslizó hacia el lado opuesto del sofá.

Levanté la vista y vi que Tonya nos sonreía. Apretando el puño contra el pecho para que Kim no

se diera cuenta, le levanté el pulgar a Tonya. Ella volvió a sonreír y asintió. *Hasta ahí, todo bien.*

En la comida comimos bocadillos de queso a la plancha con sopa de tomate. Después de comer, me senté en el suelo y Kim se sentó detrás de mí en el sofá mientras veíamos remakes en acción real de dibujos animados que yo había visto de niño. Su cercanía hizo que algo se apretara en mi pecho. Era una emoción parecida, pero distinta de la que Tonya despertaba en mí, una que me atenazaba el corazón.

Sabía lo que era. No sabía si estaba preparado para reconocerlo o no. Me sentía fuertemente protector sin estar enamorado. O al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

Cuando terminó la película, Kim se había quedado dormida.

"Deja que la acueste para la siesta. Ahora vuelvo", dijo Tonya. Se acercó y se inclinó hacia mí para coger a Kim en brazos.

Le puse las manos en las caderas para detenerla. Se levantó y me miró. Le acaricié las caderas, mirándola. "Déjame llevarla. Tienes que cuidar tu espalda".

"Kincaid". Tonya suspiró por mi nombre y yo quise hacer algo más que mantenerla quieta.

Cubriendo mis manos con las suyas, dio un paso atrás. Solté mi agarre y me levanté. Kim no pesaba nada. Seguí a Tonya escaleras arriba y coloqué a la pequeña en su cama. Su habitación era rosa y estaba llena de animales de peluche, la mayoría gatos.

"Quiere un gato desesperadamente. No tengo tiempo para cuidarlo yo y ella es demasiado joven para ocuparse de una mascota. Quizá cuando sea más grande", me dijo Tonya después de salir de la habitación.

La atraje hacia mí y la besé suavemente. "He estado esperando para hacer esto desde que llegué".

"Kincaid", susurró. "No podemos". Su mirada pasó de la puerta de Kim a mi cara.

"Lo sé. Por eso es hora de que me vaya a casa".

"Podrías quedarte a cenar".

"Podría, pero no lo haré. Esta tarde ha sido agradable. Kim es una niña estupenda. Siento no haber estado ahí cuando me necesitaste. Ni cuando nació, ni cuando tuviste el accidente. Lo haré lo mejor que pueda, lo juro".

Cogí la mano de Tonya y la llevé escaleras abajo.

Cogí mis botas, me senté y empecé a ponérmelas. "¿Cuándo podré volver a verte?"

"¿Qué tal cuando deje de llover? Buscaré una niñera".

Negué con la cabeza. "No, creo que nuestras próximas citas deberían ser con la familia. Kim necesita conocerme. Necesito que ambas puedan confiar en mí".

Asintió y una tierna sonrisa curvó sus labios. "Ven a cenar después del trabajo dentro de un par de días, y tal vez, no este fin de semana porque quién sabe cuánto tardarán en limpiar, pero dentro de otra semana, vayamos al zoo".

"¿Al zoo? Hace siglos que no voy".

"A Kim le encanta. Verá a una niña completamente distinta de la que ha visto hoy".

"Para entonces me conocerá mejor. ¿Estás segura de que no puedo llevaros a cenar a las dos de aquí a entonces?", le pregunté esperanzado. Dos semanas parecían tan lejanas.

"Ven a cenar dentro de dos noches".

Con las botas atadas, me levanté y la atraje contra mí, donde debía estar. "Me parece una espera demasiado larga".

"Kincaid, tenemos que tomárnoslo con calma. Creo que las últimas veces que nos vimos fue demasiado rápido, y mira adónde nos llevó eso. Nos perdimos el uno al otro, dos veces. No creo que mi corazón pueda soportarlo una tercera vez. Si quieres que esto funcione, tenemos que ir despacio". Me acarició la cara y me miró a los ojos. Sentí su amor, su calidez y su emoción en aquella mirada. Dijo que sería capaz de enamorarse de mí. Yo haría que ocurriera, sin darle nunca una razón para arrepentirse.

Asentí lentamente. "Lo comprendo. Merece la pena esperar por ti. Ya te he dicho que estoy ahí. Al cien por cien. La niña necesita saber que puede contar conmigo. Tú también debes saber que puedes confiar en mí".

Declaré mi intención con un beso. Estaba dispuesto a esperar a Tonya, pero eso no significaba que no la besara en cuanto tuviera ocasión.

Me rodeó el cuello con los brazos y prolongó el beso. Me alegré de que estuviéramos en la misma onda. Entonces dejé de pensar y disfruté de la sensación de tener a Tonya entre mis brazos y sus suaves labios apretados contra los míos.

TONYA

A los ojos de cualquiera, parecíamos una familia. Técnicamente lo éramos. Kim era mía y de Kincaid. La habíamos engendrado. Sin embargo, faltaba algo entre su padre y yo... Aún no sabía lo que era. Lo sentía cada vez que los observaba y después del huracán habían estado mucho tiempo juntos.

A menudo había invitado a Kincaid a cenar. Nunca se había quejado de la comida, aunque yo sabía que estaba acostumbrado a comidas más sofisticadas. Cocinaba cosas que sabía que Kim comería. La mayoría de las veces era comida sencilla, típica de niños pequeños: nuggets de pollo, fideos, bocadillos de queso.

Cada vez me daba las gracias por la cena, diciendo que había estado sabrosa. Y si intentaba preguntarle qué quería comer, decía que no le importaba. No quería que dentro de un mes o dos se diera cuenta de que yo no era una experta cocinera.

Luego, cuando no le invitaba expresamente, se presentaba sin más. Empezaba a pensar que le gustaba de verdad. Una de aquellas noches, después de acostar a Kim, Kincaid me esperó abajo.

"Se acuesta pronto", me dijo.

"Tiene cinco años. En realidad, yo también me acuesto muy pronto". Me senté a su lado, acurrucada y acurrucada contra su pecho.

"¿Estás diciendo que no eres una persona nocturna?".

"Yo me llamaría madrugadora, al cien por cien", confesé.

"Y como dirijo un negocio de reformas en la construcción, lo comprendo. Yo también tengo que levantarme y salir muy temprano. Pero, ¿y todas esas noches hasta tarde?".

Intenté no sonrojarme. Sabía exactamente a qué se refería. "Creo que estábamos bastante ocupados".

Se retorció y me apretó contra su pecho. "Podríamos volver a estarlo, simplemente di que sí".

Le besé para distraerme y mantener la boca cerrada. Aún no estaba preparada para responderle. Habría sido demasiado fácil dejar que me desnudara y me recordara lo que era sentir su piel contra la mía. Podría haberle arrastrado escaleras arriba y retenerle en la cama hasta por la mañana.

Lentamente, me recordé a mí misma que nos estábamos tomando las cosas con calma. Necesitaba saber, tanto en mi corazón como en mi cabeza, que estaba haciendo lo correcto. Sin embargo, con los labios de Kincaid sobre los míos y la forma en que bailaba su lengua, me pregunté: *¿Por qué me torturaba así?* Le deseaba, él me deseaba. Pero, sobre todo, necesitaba saber que era la decisión correcta. No habría sobrevivido si él hubiera decidido abandonarme de nuevo. La velada terminó como de costumbre.

Durante varios días después estuve ocupada discutiendo con mi compañía de seguros, hasta que accedieron a cubrir los gastos de alquiler de un coche durante una semana. Por lo visto, no había dado parte del accidente correctamente y luego había hecho mover el coche. ¿Qué querían que hiciera? ¿Dejarlo en medio de la carretera?

Quería conseguir un coche nuevo lo antes posible. Cuanto menos tuviera que ver con su empresa, mejor. Y una vez que tuviera mi coche nuevo, podría preocuparme de encontrar una nueva compañía de seguros. No me impresionó la forma en que habían manejado mi situación.

Después de poner la nueva sillita de Kim en el asiento trasero del coche para dar una vuelta, cogí el teléfono y llamé a Kincaid.

"¿Qué vas a hacer este fin de semana?", le pregunté.

No me gustaba nada el coche de alquiler. Parecía bonito, pero era una pesadilla intentar meter y sacar a Kim de su sillita. La puerta trasera no se abría lo suficiente para que yo pudiera asomarme cómodamente para abrocharle el cinturón. El coche tenía todos los últimos y mejores sistemas de seguridad, pero sencillamente no cabía.

"Lo que tú quieras. Iremos al zoo el próximo fin de semana, ¿verdad?".

"Sí. Pero, ¿y si te digo que vayamos a comprar un coche?". Por lo visto había hecho la pregunta correcta.

Kincaid ya había investigado, sabía exactamente lo que necesitaba para sustituir mi coche destrozado. Así que cuando llegó el momento de ir a ver y probar los coches, no perdimos el tiempo.

Se sentó en el asiento del copiloto del primer coche que miramos. No cerró la puerta y salió inmediatamente. "Este, no".

"¿No debería ser mi coche?", pregunté.

"Claro, ¿pero no quieres que te acompañe alguna vez?".

Asentí. Necesitábamos un coche en el que cupiéramos cómodamente los tres. No quería que fuéramos a todas partes en su monstruosamente grande furgoneta. Necesitaba un coche familiar, aunque técnicamente aún no fuéramos *realmente* una familia.

"No cabré en este".

"En mi coche seguro que cabías incluso menos", señalé.

Decidió que le gustaba más el monovolumen porque podía estar de pie dentro. A mí también me gustaba. Intenté ignorar a Kincaid cuando señaló que había más de un asiento en la parte de

atrás; me sentía rara por ello.

No quería un monovolumen negro, así que pedí uno rojo y salí del concesionario con mi representante, que prometió encontrar el coche que quería y traérmelo en dos semanas. Solo me quedaban unos días de alquiler. Había que elegir entre esperar y prorrogar el alquiler, pagar de mi bolsillo o coger una furgoneta negra.

Quería poder identificar mi coche rápidamente. La ciudad estaba llena de furgonetas negras, todoterrenos negros y coches de lujo del mismo color. Habría pagado el coste del alquiler antes que elegir un coche negro.

La semana siguiente fuimos al zoo y aún tenía el coche de alquiler.

Kim había arrastrado a Kincaid como si fuera un severísimo guía turístico. Y él se lo permitió. No es que supiera adónde iba, lo único que sabía era que había animales dentro y que tenía que llegar hasta ellos.

Llegamos hasta el otro lado del zoo antes de llegar al carrusel. Estaba dispuesta a dar una vuelta con Kim, cuando ella también lo vio y empezó a arrastrar a Kincaid aún más deprisa.

"No va a ir a ninguna parte, cariño", le dije riendo. "Estará allí esperándonos, te lo prometo".

En cuanto entramos en la plataforma giratoria, miré a mi alrededor y me di cuenta de que en todas las estaciones había representaciones de los mismos animales que habíamos visto durante la visita al interior de las instalaciones. Kim corrió hacia el tigre, dispuesta a subirse a su lomo como si fuera una princesa de la selva. Pero, por desgracia, otro niño la alcanzó primero. Así que, sin perder tiempo, Kincaid la puso a lomos de un panda gigante. No tuvo tiempo de enfadarse porque se reía a carcajadas mientras volaba por los aires en dirección al viento.

Fui a ponerme a su lado para apoyarla durante el paseo.

"No hace falta". En el mismo instante en que oí esas palabras, Kincaid me levantó y me sentó en el lomo del pájaro junto a ella.

"Tú monta, yo me aseguraré de que ninguna de las dos se caiga", dijo Kincaid con una risita.

Puso una mano en la espalda de Kim. Pero cuando llegó a mí, apretó un poco más abajo.

Me incliné y susurré entre dientes apretados. "Hay niños aquí... compórtate".

Me dio otro apretón en el trasero y colocó la mano en una posición más decente sobre mi muslo. Me hacía cosquillas cuando me lo apretaba. No me quejé.

Cuando empezó otro paseo, Kim dio una patada con los pies y se balanceó como si pudiera hacer que el panda en el que iba fuera más rápido. Dimos vueltas y más vueltas. Kim se reía. Kincaid sonreía y se echó a reír. Y supe que aquel era el futuro que quería.

Quería una hija feliz y un marido que estuviera ilusionado con su vida con nosotros. Quería un hombre que me apretara el trasero incluso cuando estuviéramos en público y me hiciera cosquillas. Pero, por encima de todo, quería a Kincaid. Era el padre de Kim, no un tipo que con el tiempo había sido lo bastante bueno como para ser padrastro de mi hijita. Era el hombre del que probablemente ya estaba enamorada, hacía mucho tiempo, en aquella playa, cuando luchaba

con dos hijos que no eran míos. Había intervenido y me había ayudado cuando los padres simplemente me miraban y esperaban que lo hiciera todo por sus hijos. Y hubo momentos, como aquel día, en que me di cuenta de que si no hubiera sido niñera nunca habría conocido a Kincaid.

El carrusel terminó, pero mi cabeza seguía dando vueltas.

"¡Otra vez! ¿Podemos ir a otra atracción?", preguntó Kim.

"Claro, pero tenemos que bajarnos y volver a la cola", dijo Kincaid.

"Vamos, corre". Agité la mano, animándoles a darse prisa. "Esta vez me sentaré aquí y esperaré".

Encontré un banco desde el que podía observar a los dos. Esta vez Kim consiguió sentarse sobre el tigre. Estaba muy contenta. Kincaid también parecía feliz. Si todos éramos felices y eso era lo que yo quería, *¿por qué lloraba?*

Me sequé las lágrimas y sonreí cada vez que el tiovivo giraba hacia mí. No quería que Kim pensara que estaba triste. Y no sabía cómo explicarle a Kincaid cómo me sentía.

Le había dicho varias veces que podía enamorarme de él. ¿Estaba preparada para hacerle comprender que era así? ¿Cómo decirle que era infeliz cuando estaba lejos de mí? ¿Cómo podía hacerle saber que si se comprometía en serio conmigo y con Kim, yo esperaba un anillo en mi dedo y una boda?

Tal vez fuera lo bastante madura como para criar a una hija sola, pero en el fondo soñaba con recibir una propuesta de matrimonio a la antigua usanza. Eso significaba que era el hombre quien lo hacía. Yo ya había convertido a Kincaid en padre, ahora le tocaba a *él* convertirnos en una familia.

KINCAID

Durante las últimas seis semanas me pasé casi todos los días asegurándome de hablar con Tonya si no podía verla. Obviamente, prefería pasar el rato con ella, y disfrutaba especialmente de las noches en que me quedaba después de que Kim se hubiera ido a la cama.

Tonya y yo nos enrollábamos durante horas en su sofá como dos adolescentes cachondas. Quería tocarla, saborearla, pero la había cagado, así que ahora tenía que volver a ganarme cualquier contacto íntimo que ella estuviera dispuesta a compartir conmigo.

Si eso significaba que íbamos a masturbarnos mutuamente mientras nos metíamos la lengua en la garganta, eso era lo que iba a hacer. Y lo iba a hacer *bien*. No necesitaba a Tonya desnuda en mis brazos para recordarle que sabía cómo hacerla sentir bien. Habría sido mejor, pero me conformaría con lo que pudiera conseguir.

Otra noche de besuqueo duro me llevó a mi límite. Tenía que irme o me habría abalanzado sobre ella: le había prometido que respetaría su tiempo. La besé, me levanté y cogí mi chaqueta.

"¿Adónde vas?", preguntó ella, en tono asombrado.

"A casa. Si me quedo aquí, no dejaré que esos pantalones de yoga tuyos se interpongan en mi camino. Así que me voy. Pero la próxima vez, nada de pantalones entre nosotros".

Ella asintió.

"Después del parque de calabazas del sábado, ¿te quedas a pasar la noche aquí?". Tonya se incorporó. Tenía el pelo revuelto y sexy, y los labios hinchados por mis besos. Quería besarlos aún más.

"¿Quieres que pase la noche contigo? ¿Y Kim?" Esa había sido siempre la excusa de Tonya para no dejar que me quedara, para no estar conmigo.

"Tarde o temprano tendrá que acostumbrarse a que sus padres duerman juntos, ¿no?". Me dedicó una dulce sonrisa que me llegó directamente al corazón.

Crucé la habitación y la besé intensamente.

El sábado por la mañana llegué temprano a su piso. No había necesidad de fingir y esperar a una hora más tardía, ambos sabíamos que estaríamos despiertos. El tiempo otoñal era perfecto, con el aire un poco fresco. Pero no llovía y hacía sol.

Tonya condujo su monovolumen nuevo - todavía tenía ese olor a coche nuevo - hacia el campo, a través de un laberinto de maíz, hasta una granja de calabazas. Los propietarios habían trazado un camino a través de un pequeño maizal. Kim pensó que era lo más bonito que había visto nunca. Probablemente nunca había visto algunas de las películas de terror que yo había visto de joven.

Kim y yo nos habíamos hecho muy amigos. No sabía decir si sabía que yo era su padre; Tonya aún no me lo había dicho y yo no le había dicho nada. Una vez en el laberinto de calabazas jugamos a perseguirnos y escondernos con otros niños y sus padres.

Había sido más divertido de lo que esperaba. Pensaba que íbamos a comprar calabazas para Halloween, cosa que también podríamos haber hecho en el supermercado. Íbamos a ver pasar los árboles por la ventanilla del coche y quizá parar a comer en algún restaurante de carretera. Pero esto era mejor.

Debería haberme dado cuenta de que Tonya sabía exactamente lo que nos esperaba cuando lo propuso. También había una pequeña zona para acariciar animales. Esperaba que los propietarios de la granja se hubieran limitado a sacar a sus animales mejor educados: había unas cuantas cabras, una vaca pequeña y un burro. Las gallinas estaban libres y por todas partes.

"No te sientes sobre las calabazas. Nadie las querrá si pones el trasero sobre ellas. Arrodíllate entre ellas". Tonya hizo que Kim se colocara entre las calabazas del campo e hizo algunas fotos.

"¿Por qué no te sientas con ella?", dije mientras sacaba mi teléfono para hacer algunas fotos. Mis chicas eran preciosas.

"Eh, tío", se me acercó uno de los padres con los que habíamos estado corriendo por el laberinto. Tenía la mano tendida. "Ve con ellas, yo te haré unas fotos".

Antes de que se me ocurriera protestar, me agaché detrás de Tonya para hacerme una foto de grupo. Luego Kim se subió a mis hombros. El tipo siguió haciendo fotos.

"Gracias", dije tras darme cuenta de lo que pasaba. Me puse en pie y volví a coger el móvil.

Me quedé mirando nuestras primeras fotos familiares. Parecíamos felices. Tonya y Kim estaban perfectas. Le tendí el teléfono a Tonya.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras miraba las fotos. Le di un beso en la mejilla.

"Estamos guapos juntos", le dije. "Las fotos no mienten".

Parpadeó. Su sonrisa me sorprendió. "Te quiero, Kincaid".

Me quedé sin habla. Iba a darle a esta mujer todo lo que quería. La besé hasta que Kim empezó a golpearme la pierna. La cogí en brazos y le besé la mejilla.

"Ew", gimió y se la limpié con el dorso de la mano.

La dejé en el suelo y corrió a jugar con los otros niños.

"¿Ya sabe que soy su padre?".

"Todavía no". Tonya deslizó su mano entre las mías. "Supongo que tenemos que averiguar cómo hacer que esto funcione, ¿no?".

"Esta noche me quedo contigo", confirmé.

"Ya lo sé". Parecía nerviosa.

Tonya compró más calabazas de las que yo creía que necesitaba. También compró unas buenas mazorcas de maíz, manzanas, mantequilla de manzana y sidra. Paramos a comer en un restaurante de comida rápida y no en una encantadora pensión rural. No solo no habíamos conocido ninguna, sino que Kim estaba cansada y hambrienta. Se quedó dormida en el viaje de vuelta.

Pasamos la tarde tallando calabazas con caras terroríficas para ponerlas delante de la puerta principal. Y yo me la pasé mirando el reloj, deseando que el tiempo se acelerara.

Tonya preparó la cena. Yo fregué los platos mientras ella acostaba a Kim, todo para que por fin pudiera hacerle el amor en cuanto la tuviera en mis brazos.

Me tiró al sofá como había hecho tantas noches antes. Podríamos empezar besándonos y acariciándonos, pero no acabaría ahí. Terminaría en la cama con su cuerpo envuelto en el mío, exigiendo que me devolviera a mi mujer y ganándomela.

Cuando coló la mano entre nosotros y tanteó mi cinturón, la agarré de la muñeca. "¿Lo hacemos, entonces?", le pregunté.

"Quiero tocarte", bramó.

Joder, quería sus manos en mi polla. "¿Yo puedo tocarte?".

Se mordió el labio y asintió, con los ojos temerosos.

Me bajé la cremallera de los pantalones, entonces ella se agachó y envolvió mi miembro con su cálida mano. Hacía no sé cuánto tiempo que no me hacían una paja. Tonya pegó su boca a la mía e introdujo la lengua mientras movía el puño arriba y abajo por mi pene. Me sentí muy bien. Me sentí mejor sabiendo que era Tonya quien me estaba tocando.

"Joder, nena, voy a correrme", gruñí en su boca.

Empezó a tirar de mi camiseta, arrastrándola por los hombros. Me aparté lo suficiente para quitarle la camiseta y acomodarla alrededor de su mano. No quería correrme solo. Deslicé la mano entre sus muslos. Benditos sean sus ajustados pantalones de yoga. Estaban apretados contra su coño y mojados por su deseo.

"¿Puedo?", pregunté, mientras empezaba a masajearla a través de los pantalones.

"Sí", jadeó.

Empujó sus caderas contra mi mano mientras yo presionaba. No recordaba que besarse hubiera sido nunca tan jodidamente caliente. Por otra parte, nunca había estado con una mujer que me excitara como Tonya. Por la forma en que gemía y se estremecía entre mis brazos, supe que había dado en el clavo de su cuerpo, incluso con toda la ropa entre nosotros.

Cuando se movió y ahogó un grito contra mi hombro, supe que la estaba llevando al orgasmo. No me quedaba mucho tiempo, porque su mano me estaba llevando rápidamente a su propia meta. Me aparté y me levanté del sofá. Mis piernas no querían trabajar. Mi polla palpitaba y mi

cuerpo también.

La agarré de la mano y la arrastré fuera del sofá.

Si hubiera tenido fuerzas, me la habría echado al hombro y habría subido las escaleras de tres en tres.

Apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta del dormitorio antes de que yo me despojara de mi ropa y empezara a quitarle la suya.

Nos quería a los dos desnudos, inmediatamente. Por mis venas corría una necesidad que no podía controlar. Intenté resistir cualquier impulso de correrme para retrasar mi orgasmo. Me senté en la cama y contemplé, con perfecto asombro, su hermoso cuerpo ante mí.

Me acerqué a ella, acariciando sus suaves pechos. Bajé la cabeza y me llevé uno de sus pezones a la boca. Cómo había echado de menos el dulce sabor de su piel.

Tonya me rodeó la cabeza con los brazos y me acarició, rozándome el pelo, tocándome la mejilla. No necesitaba que me precipitara. Ella requería una seducción lenta.

"No sé si puedo", murmuré.

"A mí me parece muy bueno", dijo ella, rozando mi polla con la pierna.

Gemí.

"No me refería a eso. Te mereces que esto sea lento y pleno, y siento que voy a reventar en cualquier momento si no me meto dentro de ti. No sé si podré tomármelo con calma esta noche".

Me empujó contra la cama y se puso delante de mí. "Entonces no vayas despacio. Yo también he estado esperando", dijo.

Estiró los brazos y yo me coloqué sobre ella. Era mía, y los dos estábamos calientes y preparados. Deslizó la pierna a mi alrededor y tiró de mí para besarme. Estaba tan contento de tocarla que no sabía si quería llevar la mano a sus pechos o agarrarle el trasero. Toqué todo lo que pude, recorriendo su cuerpo. Recordando lo que sentía y lo suave que era su piel.

Podría haber hecho el amor con ella todo el tiempo, pero eso era culpa mía. Ahora que estábamos aquí juntos, era culpa suya. Por suerte, ella lo entendía.

Me deslicé dentro de ella y me sentí exactamente donde tenía que estar. Tonya lo era todo para mí, mi mujer, mi vida: era *mía*.

Todo pensamiento lógico desapareció mientras la penetraba. Era cálida y aterciopelada. Sus paredes internas ya temblaban.

Como era de esperar, no pude resistirme. Empezó a retorcerse a mi alrededor y perdí la cabeza. Nos desplomamos juntos, disfrutando de la dicha del orgasmo. Me dejé caer a un lado y la estreché contra mi pecho.

"Te quiero mucho", dijo entre jadeos.

TONYA

Un mes después

"¿Cuándo nos vamos a vivir juntos?", preguntó Kincaid.

Estábamos esperando delante de la puerta de Ryan y Teejay. Yo llevaba una tarta en las manos y Kincaid una botella de vino. Kim no paraba de moverse mientras esperaba.

"Me lo preguntas cada semana", respondí, sonriendo.

"Sí, y todas las semanas son diferentes. Mi contrato de alquiler termina, no antes de Acción de Gracias, dentro de quince días. Démonos prisa". Me besó. Sabía que bromeaba. La espera también me estaba volviendo loca.

Había avisado al casero al día siguiente de que Kincaid me dijera que quería que viviéramos juntos. Él no quería seguir viviendo solo, y yo tampoco.

Estaba acelerando las cosas. Tres años antes me había mudado el primer fin de semana de diciembre. Tenía que avisar con un mes de antelación para rescindir el contrato o renovarlo, y había avisado justo a finales de octubre.

"Una semana más", dije.

No estaba dispuesta a pagar el aumento de las tarifas de mudanza por el fin de semana de Acción de Gracias, así que nos íbamos otra semana más. Sabía que me quería y que anhelaba que viviéramos juntos. No veía ninguna razón para esperar.

Sí, en realidad, ansiaba oír *aquellas* palabras y quería un anillo, pero hasta que eso ocurriera, trabajaría para mantener unida a la familia.

Y *éramos* una familia.

En cuanto se abrió la puerta, Kim entró corriendo, para ir a buscar a sus primos y jugar.

"¡Feliz Acción de Gracias!" exclamó Ryan al abrir la puerta. Me saludó con un abrazo y le dio unas palmaditas en la espalda a Kincaid.

La casa olía acogedora y agradable. Ryan me quitó la tarta de las manos el tiempo suficiente para que me quitara el abrigo. Luego nos cambiamos de sitio y cogí la botella de Kincaid.

"Los llevaré a la cocina", anuncié mientras me alejaba.

"¡Feliz Acción de Gracias!" exclamé al entrar en la cocina.

"Oh, Tonya, menos mal que estás aquí", dijo Teejay exasperado.

Coloqué la tarta y el vino sobre la encimera. Abrí el cajón donde guardaba los delantales, cogí uno y empecé a atármelo a la cintura. "¿Qué te pasa? ¿En qué puedo ayudarte?"

Me tendió un vaso de vino. "Ayúdame a terminar la botella". Y se echó a reír.

Acepté el vaso, me apoyé en el mostrador y me reí. Fue maravilloso. No sé cómo ni cuándo, pero Teejay y yo descubrimos que teníamos cosas en común. Nuestro tiempo juntos en Aspen no había sido un accidente. Nos gustábamos de verdad.

"Todo está casi listo. Los arándanos están en la nevera. En cuanto esté lista la cazuela de alubias en el horno, será el turno de los panecillos. La salsa tiene que reposar un poco más". Se volvió y siguió señalando los distintos aparatos y lo que ocurría dentro de cada uno.

"En la olla a presión están las patatas. Cuando pite estarán listas para hacerlas puré. El guiso de boniato está en la olla de cocción lenta. Eso es todo".

"¿Y el pavo?", pregunté.

Teejay señaló por encima del hombro. "Está detrás, en el *Huevo Verde*".

"¿En el qué?"

"Ryan se compró una barbacoa nueva y elegante. Se llama así porque es verde y tiene forma de huevo. Le encanta. Y si le hace cocinar más, porque cree que asar y ahumar carne es divertido, ¿quién soy yo para impedirselo?"

"Tengo que verle", dije, divertida.

"Está en el patio de atrás. Probablemente esté intentando venderle una a Kincaid ahora mismo. No hagas preguntas, a menos que quieras que te hable hasta por los codos".

Atravesé el comedor y salí por las puertas correderas al patio trasero. Ryan y Kincaid estaban hablando de la parrilla.

"¿Has venido a ver mi nueva parrilla de cerámica?", preguntó Ryan.

Recordando la advertencia de Teejay, no iba a admitir que eso era exactamente lo que estaba haciendo. "Es verde", dije. "En realidad estoy aquí para averiguar dónde está el pavo".

Ryan se acercó a su huevo y levantó la tapa. Salió el humo y el aroma de un pavo perfecto. Lanzó una mirada, chasqueó la lengua y cerró la tapa.

"Está a temperatura. Dejemos que repose y humee hasta que esté completamente listo".

"Gracias", dije. "Nosotras estamos casi listas. Voy a machacar unas patatas. Yo diría que tienes por lo menos quince minutos antes de que todo esté terminado en la cocina".

"Que Teejay me avise", exclamó cuando hube vuelto a entrar en la casa.

Me detuve en el comedor y admiré la mesa. Teejay siempre tenía talento para hacer que las

habitaciones parecieran perfectas, como si estuviéramos en una revista. Su mesa de Acción de Gracias no era diferente. Era como si yo no estuviera vestida adecuadamente, dados los cómodos pantalones y el jersey.

Hice puré con las patatas mientras Teejay llevaba el resto de las cosas a la mesa. La oí gritar a Ryan que dejara descansar al *pájaro* y que ya estábamos listas. Cuando saqué las patatas, todo el mundo, incluidos los niños, se estaba acomodando alrededor de la mesa.

"Esto tiene una pinta estupenda, Teejay", dije mientras tomaba asiento junto a Kincaid.

Todo olía delicioso y se me hacía la boca agua. Estaba lista para comer, pero Ryan quería hacer un brindis. Se levantó, alzó la copa y habló elocuentemente de la familia y de lo bonito que era que los niños tuvieran primos, y percibí una insinuación no tan sutil de que pensaba que Kincaid debía hacer oficiales las cosas entre nosotros. No había sido yo quien había propuesto tal cosa a Ryan, pero estuve de acuerdo. Pensaba que Kincaid tenía que hacer las cosas oficiales. Irnos a vivir juntos dentro de una semana era todo lo oficial que podía ser, al menos de momento.

A mitad de la cena ya no tenía hambre. No podía estar llena. Era Acción de Gracias, el único día que podía comer hasta reventar y nadie haría ningún comentario.

"¿Estás bien?" Kincaid se apoyó en mí y preguntó en voz baja. "Estás comiendo muy despacio".

"No tengo tanta hambre como pensaba".

Una oleada de náuseas me golpeó tan fuerte y rápido que no me disculpé antes de salir corriendo de la mesa. Llegué al cuarto de baño de la planta baja justo a tiempo. Esperaba estar lo bastante lejos para que nadie me oyera mientras estaba enferma.

"Tonya, ¿estás bien?" Kincaid estaba a mi lado, sujetándome el pelo.

"No lo sé. No me encuentro enferma". Me quedé quieta en mi asiento y esperé a ver si había terminado.

Me lavé las manos y me enjuagué la boca.

"Creo que he comido algo que no le ha gustado a mi cuerpo", dije. "Vuelve a tu asiento. Estoy bien".

No quería estropearle la comida a nadie más, así que cuando me preguntaron por qué no me estaba atiborrando, dije simplemente que estaba haciendo sitio para la tarta. Y que nadie podía culparme por mentir: me comí una pequeña porción más tarde.

No tuve tiempo de pensar mucho en ello. Acción de Gracias se convirtió en una oportunidad para empaquetarlo todo. Tenía que embalarlo y prepararlo todo en mi piso cuando el resto de la gente que conocía, sobre todo Teejay y Ruth, se preparaban para celebrar la Navidad.

Las Navidades podían esperar hasta que hubiéramos deshecho las maletas en casa de Kincaid. *Nuestra casa*. Aún nos estábamos acostumbrando a la idea de ser una familia y ahora íbamos a tener un verdadero hogar.

Era extraño ver mi piso así. Montones de cajas se alineaban en todas las paredes. Dentro de unos días llegaría la mudanza y ya no sería mi casa.

Llegaría el casero y lo pintaría todo de nuevo, y otra persona llamaría hogar a este lugar.

Había querido mudarme con Kincaid desde el día en que me lo pidió. La espera había sido agotadora para todos.

Kim no entendía por qué debía vivir con su padre; sí, se lo dijimos. Estaba emocionada, pero luego se distrajo, como suele hacer una niña de cinco años. Yo estaba estresada por todo el equipaje.

Y ahora Kincaid tenía que dedicar más tiempo a asegurarse de que su casa era segura para los niños. Durante el día terminaba los trabajos en la vieja escuela y por la noche preparaba la habitación de la niña.

Todo iba perfectamente. Entonces, *¿por qué sentía náuseas?*

Sabía que no era una intoxicación alimentaria, aunque parecía que me había dado la primera vez después de comer demasiado pavo. Me senté en el sofá y cerré los ojos, deseando que se me pasara el malestar. Tal vez no fuera una intoxicación alimentaria, pero estaba convencida de que era algo que había comido.

Solo que aquella vez no podía ser nada. Tal vez ese fuera el problema de aquella mañana. Permanecí sentada un rato hasta que me convencí de que mis intestinos se habían calmado. Finalmente me preparé un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada. Sabía a gloria.

Cuarenta y cinco minutos después, abandonó mi cuerpo sin ceremonias. Cogí las llaves y me dirigí a la furgoneta. No tenía tiempo para esto. Si estaba enferma, o me estaba poniendo enferma, tenía que haber algo que el médico pudiera darme para hacerme sobrevivir a aquella mudanza.

La enfermera de la clínica insistió en que orinara en un recipiente. "Vómitos misteriosos, ningún otro síntoma y no toma ningún tipo de anticonceptivo. Tenemos que descartar un embarazo antes de hacer nada más".

Toda la situación parecía inquietantemente familiar a la del primer embarazo.

"¿Por qué no se me ocurrió? Podría haberme hecho una prueba de embarazo en casa. Habría tardado mucho menos", murmuré. No tenía tiempo para estar enferma. Desde luego, *no tenía tiempo para estar embarazada*. Al menos no era un plazo tan inminente como el de la mudanza, si es que lo estaba.

"Este método es más preciso, y si no estás embarazada, ya estás aquí y podemos averiguar qué te pasa", dijo.

"¿Y si lo estoy?"

"¿Por qué no esperamos a ver los resultados de la prueba antes de continuar?"

Me dejó sola durante mucho más tiempo del que habría tardado en ver los resultados de las pruebas. Tendría que haberme hecho la prueba en casa. Tenía que hacer las maletas. Mi cocina no iba a caber mágicamente sola en una caja.

Volvió la enfermera. "Bueno, ya tenemos la respuesta a su repentina indisposición. No está

enferma".

Suspiré. Sabía lo que eso significaba. *Genial*, eso no estaba en mi lista de cosas por hacer.

KINCAID

En teoría, la renovación, o mejor dicho, la reconstrucción de las dos escuelas estaba terminada. Estaban prácticamente acabadas. Thomas & Thomas había salvado dos hermosos edificios históricos que añadían carácter y encanto a sus barrios, y además habíamos añadido más de doscientas viviendas asequibles en lugares que estaban experimentando un rápido aumento del coste de la vivienda.

Ryan tenía el aire de un padre orgulloso mientras guiaba la visita por el primero de los dos edificios. Se trataba del "modelo de exposición", el edificio más grande con más servicios y características de sostenibilidad. La gente iba abrigada. La calefacción central tenía problemas y las zonas comunes estaban tan frías como las exteriores.

"¿Desaparecerá el olor a pintura fresca cuando abramos?", preguntó Ruth.

"Con el frío que hacía, todo permanecía cerrado. No había posibilidad de que el edificio se ventilara", respondí.

Estaba en la parte de atrás del grupo y caminaba junto a Tonya. Siempre que podía me cogía de la mano mientras caminábamos por los pasillos. Por desgracia, dada la presencia de la prensa, estas ocasiones no eran muy frecuentes.

"¿Y puedes asegurarme que todo está listo?" preguntó Ruth, y no por primera vez.

Comprendía que para algunos fuera difícil imaginar el aspecto que tendría el edificio una vez habitado. Hasta ahora solo había visto pasillos y viviendas vacías.

"Todo, aparte de este contratiempo con el sistema de calefacción, está listo. Los paneles solares del tejado ya están generando energía suficiente para que los inquilinos tengan facturas de electricidad mínimas", continuó Ryan mientras conducía a todos hacia los ascensores.

Cada edificio había sido equipado con ascensores públicos y montacargas. Las puertas se abrieron y entró la mitad del grupo. Yo me quedé atrás con el resto del grupo y esperé a que volviera el ascensor para subir a la tercera planta.

En mi opinión, aquel último piso se había hecho bien, a pesar del gran contratiempo causado por el huracán de finales de agosto, que se había llevado gran parte del tejado. Los diseñadores, en colaboración con HomeWorks, ya habían estado trabajando entonces en cambios estructurales. Cuando el tejado resultó inadecuado, concentramos nuestros esfuerzos en convertir el ala norte de la tercera planta en un espacio para un huerto comunitario.

HomeWorks tenía grandes ideas sobre cómo proporcionar no solamente viviendas asequibles, sino también oportunidades para la construcción de una comunidad. La planta baja de la escuela albergaba las oficinas y el espacio de trabajo de un proyecto local que ayudaba a los miembros de la comunidad a encontrar trabajo. Además, había una guardería, también destinada a la comunidad, con acceso restringido a los residentes del edificio.

Cuando Ryan quiso llevar a cabo este proyecto, pensé que estaba más interesado en la disparatada cantidad de dinero que generaría. Es decir, no nos interesaba hacer un trabajo financiado con subvenciones benéficas. Pero después de ver el resultado que obtuvimos, nos hizo reflexionar.

El grupo HomeWorks había insistido en los paneles solares y había propuesto inicialmente la idea de un jardín en el tercer piso cuando nos dimos cuenta de que podría haber problemas para salvar el tejado. Era interesante observar que Ruth, una mujer con más dinero que Rockefeller, quería asegurarse de que las personas que iban a vivir aquí tuvieran acceso a unas instalaciones adecuadas.

Me quedé junto a las puertas de la terraza del jardín, en el tercer piso, y observé cómo todos miraban a su alrededor. No parecía gran cosa. Había varias macetas en el nivel y una caja para abejas en la esquina más alejada. Una vez que la gente se hubiera mudado, se pondría tierra en las jardineras y se instalaría una colmena de abejas en la caja. Me la imaginaba llena de plantas y muebles de jardín. Podía ver cómo utilizarían este espacio las personas que vivirían aquí.

Tonya y Ruth se habían encerrado en un abrazo y sonreían por algo. Tonya levantó la vista y nuestros ojos se encontraron. Sonrió y se me apretó el pecho. Ella y Kim llevaban poco más de una semana viviendo en mi casa. Veía a Tonya cada mañana al despertarme y cada noche antes de dormirme, y su presencia seguía despertando fuertes emociones en mi pecho.

Era una buena sensación. Me froté el pecho. Así se sentía el amor. Era algo a lo que nunca pensé que me acostumbraría. Lo deseaba tanto, todos los días.

Tonya le dijo algo a Ruth y luego empezó a caminar hacia mí. El contoneo de sus caderas quedaba casi oculto por las largas líneas de su abrigo de lana marrón. Pero, *maldita sea*, cada vez que caminaba me daba vueltas la cabeza.

"Ruth quiere saber una fecha oficial de apertura", dijo. No eran las palabras que yo esperaba oír.

Una parte de mí esperaba que Tonya propusiera colarse en uno de los pisos para comprobar la solidez de las encimeras de la cocina. Podría haberle asegurado que resistirían mucho. Pero habría sido mucho más divertido demostrárselo doblándola a...

"¿Kincaid?"

"Lo siento, me he distraído. Hace poco se mudó a mi casa una mujer muy sexy con la que me acuesto todas las noches. Por alguna razón, aún no puedo evitar tener pensamientos bastante sexis, al borde de la lujuria, sobre ella. ¿Qué decías?"

"Eres realmente indecente", comentó riendo. Miró por encima del hombro, luego se inclinó rápidamente y me besó. "Ruth quiere saber cuándo podrán mudarse los residentes".

Me encogí de hombros. "Depende de HomeWorks. Técnicamente, los edificios son de su

propiedad y los gestionan ellos. Físicamente, los edificios están listos para mudarse".

"¿Y la calefacción?", preguntó.

"Estará arreglada al final del día, mañana a más tardar. Hubo problemas con la integración entre el ordenador de la caldera y las unidades solares. El respaldo eléctrico no funcionaba".

Me miró y entrecerró los ojos.

Pensé que Ryan me había explicado todo esto antes, cuando entramos y aún hacía tanto frío.

"Los hornos y todos los espacios comunes funcionan primero con paneles solares y luego con un sistema eléctrico de reserva. Creo que hay una especie de disyuntor entre los dos, y el sistema estaba funcionando al revés. Yo me encargo de las reparaciones estructurales, si quieres una explicación más precisa tendrás que hablar con los técnicos de las calderas, que están ocupados en este momento."

"Y las calefacciones de las unidades individuales, ¿funcionarán?"

"Cada una tiene su propio sistema de calefacción independiente, así que sí. ¿Por qué?"

"Creo que Ruth quiere empezar a repartir llaves".

"Ah, bueno, eso habrá que acordarlo necesariamente con los de HomeWorks. Thomas & Thomas ha terminado oficialmente aquí. Nuestro trabajo ha pasado todas las inspecciones necesarias y creo que Ryan ya tiene el cheque final en el bolsillo."

Con un movimiento de cabeza, Tonya volvió al grupo que ahora rodeaba a Ruth. Tonya dijo algo y estalló un pequeño aplauso. Supongo que les habían dado el visto bueno para empezar a dejar entrar a la gente.

Normalmente, cuando terminaba un proyecto de reforma, abandonaba el edificio y no volvía a verlo, a menos que los propietarios o decoradores consiguieran que la propiedad apareciera en una revista especializada. No me gustaba aparecer en esas publicaciones. Ya había tenido mi desafortunado encuentro con la telerrealidad, no creía que las revistas fueran mucho mejores. Lo único que quería era poder hacer mi trabajo. La afición de Ruth a tener a la prensa cerca cuando había empezado este proyecto me había incomodado un poco. Pero no me miraban a mí. Para ellos yo era un desconocido entre bastidores. Ryan era el chico de oro del momento.

Le convenía. Además, tenía una buena amistad con Ruth desde el tiempo que pasaron juntos en Aspen. Yo seguía sin importarle mucho. No le había causado buena impresión, mientras que Ryan sí. Dejé que la prensa hablara con ellos. Además, creo que Teejay animaba a Ryan a tener más presencia pública. Vivía su vida como si estuviera delante de una cámara, quizá lo deseaba aún más y pensaba que podría hacerlo si él estaba en el punto de mira. Podían hacer lo que quisieran mientras me mantuvieran al margen.

Tenía muchas ganas de ver cómo acabaría todo una vez que la gente se mudara. Me apoyé en la puerta y miré a mi alrededor. Aquel edificio estaba lleno de potencial. En aquel momento era una utopía, una idea de vivienda asequible para ciudadanos ricos. Este lugar habría sido muy diferente en unas semanas. El jardín podría haber sido muy hermoso, o podría haberse convertido en un vertedero. Tomé nota para volver y echar un vistazo dentro de unos meses. HomeWorks tendría mucho trabajo si quería mantener su visión de una comunidad asequible y accesible.

Era difícil creer que el año anterior Ryan hubiera estado agitando recortes de periódico como si fueran teorías conspirativas, y aquí estábamos, de pie en uno de aquellos edificios, con el proyecto ya completamente terminado. Di unos golpecitos en la pared que tenía al lado.

Me gustaba trabajar con edificios que tuvieran cimientos y características sólidas, lo hacía todo más fácil. Levanté la vista y observé a Tonya. Estaba concentrada y seria. Era inteligente y creativa. Había una razón por la que Ruth confiaba en ella para conseguir lo imposible. Tonya era el tipo de mujer que hacía posible lo imposible cada día. Hizo que me enamorara de ella, cosa que nunca me había ocurrido. Al fin y al cabo, nunca había conocido a una mujer como Tonya y realmente merecía la pena.

No se me escapó que ella también tenía una *constitución sólida*. No me refería únicamente a su trasero redondo. Tenía valores e ideales, y había sabido ver lo bueno en mí cuando la había defraudado. Ella era la fuerza que nos había permitido convertirnos en una familia. Era mi utopía, mi modelo.

TONYA

Debería haberme probado el vestido antes. No estaba tan avanzada en el embarazo como para que los vestidos no me quedaran bien, pero mis trajes formales no tenían el mismo ajuste que mi ropa de trabajo. Tenían corsés interiores y tirantes para mantenerlos elevados y los hombros al descubierto.

Dejé escapar un largo suspiro y consideré mis opciones. Era extremadamente fácil mirar toda mi ropa a la vez. El cuarto de baño tenía un enorme vestidor, la mitad del cual era mío. Kincaid tenía unos pocos trajes y pocos pantalones y camisas de vestir.

Su idea de ropa de trabajo era un par de vaqueros limpios y una camisa de chambré. Eso era todo. Mi armario anterior medía apenas metro y medio de ancho; ahora me parecían kilómetros de ropa y estanterías vacías. La ropa que tenía y que estaba mirando no encajaba con la velada.

Se trataba de un evento formal. Habría hombres con smoking, ropa de diseño prestada y otra ropa de diseño que costaba más que mi coche. Tenía que ir de compras.

Volví a meterme en los pantalones de yoga demasiado permisivos con los que me había pasado la vida.

"Tengo que ir de compras", anuncié una vez hube bajado las escaleras. Tenía unas horas, si tenía suerte. En ese plazo tenía que encontrar algo adecuado.

"Teníamos que recoger el árbol esta tarde", dijo Kincaid.

"Kim y tú tendréis que hacerlo sin mi ayuda".

En aquel momento levantó la mirada hacia mí. "Cariño, ¿estás bien? No te estarás poniendo enferma otra vez, ¿verdad?".

Negué con la cabeza, lentamente para evitar que mi estómago asimilara sus palabras como una sugerencia.

"El vestido que pensaba ponerme no me queda bien. Ninguno de mis vestidos formales me queda bien", expliqué.

"Ponte el que llevaste en el último acto que organizó Ruth".

"Ese es el problema. Pensé en llevar el mismo vestido, pero ponerle un fajín distinto. Nadie se habría dado cuenta. En cambio, no me queda bien. Nada me queda bien". Gemí mientras me

agarraba las tetas y las levantaba. "He engordado".

Los ojos de Kincaid se entrecerraron y en su rostro apareció una media sonrisa sexy que causó cierto efecto en mí.

"Me he dado cuenta y me gusta". Cruzó la habitación y se acurrucó más cerca de mí, apoyando la mano en mi pecho. "Es una ventaja. Cuanto más grandes sean, mejor".

Lástima que no tuviera tiempo para semejante estado de ánimo, ni para tales pensamientos. Me separé de su abrazo.

"Bien, me alegro. Tendré que recordarlo, pero mientras tanto tengo pocas horas para encontrar algo adecuado. Y luego tendré que llegar a casa, dar de comer a Kim, vestirme, dejar a Kim en casa de Teejay y Ryan, y después ir al salón de baile para asegurarme de que todo está en su sitio antes de que llegue Ruth."

Kincaid me puso las manos en los hombros. "Puedes conseguirlo".

"Lo sé, lo sé, lo lograré. ¿Puedo confiar en ti y en Kim para conseguir el árbol?"

"¿Confías en mí para dejarme a solas con Kim?"

Le miré fijamente. Le pedí que no dijera nada sobre cuidarla. Era su hija, no un trabajo. "Tarde o temprano tendrás que hacerlo por tu cuenta. Por supuesto, confío en ti con ella, eres su padre. Lo que quiero saber es si puedo confiar en vosotros dos para elegir un árbol".

"No solamente puedes confiar en nosotros para esto, sino que yo también puedo prepararla, asegurarme de que coma y llevarla a casa de Ryan. Puedo acompañarla hasta allí para que tengas más de una hora para encontrar algo.

Parpadeé. *Más de una hora*, pensé.

Le eché los brazos al cuello y lo besé. Nunca se me había ocurrido que el hecho de ser más padres significaba más tiempo. "Eres increíble".

"Sí, lo soy, ahora si tienes que irte, adelante".

Me apresuré a cruzar el gran vestíbulo y besé a Kim en la frente. "Pórtate bien con papá, tengo que hacer un recado".

Me abrazó rápidamente y volvió a su libro de colorear.

Salí corriendo y subí a la furgoneta, luego me detuve. No sabía adónde ir. Necesitaba un centro comercial con una tienda de tallas grandes. Llevaba tanto tiempo comprando ropa por Internet que había olvidado qué tiendas había en cada centro comercial.

Saqué el móvil e hice una búsqueda rápida en Internet. Tendría que conducir hasta Baltimore antes de encontrar un centro comercial con una de las tiendas que recordaba.

Consultando la tienda online, encontré un vestido aceptable. También decía que lo tenían en la tienda, en mi talla.

No quise arriesgarme. Si iba a pasarme todo el tiempo en el tráfico, quería asegurarme de que la ropa estaba allí.

"Hola, ¿tenéis en stock el vestido de baile negro de chifón? La página web dice que tienen mi talla".

Le indiqué a la dependienta mi talla y le pregunté cómo de elástica era la cintura.

"Se parece un poco a las cinturillas de los pantalones de yoga, pero no es tan elástica".

Suspiré y empecé a conducir. "¿Puedes guardármelo? Estoy desesperada. Esta noche tengo un evento".

"¿Es esta talla la que sueles llevar?"

"Sí, pero no sé si la talla más grande me quedará demasiado grande. Acabo de enterarme de que estoy embarazada y ya nada me queda bien. El principal problema son los pechos, así que no sé cuánta banda elástica necesitare".

"Vale, tengo una idea. Cogeré tu talla y la siguiente. También tenemos algunos modelos formales ajustados. Cuando dices formal, ¿cómo de formal?"

"Corbata negra y smoking", contesté.

"Estos podrían quedarte bien. Me llamo Ashley, pregunta por mí cuando llegues".

Aquella chica me salvó la vida. Había sacado varios vestidos y un jersey navideño de punto brillante.

"Vi a una diseñadora combinar esta falda con un jersey y era monísimo", dijo mientras sostenía la combinación.

Y tenía razón, era muy bonita. Además, era lo único que no me hacía parecer embarazada. Aún no estaba preparada para decírselo a Kincaid. Tenía un plan para hacerlo.

Llegué a casa al mismo tiempo que Kincaid y Kim volvían de su expedición al árbol de Navidad.

Kim soltó una risita mientras Kincaid sacaba una gran caja de la parte trasera de su camioneta.

"Está en una caja", señalé.

"Todos los árboles vivos parecían muertos y tan peligrosos que podían prenderse fuego y provocar un incendio. No quiero ponerlos en peligro a ti y a Kim con un pino demasiado seco. ¿Dónde quieres que lo pongamos?"

"Tenemos esa gran cristalera en el comedor, ¿por qué no ponerlo allí?", pregunté.

"¿Quieres hacer la mañana de Navidad en el comedor, delante de la ventana?"

No había pensado en ello. Únicamente había pensado en lo bonito que quedaría un árbol de Navidad con todas sus luces visto desde fuera.

"Tienes razón", suspiré. La mañana de Navidad sería más acogedora junto a la chimenea. Tenía que pensarlo. ¿Quizá el año que viene podamos tener dos árboles? ¿Uno para exponer y otro para Papá Noel?"

"Sí, mejor el año que viene. ¿Ya has comido algo?"

Sacudí la cabeza. "Tengo que empezar a prepararme".

No sé por qué pensé que hoy podría hacer otra cosa. No se trataba del típico gran evento navideño de fin de año de Ruth. Este año organizaba una cena con invitación exclusiva para ella y sus doscientos treinta y cinco amigos, colegas y empleados más cercanos. La reunión, más informal y familiar, se combinaba con sus preferencias extremadamente formales, y yo había olvidado por completo que aún tenía que organizarlo todo.

Quería achacar la sobrecarga al hecho de que aún estaba deshaciendo las maletas tras la mudanza de Kincaid, al estrés típico de las vacaciones y a la conclusión de la colaboración con HomeWorks. Así era, pero temía que también se debiera al hecho de que estaba embarazada. *¿No era demasiado pronto para olvidar todo lo que normalmente era capaz de hacer?*

"Ve a vestirme y a prepararte. Te traeré un bocadillo o algo. Nos comimos unos nuggets de pollo mientras estábamos fuera".

Me besó y me mandó arriba. Kim y él estaban bien sin mí. Casi me entraron ganas de llorar. No, no podía, no tenía tiempo. Sin embargo, era algo maravilloso: saber que Kincaid era capaz de desempeñar perfectamente el papel de papá era algo fantástico. En eso consistía ser una familia, así que *¿por qué de repente me sentía malhumorada y pensaba que no me necesitaban?*

Subí las escaleras, tiré las bolsas de la tienda sobre la cama y fui al baño a lavarme la cara. Siempre estaba muy nerviosa porque estaba embarazada. Hice una mueca en el espejo y me recogí el pelo con una diadema para dejarme la piel bien limpia antes de maquillarme.

Cuando me pasé el desmaquillante por la cara, me di cuenta de dos cosas. En primer lugar, no me había maquillado aquella mañana y, en segundo lugar, aún llevaba puesto el abrigo y el bolso colgado del hombro.

Tenía que ponerme en marcha o no sería nada bueno. Me quité el abrigo y lo tiré junto con el bolso sobre la cama antes de volver al baño para lavarme la cara.

"¿Es suficiente un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada?", preguntó Kincaid al entrar con un plato.

"Más que suficiente. Creo que me he vuelto estúpida. Me estoy desmaquillando y esta mañana no me he puesto nada".

"¿Cuánto tiempo tienes?"

Me estaba entrando el pánico, así que cogí el teléfono y miré la hora.

"Unas horas antes de llegar".

"¿Y cuánto tardarás en llegar al hotel?", preguntó.

"Oh, mierda, quizá treinta minutos, pero luego tendré que encontrar aparcamiento... y..."

"Llama a un taxi, no hace falta que conduzcas si estás tan nerviosa. Tienes todo el tiempo del mundo".

Cogió el bocadillo y me lo puso delante de la boca. "Ahora, come".

KINCAID

Tonya era la viva imagen de la calma y la gracia cuando Ryan, Teejay y yo llegamos para cenar. Nadie que la mirara sabría que unas horas antes había estado presa del estrés. Como siempre, su belleza me dejó sin aliento.

La longitud de su falda llena dejaba al descubierto sus tobillos. Por fin comprendí todas aquellas películas sobre el siglo XIX inglés y lo escandaloso que podía ser echar un vistazo a los tobillos de una mujer. Los de Tonya, con aquellos tacones, me producían ciertos pensamientos. Cuando la llevé a casa, debería haberle pedido que se dejara puestos solamente los zapatos.

Llevaba una tableta y tenía una actitud muy profesional mientras hablaba con la gente y se movía entre la multitud. Cogió un flûte de champán de una bandeja mientras caminaba hacia nosotros. Se lo entregó a Teejay y la abrazó primero.

"Estás guapísima", felicitó a mi cuñada.

"Y tú vas a la última moda. Me encanta el jersey navideño con la falda, es muy neoyorquino", contestó Teejay.

Tonya abrazó a Ryan y se limitó a darme un beso en la mejilla.

"¿Qué pasa? ¿A Teejay le dan champán y a nosotros nada?", pregunté.

"Hay muchos ojos puestos en nosotros ahora mismo. Pensé que era mejor no darle demasiada importancia, o tu nombre podría acabar en las páginas de sociedad por las razones equivocadas".

"¿Así que no podré disfrutar de esta fiesta contigo a mi lado?".

Mi corazón se detuvo cuando ella negó con la cabeza. "Lo siento. Estoy trabajando. Ni siquiera tengo un sitio libre para mí en una de las mesas".

Señaló hacia las mesas dispuestas y empezó a caminar.

"Creía que tenías una ayudante... ¿no puede sustituirte mientras cenas con nosotros?", le dije.

"Es mi colega, no una ayudante, y además está trabajando", dijo Tonya.

"Dime que al menos has comido algo. Tonya, hoy solo has comido un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada".

Le acercó una silla. "Esta es tu mesa. Y sí, cenaré. Comeré en la parte de atrás. Tienes unos

treinta minutos para mezclarte y socializar antes de que se sirva la cena y empiecen los discursos".

¿Discursos? "Creía que era una fiesta de Navidad".

"Lo es, pero es el evento anual de Ruth. No te preocupes. Iré y volveré".

Me estrechó la mano y desapareció entre la multitud. No era lo que esperaba, no era lo que Tonya había descrito. Pensé que iba a ser un evento menos difícil. No me extraña que Tonya estuviera estresada. Se trataba de un acto con discursos y mesas asignadas, no de una fiesta, al menos no para ella.

No tenía ningún deseo de socializar. Aparté a Ryan y a Teejay y me senté a la mesa. Me comporté más bien como un niño enfurruñado. Cansada de mi propia actitud, me levanté y empecé a abrirme paso entre la multitud.

Encontré a Ruth y me acerqué a ella.

"Señor Thomas", su tono era cortante. Seguía sin caerle bien y no la culpaba.

"Gracias", dije asintiendo con la cabeza. "Gracias por cuidar de Tonya cuando yo no podía".

"¿Y ahora usted se cree capaz?".

"Me lo merezco. Aun así, tengo que intentarlo, ¿no? Había entrado en pánico y no podía controlarme. Ella me necesitaba, pero fui demasiado egoísta".

"¿Estás diciendo que ahora ya no eres egoísta?", preguntó desafiante.

Negué con la cabeza. "Ahora soy aún más egoísta y quiero a Tonya a mi lado, siempre. Quiero a mi hija siempre riendo y sonriendo y que nunca le falte de nada. Gracias por darle una oportunidad a Ryan, sé que todo fue gracias a él. Pero también me dio la oportunidad de ver lo que habría perdido si hubiera renunciado a Tonya, a la que fui tan estúpido como para dejarla marchar. Me dio la oportunidad de aprender de mis errores. No siempre lo conseguimos, no como adultos. Quería hacerle saber que se lo agradezco".

"No me lo esperaba, de verdad. No hay de qué. Quédese por aquí, Sr. Thomas, creo que disfrutará de la presentación durante la cena".

"Creía que iba a ser una serie de discursos".

"Presentación, discursos, todo es lo mismo". Se rio y dirigió su atención a otro hombre que esperaba para hablarle.

Las luces se encendieron como el comienzo de una obra de teatro. Volví a la mesa y tomé asiento. Los platos se sirvieron rápidamente y las copas de vino se llenaron con cuidado.

"Estoy muy contenta de que todos hayan podido unirse a mí en esta fiesta". Ruth estaba en un pequeño sofá detrás de un podio.

"Como ya sabéis..."

No presté mucha atención cuando empezó a enumerar las muchas cosas que había conseguido durante el año.

Era más bien una lista de proyectos a los que había destinado grandes sumas de dinero, dejando el trabajo real a otras personas, como Tonya o Ryan y yo. La cena no estuvo mal. El pollo no estaba seco. Levanté la vista cuando las luces se atenuaron y empezó a reproducirse un vídeo.

Debía de haberse grabado durante la semana anterior. Tonya llevaba el pelo recogido en una trenza francesa, la misma que llevaba unos días antes. Sonreía y hablaba con unos niños. La cámara retrocedió y reconocí el patio de recreo del pequeño recinto situado detrás de la escuela más pequeña que habíamos renovado. La música acompañaba las distintas escenas. Ruth llevando cajas a los pisos. Gente abrazándola. Tonya chocando los cinco con un hombre. Y luego un camión de mudanzas descargando un árbol de Navidad tras otro y trayéndolos. Toda aquella gente iba a pasar la Navidad en sus nuevos hogares. Había otras personas que llevaban bandejas de aluminio con comida. La gente sonreía y lloraba.

Se encendieron las luces y un tipo de HomeWorks subió al estrado. En aquel momento presté atención, hasta que empezó a desgranar una larga lista de nombres.

Parecía una especie de discurso de agradecimiento exagerado en el que el ganador nombra a todas las personas con las que ha hablado.

"Realmente tenemos que agradecer a Thomas & Thomas su extraordinario trabajo y su dedicación a la contratación de equipos locales y la utilización de recursos locales. No podríamos haberlo hecho sin ellos dos".

Ryan me dio una palmada en la espalda. "Somos nosotros, levántate y sonríe".

Me levanté, sonreí y asentí con la cabeza antes de volver a mi asiento. El resto de la velada transcurrió entre felicitaciones repetidas, apretones de manos y el olvido de nombres que pertenecían a rostros que nunca volvería a ver. Me habría parecido más una victoria si Tonya hubiera podido estar a mi lado en vez de trabajando.

En el viaje de vuelta a casa estaba muy emocionada. Todas aquellas familias tenían ahora un lugar al que llamar hogar. Y por primera vez yo tenía una familia en casa. Cogí la mano de Tonya mientras reflexionaba en silencio. Aquella fiesta debió de ser muy exigente. Y Tonya había sido la que se había asegurado de que todo saliera bien.

"Estoy muy orgulloso de ti", le dije. "No sé si alguien te lo ha dicho alguna vez, pero haces un trabajo increíble organizando estas fiestas para Ruth. Estoy realmente conmovido".

Me miró y sonrió antes de apoyar la cabeza en mi hombro. "Es mucho trabajo. Ojalá pudiera tomarme el día libre y no hacer nada. Hay tanto que hacer antes de Navidad. Después de recoger a Kim de casa de Ryan, tendré que hacer la compra y decorar el árbol".

"Puedo recoger yo a Kim por la mañana. Y el árbol ya está listo. Ella y yo nos encargamos de ello. Queríamos que fuera una sorpresa para ti".

"¿Has decorado el árbol? Estoy deseando verlo".

Su estado de ánimo mejoró durante el resto del viaje a casa. Cuando el conductor se detuvo en el camino de entrada, Tonya me miró seriamente. "No has dejado las luces del árbol encendidas, ¿verdad?".

Me encogí de hombros. "Sí". No vi nada malo en ello. Le di una propina al conductor y la seguí hasta la casa.

"¡No me puedo creer que te hayas dejado las luces del árbol encendidas!". Entró corriendo en la casa.

La seguí despacio. No había motivo para asustarse. Era un árbol falso con luces LED de baja temperatura.

Tonya se detuvo en medio del salón y se quedó boquiabierta delante del árbol, luego se volvió y me dirigió la misma mirada incrédula con la boca abierta.

"¿Tenemos un árbol *rosa*?"

"Lo eligió Kim", le dije.

"*¡Tiene cinco años!* ¿Dejas que una niña de cinco años elija un árbol rosa? Kincaid..."

Tiré de Tonya y la abracé.

"Es precioso. Y está todo decorado. Nos pediste que realizáramos una tarea y lo hicimos. Kim estaba muy orgullosa. Pensó que te gustaría. Está reluciente".

Se relajó con un suspiro. "Tienes razón, ¡pero es rosa! Se supone que los árboles de Navidad sean verdes".

"Mi abuela tenía uno blanco cuando yo era niño. Los árboles de Navidad pueden ser del color que quieras. Ahora incluso los hacen negros. Mira, Navidad es dentro de unos días. Puedo quitarlo y guardarlo al día siguiente si tanto te molesta".

"No, tenemos que conservar el árbol hasta Año Nuevo. Ya me acostumbraré. ¿Cómo se te ocurrió que Kim eligiera el rosa?"

"Quería hacer feliz a mi niña en Navidad. Siento no haberme dado cuenta de que te haría infeliz".

Le quité el abrigo de los hombros a Tonya y me dirigí al guardarropa.

"Lo siento. Es nuestra primera Navidad juntos. Quiero que sea perfecta", dijo.

Parecía muy cansada, o quizá estaba nerviosa, o quizá estaba molesta. Estaba claro que el estrés de la fiesta de Ruth le estaba afectando. Y se estaba preocupando por cosas que no necesitaba.

"Tonya, las Navidades serán perfectas porque estamos juntos. Eso es lo único que importa. Nosotros como familia. Estoy deseando hornear galletas para Papá Noel y ver la cara de Kim cuando descubra que se las han comido. Y ver tu expresión mientras intentas no sonreír porque sabes que soy yo quien se ha comido todas las galletas. Venga, vamos a la cama".

Estaba deseando que llegara la mañana de Navidad. Probablemente estaba más impaciente que Kim. El regalo de Tonya estaba a salvo en el cajón de los calcetines. En dos días estaría a salvo en su dedo. Pero ahora quería ver si aquellos zapatos eran igual de sexis cuando ella no llevaba nada más.

EPÍLOGO

TONYA

"¡Mamá, Papá Noel está aquí! *Despiértate!*"

Sonó como si estuviera cañoneando el centro de la cama. Kincaid se despertó con un gruñido.

"¿Qué hora es?", murmuró y buscó su reloj.

Tenía que ser temprano, excesivamente temprano, porque yo aún dormía. "Demasiado temprano", dije antes de darme cuenta.

"Son las dos". Refunfuñó de nuevo, volvió a dejar el reloj sobre la mesita y se quedó dormido al instante.

Atraje a Kim entre los dos. "Vuelve a dormirte".

"Pero Papá Noel...", gimoteó.

"Cariño, aún no es de día. Papá Noel viene en mitad de la noche, ¿qué estabas haciendo? ¿Intentando atraparlo?"

"Pero si es Navidad". Bostezó.

"Y es hora de dormir". La rodeé con los brazos y me acurruqué. Estaba demasiado cansada y me quedé dormida antes de saber si se había calmado o no.

Me desperté a la hora de siempre. Demasiado temprano para algunos, pero perfecto para mí. Me gustaba tener tiempo a solas por la mañana. Me deslicé fuera de la cama, dejando que Kim y Kincaid dormitaran. Eran tan hermosos: ella estaba estirada, ocupando la mayor parte de la cama a pesar de su menuda estatura, mientras que Kincaid estaba acurrucado en el borde de la cama, ocupando el menor espacio posible. Me puse las manos en el estómago y suspiré. Aquella mañana mi familia se ampliaría oficialmente con otro miembro cuando dijera que estaba embarazada.

El árbol rosa brilló en su esplendor navideño mientras bajaba las escaleras. Nunca dejaría las luces encendidas toda la noche en un árbol vivo, pero con el falso no había problema. Estaba precioso en la oscuridad del amanecer.

Había regalos por todas partes y los calcetines de la repisa de la chimenea rebosaban de regalos. Yo era Papá Noel y me había asegurado de que todos, incluida yo misma, tuvieran regalos que

desenvolver. Era la primera vez en mucho tiempo que otra persona se aseguraba de que yo tuviera un regalo bajo el árbol.

Hoy iba a ser un día lleno de amor y pereza. Hice algunos ejercicios de yoga delante del árbol. No pude hacer una rutina completa aquella mañana, pero quería hacer algo de ejercicio antes de pasar el resto del día como una teleadicta.

Luego empecé a preparar el desayuno. Quería algo caliente y que oliera a vacaciones. Como lo había planeado con antelación, cogí las recetas que estaban pegadas a la parte delantera de la nevera con imanes y empecé a sacar todos los ingredientes que necesitaba. Cuando terminé, tenía empanadillas de salchicha con queso en el horno y pudin de pan en la olla de cocción lenta.

Tuve la tentación de dejar la cocina hecha un desastre y ponerme a holgazanear, pero tarde o temprano tendría que ordenar.

Así que limpié el desorden y preparé una cafetera para Kincaid. No haría nada más durante el resto del día.

Me preparé una taza de chocolate instantáneo y me dejé caer en el sofá. Me acurruqué y me puse una manta alrededor de las piernas. Me senté y miré el árbol. Me estaba acostumbrando. El año que viene tendría que tener más cuidado si quería asegurarme de tener un árbol verde en el escaparate. Quizá este rosa podría colocarse en la sala de juegos. No estaba tan en contra de que hubiera más árboles en la casa como de tener que adaptarme al color exagerado de este.

"Feliz Navidad".

Levanté la vista y vi a un Kincaid somnoliento que me sonreía.

"Feliz Navidad. ¿Sigue dormida Kim?"

"Sí, ¿cuándo se acostó con nosotros?"

Me eché a reír. Aunque se había despertado brevemente, se lo había perdido por completo.

"Descubrió los regalos sobre las dos de la madrugada y vino a despertarnos".

Gruñó. "¿Café?"

"En la cocina. Iré a despertar a Kim".

Me liberé de la manta y me levanté. Kincaid me agarró del brazo. "Déjame tomar café primero. Tengo que prepararme para mi primera Navidad con una niña. No sé si estoy lo bastante despierto para eso".

Me reí un poco más y le besé la mejilla cubierta de barba. "El café sirve para eso. Tienes diez minutos antes de la invasión".

Volvió a gemir, pero me di cuenta de que se hacía el tonto. Subí las escaleras y me metí en la cama.

"Feliz Navidad", susurré.

Despertar a Kim aquella mañana fue extraordinariamente fácil. Se levantó de un salto.

"Papá Noel vino anoche. ¡Le vi! Le vi!"

Se levantó de la cama dando zarpazos.

"Ve a hacer pipí antes de bajar...".

Demasiado tarde. Kim ya había salido corriendo al pasillo y bajaba las escaleras antes de que yo terminara la frase.

Cuando volví abajo, Kim estaba saltando delante del árbol.

Kincaid me miró con su taza de café. "Dijiste diez minutos".

"Creía que iba a ir primero al baño", confesé.

Kim empezó a sacudir las cajas.

"Nada de abrir regalos hasta que vayas al baño", ordenó Kincaid.

"¡Pero papá!", gimoteó Kim. A cada paso que daba hacia el baño, se enfurruñaba más y más.

"Así que tendrás unos treinta segundos", le indiqué.

"¡Y lávate las manos!", gritó para que le oyeran.

Me reí cuando Kim volvió y le puso las manos mojadas en el brazo para demostrar que se había lavado. Kincaid y yo intercambiamos una mirada. Cuando llegara a la adolescencia iba a ser una niña difícil. Ya se comportaba como tal.

Luego se acercó a la caja que había dejado antes, la levantó y la sacudió un poco más. "¿Puedo abrir ya los regalos?"

Me encogí de hombros. Kincaid asintió.

Era como ver a una trituradora de papel humana por la forma en que destrozaba los envoltorios.

"¿De quién era eso?", le pregunté.

"¡Papá Noel!" exultó Kim.

"No todo viene de Papá Noel. Y tienes que asegurarte de que lo que abres es para ti", dijo Kincaid.

Dejó el café a un lado y se sentó en el suelo junto al árbol. Volví a acurrucarme en el sofá y le observé mientras intentaba que Kim leyera las etiquetas.

Aún no podía hacerlo bien, pero reconocía su nombre.

"Hay una K, así que eso significa Kim", dijo.

"Pero mi nombre también empieza por K. Tienes que mirar las otras letras. ¿Ves una M? K I M eres tú, K con más letras soy yo".

Me tendió una cajita. "No hay K. Es una T".

"Entonces es para mí", dije.

"No, mamá empieza por M", Kim estaba muy orgullosa de saberlo.

"Mamá empieza por M, pero mi nombre, Tonya, empieza por T".

"Yo se lo llevaré". Kincaid cogió la cajita de Kim y se acercó al sofá de rodillas. Se sentó sobre sus talones y me entregó la caja.

"Gracias". Empecé a desenvolverla.

Se quedó mirándome mientras sacaba una caja oscura del papel.

Alcé las cejas y sonreí. "Parece elegante".

Dentro de la caja había un pequeño portaanillos de terciopelo.

El corazón me latía con fuerza y se me formó un nudo en la garganta. Apreté los labios. *Son unos pendientes*, pensé. No podía ser eso lo que estaba pensando.

¿"He conseguido un rotulador"? Esto no es púrpura. Mamá, este está roto".

Las dos nos giramos para ver de qué hablaba Kim. Cerré los ojos y suspiré.

"No había tu nombre", dije.

"Pero había una K".

Kincaid alargó la mano y cogió el rotulador de Kim. Lo miró fijamente y luego me miró a mí. No era un rotulador. Era una prueba de embarazo, casera, preparada especialmente para el regalo, como mi forma de decírselo.

"¿Hablas en serio?", preguntó.

Asentí con la cabeza. No podía decir si estaba emocionado o no. Los nervios se estaban alborotando en mi interior: sentía una opresión en el estómago y pensé que me iba a poner enferma. Entonces sonrió. Una sonrisa tan grande y amplia que no pude evitar reírme.

"Supongo que es algo bueno, ya que te he comprado esto". Se adelantó para coger de mis manos el pequeño joyero y lo abrió.

La luz centelleó y deslumbró el anillo de diamantes engastado en terciopelo. Las lágrimas que llenaban mis ojos hicieron que la luz se refractara aún más. Me enjuagué las lágrimas para poder concentrarme en Kincaid.

"Si tenemos otro bebé, creo que deberías casarte conmigo".

"¿Te parece bien tener otro bebé?", pregunté en voz baja. Estaba en estado de shock y no sabía qué pensar.

"Te quiero, así que claro que me parece bien".

"¿Me quieres?" Oír esas palabras por primera vez me hizo llorar aún más. Sabía que me quería, lo sabía.

"No estés triste, mamá". Kim tiró del brazo de Kincaid. "Guárdalo, no le gusta, está llorando".

La tiré al sofá conmigo y la abracé. "Estoy llorando porque me gusta de verdad".

"¿Te gusta?"

Asentí.

"¿Me vas a dejar aquí esperando o me vas a decir que sí?".

"Sí, sí, Dios mío. Lo siento, ha sido todo muy rápido y una locura".

Kincaid me levantó la mano temblorosa y me colocó el anillo en el dedo. Estaba un poco apretado y no se deslizaba exactamente en su sitio.

"Podemos ajustarlo", dijo.

"Me parece una vergüenza guardarlo en esa caja hasta finales de julio", dije.

"¿De qué estás hablando? Te lo haremos a medida ahora".

"Pero el bebé no nacerá hasta julio, mis dedos no estarán listos para el anillo hasta dentro de unos meses".

Kincaid me cogió la barbilla entre los dedos y me miró a los ojos. "Podemos volver a medirnos si es necesario. Quiero mi anillo en tu dedo".

Asentí: "Yo también lo quiero".

Me acercó a él y me besó. Kim emitió un sonido de disgusto y se soltó de mi agarre. La solté y rodeé con ambos brazos el cuello de Kincaid. "Feliz Navidad, te amo".

"Yo también te amo".